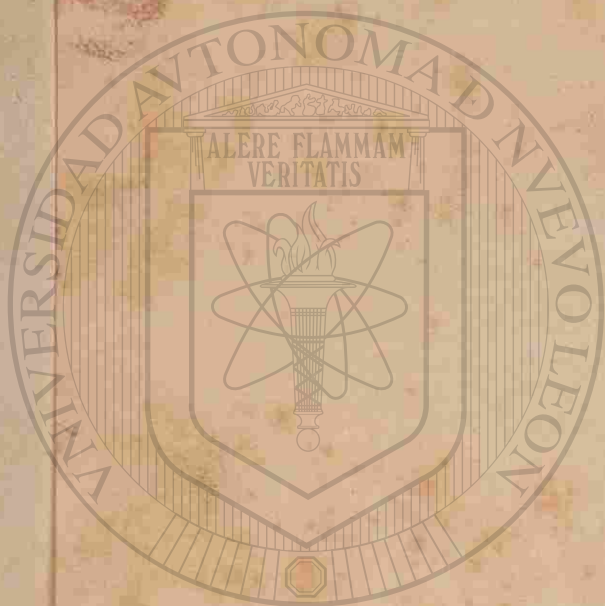


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

DE

NAPOLEON

POR

M. DE NORVINS.

TOMO CUARTO.



SEGUNDA PARTE.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS PARIS

DUREY, LIBRERO-EDITOR,

CALLE DE SAVOIE, N. 14;

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, N. 69;

1829

ORVING

STORIA

DE

POLEO

2

10 1 V

DC 203

N 67

v. 2

t. 4

R. C.

DC203

NG1

v.2

t.4



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

156551

CAPITULO III.

LOS ALIADOS EN PARIS.—NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.—
SU ABDICACION.—DESPEDIDA DE NAPOLEON.—SU VIAGE A
LA ISLA DE ELBA.

El 31 de marzo á medio día, Alejandro y Federico-Guillermo, igualmente que el generalísimo Schwartzemberg, entraron en Paris. Despues de veinte y dos años de guerra, ocuparon á su turno, como triunfadores, la capital de su enemigo. Los Parisienses buscaban en vano á la cabeza de aquel gran séquito, al padre de la Emperatriz, al abuelo del rey de Roma, su ausencia les dice energicamente que la Francia es presa de la venganza, y que Paris no ha recibido dentro de sus muros sino á vencedores irritados. Francisco II se habia quedado en la Borgoña por la marcha de Napoleon sobre Fontainebleau. La casualidad sirvió desde luego felizmente al emperador de Austria, hallándose lejos de los sucesos que entregaban á los aliados la capital de su yerno. De

fue representada e interpretada. Preciso era asegurar el desenlace de aquella comedia política, que sus mismos autores han llamado despues jornada de engañados. *Al fin del consejo*, dice el historiador de la Restauracion, *dirigimos nuestros conatos á impedir el efecto de las reclamaciones que podrian intentar los negociadores, en nombre de Napoleon. Si no pudimos evitar su llegada, á lo menos se consiguió abreviar su permanencia y atenuar sus efectos. Desde el punto que salimos del consejo, trabajamos en asegurarnos de uno de los generales de mayor influencia. Pero aun cuando todas estas precauciones no hubiesen tenido el éxito que tuvieron, los tres personajes que conducian el negocio de la monarquía desde fines de 1813, se hallaban asegurados por los aliados. Los señores Talleyrand y Dalberg, dice el mismo autor, habian fijado su atencion de un modo mas positivo.... Habian llevado su prevision hasta ocuparse de nuestro porvenir, si el desenlace de los acontecimientos lo hubiera comprometido.*

Mientras tanto, se reconoció la necesidad de decir alguna cosa á la nacion en la declaracion, cuya improvisacion acababa de sumi-

nistrar el emperador Alejandro; esta es la razon porque este documento decia tambien: *Los soberanos aliados reconocerán y garantizarán la constitucion que se dé á sí misma la nacion francesa; en su consecuencia invitan al senado á que nombre un gobierno provisional, que pueda ocuparse de las necesidades de la administracion y preparar LA CONSTITUCION QUE PUEDA CONVENIR AL PUEBLO FRANCES!* Tambien quedaba todavía otra mision que encargar al senado, la de consultar al pueblo frances sobre *la dinastía que le conviniere*, y de abrir para este efecto unos registros en todas las capitales de departamento, y cabezas de partido, conformándose con el modo practicado para el advenimiento de Napoleon al consulado perpétuo y al imperio; cuyo acto de justicia y franqueza hubiera sido una noble demostracion de la sinceridad de los principios de la declaracion de Francfort, de la de Chatillon, y por último, de la reciente declaracion de los aliados en Paris, en la cual volvan á decir que querian que la Francia fuese libre, grande y dichosa! Empero, la opinion pública, que el mismo dia de la ocupacion de

la capital, no habia tenido ciertamente el tiempo necesario para reconocerse, acababa de ser sorprendida en una emboscada francesa y extranjera. Prisionera sin cartel, ni aun habia sido admitida á capitular; diéronla solamente un intérprete de oficio, como los tribunales nombran un defensor á un acusado sin esperanza; este intérprete era el senado, cuyo cuerpo habia dado pruebas de su complacencia y docilidad. Instrumento imperturbable de la voluntad de Napoleon, de quien habia recibido mil beneficios, no habia sabido adquirir, en el largo hábito de hacer servicios y recibir el premio de ellos, la generosidad que une con vínculos estrechos la fidelidad de los juramentos para con el príncipe abandonado de la fortuna. Convocado pues por Talleyrand, y presidido por este ministro en calidad de vice-grande elector del imperio, el senado suministró con urgencia para esta convocacion una memoria, la cual, en vista de una deliberacion resuelta de antemano, nombró un gobierno provisional, compuesto de Talleyrand, de Beurnonville, de Jaucourt, de Dalberg y del abate de Montesquiou. Los constituyentes se hallaron en ma-

yoría en el gobierno provisional, cuya circunstancia les inspiró la falsa esperanza de que se dejaron llevar; porque en honor de la verdad y suyo, debe creerse que soñaron entonces en la Francia de 1790. Bellart tomó á su cargo, ora fuese á impulso de instigadores elevados, ora excitado por recuerdos amargos de una ambicion fallida, proclamar, como presidente que era del consejo general del departamento del Sena, que la capital pedia el restablecimiento de la familia real; y efectivamente bien podia declarar por Paris, con el consejo general, lo mismo que tres Franceses habian hecho en presencia de los gefes de la coalicion por toda la Francia. Empero, no era este el deseo conocido de los soberanos aliados; porque solo habian especificado el destronamiento de Napoleon, *y la obra de una constitucion que conviniese á la Francia*. El proceso de Napoleon estaba perdido, pero el de la casa de Borbon no estaba ganado.

Al anochecer del 31, confiado el duque de Vicencio en las esperanzas que se le dieron la víspera en Bondy, obtenia la audiencia del emperador Alejandro y cumplia con su mision; pero el príncipe de Schwartzemberg, trasfor-

mado por sí mismo en ministro de la contrarrevolucion, habia mandado notificar al plenipotenciario de Napoleon, que solo se le toleraba en Paris como parlamentario. Y hasta llegaron á exigirle su palabra de honor que no obraria de modo alguno, ni con las autoridades ni con los individuos. Para decidir mejor la cuestion, se insertó en el *Monitor* del 2 de abril, la nota siguiente: «El duque de Vicen-»
 «cio se ha presentado cerca de los soberanos»
 «aliados, sin que haya podido lograr el ser»
 «oído, ni tener audiencia. Sus proposiciones»
 «no eran las que los aliados debian esperar,»
 «sobre todo despues de la manifestacion es-»
 «trepitosa de los habitantes de Paris y de toda»
 «la Francia.» El mismo dia, el senado que conocia el plan de los aliados, declaró:
 «El destronamiento de Napoleon, aboliendo»
 «el derecho de herencia en su familia, y»
 «relevando al pueblo y al ejército del juramento de fidelidad que le habian prestado.» El dia siguiente, una gran minoría del cuerpo legislativo adhirió al senado-consulta. El tribunal supremo de justicia, ó séase de casación, envió igualmente su adhesión; lo mismo sucedió respecto del tribunal de cuentas y del

tribunal imperial. Expidiéronse millares de ejemplares del senado-consulta á los departamentos, á los ejércitos franceses, á los ejércitos enemigos y á todos los cuerpos constituidos, para que se publicase simultáneamente. El primer secretario de Bonaparte, en otro tiempo su compañero de escuela de Brienne, llamado Bourrienne, se encargó de la direccion de correos el mismo dia de la entrada de los aliados, habiendo tenido que ausentarse el propietario La Valette por su seguridad; este director La Valette, era ayudante de campo de Napoleon y amigo suyo; de manera, que el correo se habia convertido en un poderoso agente de la traicion doméstica y de la ocupacion extranjera. Con todo, era repugnante para la moral pública de aquella época, el constituir un pais únicamente sobre la decepcion. Así es, que los soberanos aliados, los príncipes de la casa de Borbon, y el mismo gobierno provisional, aunque muy efímero, no podian mirar aquellas apostasías, los unos como una garantía suficiente de su triunfo, y los otros como una prenda segura de una fidelidad tan repentina, y por fin el último como una sancion de sus actos.

Efectivamente, es de la esencia de las cosas, y particularmente de las políticas, que el menor obstáculo basta para detenerlas en su marcha precipitada. Prevenido el duque de Vicencio por la comision clandestina de la defeccion, la que, segun su táctica, ocupaba todas las avenidas de los soberanos aliados, acababa de penetrarse, que la causa personal de Napoleon estaba perdida; pero todavía le quedaba el recurso de sostener la de la regencia y la de la dinastía imperial. Alejandro le habia oído favorablemente; y el plenipotenciario habia obtenido por lo menos una promesa de proteccion por los últimos intereses, de cuya defensa se hallaba encargado. Supo contener durante doce horas toda la coalicion antinapoleónica, tanto francesa como extranjera; supo ganar de nuevo todo el terreno conquistado por la nacion; en una palabra, habia conseguido poner en duda la cuestion de la antigua dinastía, que el príncipe de Benavento y su partido creían haber ya decidido. Pero antes de pronunciar definitivamente sobre un negocio tan grave y tan complicado, el emperador Alejandro quiso reunir en aquel mismo dia, 3 de abril, las personas

mas condecoradas de Paris, y presidir un gran consejo de familia, donde se propusiesen y discutiesen los intereses de la Francia, tanto con respecto á ella, como con respecto á la Europa. « Es necesario decidir, en esta reunion, dijo el Emperador, qué clase de gobierno conviene á la Francia, capaz de abrazar estos dos objetos. » Principiada la discusion, con el espíritu de moderacion, cuyo ejemplo acababa de dar Alejandro, se continuó con toda libertad, inclinándose la balanza de las opiniones de los extrangeros por la regencia. Pero el general Dessoles, tomando la palabra, y defendiendo con energía y calor la causa de los que, como él, se habian embarcado en el negocio de la restauracion, hizo que la declaracion del 31 de marzo adquiriese todo su imperio. Al subir Alejandro á su habitacion, recibió al duque de Vicencio, y le declaró que *Napoleon debia abdicar*. El duque emprendió su viage para Fontainebleau.

En tanto que estas cosas pasaban en Paris, la Emperatriz regenta establecia su gobierno en Blois, y mandó publicar la proclama siguiente, en la cual ponia los derechos de su

esta especie de buena fortuna participó también con mucho gusto lord Castlereagh. Metternich, á fin de aprovecharse del mal que podia hacer á la Francia, sin ninguna responsabilidad, prolongó la ausencia de su amo y la suya todo el tiempo que le pareció necesario al primer designio de la conquista; porque la coalicion queria dar á su entrada en Paris el carácter de conquista, y sin embargo no habia osado ni pensar en semejante triunfo, á pesar de tener un ejército de quinientos mil soldados. Antes de la llegada de Vitrolles al cuartel general de Blucher solamente lo habia intentado por dos veces, y ambas fue batido por Napoleon.

Si los aliados no se hallaron poco sorprendidos de verse con las armas en la mano en la capital del gran imperio, ésta, á su aspecto, se vió como sumergida en un profundo atollamiento; porque aquel momento destruia de raiz el justo orgullo de veinte y cinco años de gloria. Los Parisienses fueron mas sorprendidos y debian serlo, mas dignos de compasion que los habitantes de Viena, de Berlin, y de Moscú, porque estos no habian tenido que abdicar semejante memoria á la vista de

la desgracia; así es que los aliados no dejaron de alarmarse del silencio profundo que advirtieron á su paso. Este silencio no fue interrumpido hasta el baluarte Italiano, en el cual se dejaron oír algunas voces raras y violentas á favor de la casa de Borbon. El lazo blanco que habia mandado poner Schwartzemberg al ejército aliado en el brazo izquierdo de toda la tropa, pareció una señal imperiosa que daba el vencedor para reunirse alrededor de la familia real. La poblacion criada en el odio de tales colores, no vió mas en ellas que la ley del extranjero, y permaneció muda á la aparicion de esa nueva servidumbre de guerra. Los realistas, por el contrario, animados con lo que ellos consideraban como un llamamiento á su opinion, salieron de repente del incógnito con que se cubria su conspiracion hacia mas de seis meses, y destacaron en los grupos de los ociosos del baluarte de los Italianos, algunas mugeres osadas que pusieron á los hombres escarapelas blancas en los sombreros; empavesaron algunas ventanas con pañuelos, y se oyeron desde los balcones de muchas casas los gritos de vivan los Borbones, vivan nuestros libertadores! Esta palabra de

libertadores se convirtió al instante en mote de los aliados, y en breve se cantó aquello de *Nuestros amigos los enemigos*. Otros realistas mas audaces, como unos veinte armados, vinieron al baluarte de la Magdalena, al encuentro de los aliados; iban vestidos de paisanos, con escarapelas blancas y la bandera de las flores de lys. Los viejos habitantes recordaban el principio de la revolucion; efectivamente era el ensayo de otra y muy verdadera. Algunas señoras, con mucho riesgo de perder la vida, se precipitaron en medio de los caballos para acercarse al emperador Alejandro, las cuales con grandes alaridos pidieron á aquel príncipe el restablecimiento de los Borbones. Entre ellas habia muchas que eran damas de honor de la emperatriz María Luisa, y no fueron las que menos se distinguieron por la viveza de sus instancias; pero Alejandro, todavía mas atónito de la tranquilidad y del aspecto de la ciudad desde la puerta de Bondy hasta el baluarte Italiano, permaneció impasible á la vista de aquella escena extravagante, continuando su camino friamente hasta los Campos Eliseos. Allí hizo desfilarse por espacio de tres horas los ejércitos aliados, y en seguida

se fue á pie á eso de las cinco á casa del príncipe de Benevento, la cual habia designado para su cuartel general. Por un sentimiento delicado de consideracion para con el emperador Napoleon, Alejandro se negó constantemente á ocupar el palacio de las Tullerías y el del Eliseo en el que no se instaló hasta despues del tratado del 11 de abril.

Empero, mientras Alejandro se saboreaba con el fruto de sus victorias delante de sus soldados, Nesselrode y el príncipe de Benevento tenian una conferencia secreta, en la cual preparaban el objeto que debia discutirse por la tarde en el consejo de los soberanos, es decir la cuestion del gobierno que debia establecerse en Francia. Por su parte, el príncipe Schwartzemberg tampoco observó la conducta de un enemigo generoso; pues que, prescindiendo de su título de último embajador del Austria cerca de Napoleon, á quien debia su grado de feld-mariscal, solo se acordó de los empeños que habia contraido con la Rusia, en Minsk, en 1812, menospreciando los juramentos militares y la fe de los tratados. Como generalísimo que era, é igual en aquellas circunstancias á los otros dos so-

beranos, por la ausencia del suyo, se apresuró á declarar *que la existencia de Napoleon en Francia era incompatible con el reposo de la Europa, y que durante su vida, debian fijarse á la vuelta de la antigua dinastía.* Esta manifestacion inesperada de las intenciones del Austria, precedió á la apertura del congreso. Alejandro no dió á entender la misma prisa en destronar á Napoleon como el representante de Francisco II, y dijo que podian tomarse tres partidos: « *Hacer la paz con Napoleon, tomando contra él todas las precauciones de seguridad; establecer la regencia, ó llamar á la casa de Borbon.* » Talleyrand (el príncipe de Benevento) votó altamente en favor del último partido, añadiendo: « *Que contaba enteramente con el senado, el cual arrastraria tras sí á Paris, y Paris á la Francia.* » Sin embargo, Alejandro no parecia persuadido, y entonces se propuso admitir á la deliberacion á los individuos de la comision que Talleyrand habia formado en rededor de sí; hallóse pues compuesto el congreso de este modo: de los dos soberanos, del generalísimo, del príncipe de Benevento, del duque de Dalberg, del arzobispo de Malines y del baron

Luis. Alejandro proclamó que ni él ni sus aliados reconocian mas enemigos que el emperador Napoleon, *y todo enemigo de la libertad de los Franceses.* En seguida rogó á los nuevos llegados que diesen su parecer; uno de ellos afirmó que *toda la Francia era realista*, y que, por otra parte, el ejemplo de Paris seria decisivo. El emperador Alejandro, sin saber por qué, tomó entonces el parecer del rey de Prusia y del generalísimo, á quienes esta cuestion era enteramente desconocida, y, de acuerdo con ellos, declaró aquel príncipe *que ya no trataria con el emperador Napoleon ni con ningun individuo de su familia.* Los votantes franceses obtuvieron facilmente el permiso de publicar esa declaracion, de la cual los impresores Michaud, presentes, por casualidad ó de intento, en una sala inmediata, cubrieron en dos horas todas las esquinas de la capital. En 1816 escribió un publicista, que se ha hecho célebre, y que era uno de los que componian aquel consejo, lo siguiente: *En todo negocio hay un punto decisivo, y allí estaba.... No hay que cansarse, la restauracion salió de aquel consejo.* Véase como se consultó la nacion, y de que modo

hijo y de su persona bajo la salvaguardia de los Franceses :

« FRANCESES!

» Los acontecimientos de la guerra han
 » hecho que la capital caiga en poder del ene-
 » migo. El Emperador se halla á la cabeza de
 » sus ejércitos, tantas veces victoriosos; los
 » cuales, para defenderla y reconquistarla, es-
 » tan ya bajo los muros de Paris y á vista del
 » enemigo. Las únicas órdenes que podeis
 » y debeis reconocer, son las que dimanen de
 » la residencia que he elegido, expedidas por
 » los ministros del Emperador. Toda ciudad,
 » villa ó lugar, que se halle en poder del ene-
 » migo deja de ser libre, toda direccion que
 » de ella dimane, es el language de los extran-
 » geros, ó el que conviene propagar á sus mi-
 » ras hostiles. Espero sereis fieles á vuestros
 » juramentos; espero dareis oidos á una prin-
 » cesa entregada á vuestro cuidado, cuya gloria
 » consiste en hallarse asociada á los destinos
 » del soberano que vosotros mismos os habeis
 » elegido. Mi hijo contaba menos con vues-
 » tros corazones en tiempo de vuestra pros-

» peridad; ahora su persona y derechos estan
 » bajo vuestra salvaguardia. »

El dia siguiente de esta proclama, de la cual no se tuvo conocimiento en Paris, circulando solo con mucho secreto, fueron á Blois el conde de Schowaloff y el baron de Saint-Aignan, el uno en nombre del emperador Alejandro, y el otro en nombre del gobierno provisional, é hicieron saber á la Emperatriz, cuyas intenciones eran de ir á Orleans y Fontainebleau, que debia ir con su hijo á Rambouillet. Esta princesa escribió á su padre y á su esposo, quejándose de la violencia que con ella se ejercia. Llegado Metternich el 10 á Paris, se apoderó de la carta dirigida al emperador de Austria; Bausset llevó la otra á Fontainebleau: « *Abdico sí, pero nada cedo,* » le dijo Napoleon, despues de haber desaprobado la partida de María Luisa á Blois.

Ya se ha visto que, en la noche del 31 de marzo, siguiente á aquella en que se reunieron en consejo los aliados, los individuos del club de defeccion, se ocuparon *en atraer á su partido un general de los de mayor influencia.* Efectivamente, el 2 de abril, hubo conferencias entre Marmont y Schwartzemberg, en

capaces de representar los intereses de la Francia, los del ejército, y diesen valor á los deseos que este ejército, todavía amenazador para los aliados, manifestaba con tanta energía en su favor. El día siguiente por la mañana, Napoleón nombró los mariscales Ney y Marmont. El acta de abdicación fue discutida, redactada y firmada, en estos términos:

« Habiendo proclamado las naciones aliadas
 » que Napoleón era el único obstáculo para el
 » restablecimiento de la paz en Europa, fiel á
 » su juramento, declara, que está pronto á bajar del trono, á abandonar la Francia, y
 » aun á perder la vida, por el bien de su patria, inseparable de los derechos de su hijo,
 » de los de la regencia de la Emperatriz y de
 » la conservación de las leyes del imperio.

» Hecho en nuestro palacio de Fontaine-
 » bleau el 4 de abril de 1814.

» NAPOLEON. »

El duque de Basano escribió á Metternich, para informarle de la abdicación y de la condición con que Napoleón la había hecho. Este pliego le fue entregado en Villanueva del Arzobispo, distante pocas leguas de Sens. Aquel

ministro no se apresuraba á ir á Paris; porque el Austria quería acabar su obra; ella fue quien desde Praga llevó los aliados á Paris. El sistema de su viejo gabinete por el descenso de la Francia debía prevalecer sobre todos los lazos de la sangre. Hacia un año que Schwartzemberg nada había dejado dudoso, respecto á esto, por lo que dijo al duque de Basano: *La política ha hecho el matrimonio; la política puede disolverlo.* El momento era llegado.

Mientras se expedían los poderes á los negociadores, anunciaron al Emperador que el mariscal Macdonald acababa de llegar á San Dizier con su cuerpo de ejército. Arrastrado por el destino, Napoleón reconoció mas y mas la importancia del mando de Esona, donde se hallaba el mariscal Marmont. *Allí es, dijo Napoleón, donde se dirigirán todas las intrigas y todas las traiciones de Paris. Es preciso que en aquel punto haya un hombre como Marmont, un hijo mio, criado en mi tienda de campaña!* Y Macdonald fue nombrado plenipotenciario. Sin embargo, los duques de Elchingen, de Vicencio y de Tarento, recibieron la orden formal de decir al duque de Ragusa, por su paso por Esona, que Napoleón

tambien le habia elegido; pero que no pudiendo negar á su fidelidad, asegurada por tantos beneficios de un lado, y por tantos servicios del otro, este último testimonio de su confianza y de su afecto, le dejaba libre en su eleccion, ó de unirse ó no á sus compañeros, caso que creyera ser mas útil al Emperador en Esona que en Paris. A pesar de lo eminentes que eran sus peligros, y de la sagacidad de su entendimiento, no era dado á Napoleon preveerlo todo.

Portadores de la abdicacion, los tres plenipotenciarios se pusieron en camino para Paris. Habíase mandado á las tropas, por la víspera, ponerse en movimiento; la guardia imperial lo habia verificado ocupando á Montlignon, donde habia resuelto Napoleon establecer su cuartel general. Luego que llegaron los plenipotenciarios á Esona, se apearon en el alojamiento del duque de Ragusa, á quien comunicaron las órdenes del Emperador. Para continuar su camino, debian esperar la autorizacion del general enemigo; el mariscal hizo que se detuviesen para comer con él. No tardó en confiar á Ney y á Macdonald que habia tratado con Schwartzemberg; queria hablar de

la convencion de Esona, ratificada aquella mañana misma en Chevilly. El duque de Vencencio recibió un momento despues esta noticia confidencial por Macdonald. Entonces la conversacion se hizo general, y por parte de los plenipotenciarios de Fontainebleau fue de las mas vivas; el de Esona cedió al parecer á los poderosos sentimientos que combatian su conducta; les dijo que nada habia todavía firmado, y que iria con ellos á Paris. Persuadidos los plenipotenciarios que aquel negocio solo recaía sobre Marmont, le proponen ó de ir á Fontainebleau á confesarlo todo á Napoleon, ó de acompañarlos á Chevilly y deshacer todo lo hecho con Schwartzemberg; Marmont se decidió por el último partido. Antes de subir al coche declaró en presencia de sus colegas á Souham y á Bordesoult, sus principales generales de division, que el arreglo convenido con el generalísimo debia considerarse como nulo, que no tardaria en volver, mandándoles ademas conservar sus posiciones; tambien añadió que no separaria su suerte de la del ejército. Llegados que fueron al palacio de Chevilly, los duques de Elchingen, de Vencencio y de Tarento entraron en la habitacion

del príncipe de Schwartzemberg, el cual era el único que podía dar á los nuevos plenipotenciarios la autorizacion necesaria para penetrar hasta Paris y cumplir con su mision. El duque de Ragusa permaneció en el coche, prefiriendo, dijo, no ver al generalísimo hasta despues de ellos. Habiendo sabido Macdonald que el príncipe real de Wurtemberg estaba enfermo en el palacio, subió á su habitacion. El príncipe le habló de la convenion de Chevilly como de un negocio totalmente concluido, y cuya entera ejecucion nada podía obstar. Macdonald deja al príncipe y se dirige al coche donde habia quedado Marmont, y no le encuentra, porque se hallaba ya con el generalísimo austriaco. Macdonald cuenta al duque de Vicencio cuanto le habia dicho el príncipe de Wurtemberg. Un momento despues se reunió á ellos Marmont en la sala de recibo, seguido casi inmediatamente del generalísimo. El duque de Ragusa aguantó vivas reprehensiones; no sabia que responder y alegó que no podia explicarse delante de tanta gente, asegurando que habia cumplido con su promesa. Schwartzemberg no desmintió ninguna de las palabras de Marmont.

Habiendo llegado por último la autorizacion de ir á Paris, se pusieron en marcha los plenipotenciarios. El mariscal Marmont fue con ellos *para repetir*, les dijo, *la misma declaracion al emperador Alejandro, porque ya tenia noticia S. M. I. de la negociacion con el príncipe de Schwartzemberg.* A la una del dia fueron admitidos á la audiencia del Emperador, el cual los recibió con mucha benevolencia. Reprodujeron con toda su fuerza los primeros argumentos del duque de Vicencio, relativos á la declaracion del 31 de marzo. « La regencia, dijeron, careció de defensores, » por consiguiente fue juzgada y condenada » en contumacia. » El emperador Alejandro, lejos de reprobear sus racionios, oyó con mucha atencion é interes la lectura de algunos artículos redactados de antemano en Fontainebleau, hecha por el duque de Vicencio, y los discutió sin presentar muchas objeciones. Eran las dos de la mañana y el Emperador los despachó hasta medio dia. Alejáronse tranquilizados por la impresion que acababan de producir, por las demostraciones que les habian manifestado, y por haber renunciado Marmont á los compromisos de Chevilly.

A las once y media de la mañana se reunieron los plenipotenciarios en casa del mariscal Ney, para esperar el momento en que tenían que volver á ver al Emperador. Apenas habia llegado Marmont, cuando le avisaron que su primer ayudante de campo el coronel Fabvier queria hablarle. Salió en efecto y volvió á entrar cinco minutos despues, pálido como la muerte: « Souham y Bordesoult, dijo, » se han llevado mi cuerpo de ejército. Fabvier ha venido á darme la noticia, sin pérdida de tiempo..... » Llámase pues al coronel, el cual contó el suceso. Marmont dijo que iba en busca de sus tropas, cosa imposible, puesto que se hallaban en las líneas del enemigo desde el amanecer; los soldados emprendieron la marcha animados del mejor espíritu; persuadidos á que los llevaban al combate. Aun cuando los plenipotenciarios sabian muy bien á que atenerse, respecto á aquella irreparable aventura, sin embargo estimularon al mariscal á que tomase todas las medidas que conceptuase convenientes, para cumplir con la palabra que les habia dado en Esona, renovada en Chevilly y en Paris. Las doce habian dado ya, y no podia perderse un momento,

pues que el Emperador Alejandro los esperaba en su palacio; disimularon cuanto pudieron la agitacion y ansiedad de que estaban poseidos, porque sabian muy bien que serian vanos todos sus esfuerzos, si Alejandro llegaba á tener conocimiento de aquella defeccion. Recibiélos aquel príncipe tan bien como la noche anterior; y la conversacion habia tomado un aspecto favorable, cuando se presentó un oficial y habló en ruso al Emperador. *Somos perdidos*, dijo en voz baja el duque de Vicencio, al mariscal Macdonald, *porque ya sabe el Emperador que el cuerpo de Marmont se ha pasado*. Alejandro salió un instante y volvió á entrar. Pero habiendo principiado la discusion de los artículos, casi aprobados en la conferencia de la noche, dió motivo por parte del soberano á una multitud de objeciones; la defeccion del primer cuerpo todo lo habia cambiado. Suspendióse la conferencia hasta las cinco de la tarde, hablóse del ejército y del espíritu de que se hallaba animado, con mucho calor: « Señores, dijo el Emperador con » impaciencia, mucho encareceis la voluntad » del ejército, y sin embargo no ignorais que » el cuerpo del duque de Ragusa se ha pasado

conformidad á la negociacion entablada por el gobierno provisional con aquel mariscal. De manera que ninguna precaucion dejaba de ponerse en práctica contra el enemigo comun, y para que nada quedase intácto en rededor de Napoleon, se introdujo la traicion hasta en lo que él llamaba su familia militar. Habíase ido á establecer el generalísimo en el castillo de Chevilly, inmediato á Esona. El dia siguiente recibió el mariscal Marmont en su cuartel general de Esona, una carta del príncipe Schwartzemberg, por la cual, al mismo tiempo que le enviaba los papeles públicos y una invitacion del gobierno provisional, *de ponerse bajo las banderas de la buena causa francesa*, le instaba á que diese oidos á sus proposiciones. El mariscal se apresuró á responder en estos términos: « Que, mediante á que el se-
 » nado habia relevado al ejército de sus jura-
 » mentos, estaba pronto á abandonar *con sus*
 » *tropas* el ejército de Napoleon bajo las con-
 » diciones siguientes: Que el príncipe de Sch-
 » wartzemberg aseguraria á *todas las tropas*
 » *francesas* que abandonasen las banderas de
 » Napoleon Bonaparte, que podian retirarse
 » libremente á la Normandía con armas y ba-

» gages; y que *si, por consecuencia de seme-*
 » *jante movimiento, los acontecimientos de la*
 » *guerra hacian que la persona de Napoleon*
 » *Bonaparte cayese en poder de los aliados,*
 » *se protegiese su vida y su libertad en un espa-*
 » *cio de terreno, en el pais que eligiesen los*
 » *soberanos aliados y el gobierno frances.* »
 El 4 de abril, envió el príncipe de Schwartzemberg al mariscal, la garantía pedida. Con que el ayudante de campo Marmont sabia que su movimiento entregaba su general á los enemigos mas encarnizados, y tenia la generosidad de medir el terreno donde debia permanecer cautivo su Emperador!.... ¡Un espacio de terreno!.... ¿Si habria adivinado Marmont la isla de Santa Helena?

Desde el dia siguiente de su llegada á Fontainebleau, es decir, desde el 1º de abril, no perdió el Emperador un solo momento para reorganizar su ejército, y el dia 2, puso en discusion un plan de campaña. Reduciase la cuestion, á si se deberia maniobrar en rededor de la capital, ó retirarse sobre el Loire. Habia prevalecido el primero, y por consecuencia de las disposiciones que tomó entonces Napoleon, señaló para su cuartel general

á Montlignon, en vez de Ponthierry. El 3, despues de haber pasado su guardia en revista, la dirigió la alocucion siguiente:

« SOLDADOS!

» El enemigo nos ha ocultado tres marchas
 » y se ha apoderado de París, es preciso ar-
 » rojarle de allí. Algunos indignos Franceses,
 » emigrados, á quienes habiamos perdonado,
 » han tremolado el pendon blanco y se han
 » unido á nuestros enemigos. ¡Cobardes, pronto
 » recibirán el premio de este nuevo atentado!
 » Juremos vencer ó morir, y hacer respetar
 » esta escarapela tricolor, que, de veinte años
 » á esta parte, nos halla siempre en el camino
 » de la gloria y del honor. »

Este juramento lo pronunció la guardia con entusiasmo, y toda la noche se la llevaron los soldados bailando, en medio de las aclamaciones de *Viva el Emperador! vamos á París.* Hasta Napoleon mismo se vió precisado á contener la efervescencia guerrera que se habia apoderado de sus tropas. Entretanto, en aquella misma jornada, tan llena de acontecimientos, varias circunstancias, ac-

tos de todas clases, le anunció el destronamiento pronunciado por el senado, el de la abdicacion exigida por los aliados; todas las gazetas, todos los folletos de la capital se distribuian por todas partes, gracias á los emisarios del gobierno provisional y á los amigos de los huéspedes del palacio de Fontainebleau. Todas estas noticias penetraban, con razon, por Esona, en el interior de Napoleon y á las tiendas de campaña de su fiel ejército. Pero si la cuestion del destronamiento daba lugar á discusion en el palacio, en el campo era desechada con ahinco. Las aclamaciones de la guardia probaban suficientemente el espíritu del soldado. En cuanto á los gefes del ejército, entre los mariscales habia algunos que consideraban la cuestion de la abdicacion como un asilo, á lo menos para la patria, y se disponian á suscitarla delante de Napoleon, en la primera ocasion favorable.

Por la noche llegó el duque de Vicencio á Fontainebleau, y dió cuenta á Napoleon de la decision fatal de que era portador. Entonces, se determinó el Emperador á enviar con el duque de Vicencio otros dos plenipotenciarios, que, por su influencia personal, fuesen

» á nosotros; otros muchos tienen la intencion
 » de hacer lo mismo; todo el mundo está can-
 » sado de la guerra. Nosotros solo queremos
 » la felicidad de la Francia; *poco nos importa*
 » *que su gobierno sea el que quiera*, con tal que
 » haga su dicha. En el dia nuestra voluntad es
 » que se cumplan los deseos de la nacion pro-
 » clamados ya sin rebozo. *Ni quiere la regen-*
 » *cia*, así como no ha querido á Napoleon.
 » En consecuencia os declaro que no pode-
 » mos admitir sino *su abdicacion absoluta*;
 » *solo con esta condicion podeis considerar la*
 » *paz como hecha*. Nos obligamos á que se ase-
 » gure al Emperador Napoleon una existencia
 » independiente y proporcionada á su clase,
 » bajo todos aspectos.» Los plenipotenciarios
 protestaron en vano contra esa extraña de-
 terminacion, tan diferente de las esperanzas da-
 das la víspera. Impugnaron energicamente la
 consecuencia que sacaba el Emperador de la de-
 feccion del sexto cuerpo, y afirmaron que nin-
 gun otro seguiria su ejemplo. Esfuerzos inúti-
 les, porque acababa de pronunciarse la senten-
 cia por Alejandro, por ausencia de Fran-
 cisco II; pero de acuerdo con el gobierno
 provisional. Los plenipotenciarios tuvieron

que resignarse á volver á Fontainebleau para llevar á Napoleon la nueva decision del vencedor.

En una de las audiencias particulares que tuvo el duque de Vicencio con el emperador Alejandro, en la del 3 de abril, se habia tratado de elegir el parage que deberia señalarse á Napoleon para su residencia. Alejandro habia señalado la isla de Elba en vez de Corfou y de la Córcega, de que se habia hablado. El 5 de abril se leia en el *Monitor*: «Luego que
 » S. M. el emperador de Rusia ha sabido la
 » mudanza ocurrida en el gobierno frances
 » por el senado, y la creacion del gobierno
 » provisional, ha mandado proponer á Napo-
 » leon Bonaparte, en nombre de las po-
 » tencias aliadas, elija un parage para reti-
 » rarse él y su familia. El duque de Vicencio
 » ha sido encargado de hacerle saber esta pro-
 » posicion.» De manera que esta determina-
 cion sobre la abdicacion absoluta databa del
 2 de abril. Napoleon habia tenido conoci-
 miento de ello, y sin duda se le pasó por
 la imaginacion el 4, despues de haberse mar-
 chado los plenipotenciarios. La renuncia que
 habia hecho en favor de su hijo le pareció en-

tonces nunca habia faltado. Napoleon no podia creer en la defeccion de Marmont; negándose á suponer que su discípulo, su amigo, su hijo, « el que, decia el Emperador, ha comido » mi pan en mi tienda, no puede haberme hecho traicion, ni abandonarme en los últimos momentos. *Ingrato*, exclamó, *todavía será mas desgraciado que yo.* » Entretanto mandó al general Belliard que cubriese el punto de Fontainebleau con algunos escuadrones; pero el mariscal Mortier, como mas inmediato á Esona, luego que supo la defeccion de su colega, habia ocurrido á esta urgente necesidad. Semejante desgracia, enteramente nueva para Napoleon, le tocaba de muy cerca, y su corazon se hallaba oprimido, hacia muchos dias, bajo el peso de tantos pesares, para que dejase de ceder por último á la necesidad imperiosa de darles un confidente digno de su dolor. Este confidente no podia ser otro que el ejército de Fontainebleau. Véase como le habló en la orden del dia 5 de abril.

« El Emperador da gracias al ejército por la » adhesion que le manifiesta, y principal- » mente porque reconoce que la Francia está

» en él y no en el pueblo de Paris. El soldado » sigue la fortuna ó la desgracia de su general, su honor y su religion. El duque de Ragusa no ha inspirado estos sentimientos á sus » compañeros de armas, y se ha pasado á los » aliados. El Emperador no puede aprobar » las condiciones en que ha apoyado semejante determinacion. El senado se apoya en » artículos de la constitucion para destruirla. » No se avergüenza de vituperar al Emperador, sin echar de ver que él, como el primer » cuerpo del Estado, ha contribuido y tomado parte en todos los sucesos; ha llegado » á tal su impudencia, que se ha atrevido á » acusar al Emperador de haber cambiado » algunos acuerdos en su publicacion. El » mundo entero sabe que no necesitaba echar » mano de tales artificios.... Mientras que la » fortuna se ha manifestado próspera á su soberano, esos hombres han permanecido fieles, y nunca se les ha oido la menor queja » sobre abuso de autoridad. Si el Emperador » hubiese despreciado á los hombres, como se » le ha echado en cara, en este caso, el mundo » reconoceria hoy que ha tenido razones que » motivaban su desprecio. Su dignidad se la

» habia dado Dios y la nacion; solo Dios y
 » ella podian quitársela; siempre la ha consi-
 » derado como un peso, y cuando la aceptó,
 » fue porque tenia la conviccion íntima que
 » él solo era capaz de sostenerla dignamente.
 » Actualmente que la fortuna se ha decidido
 » contra él, sola la voluntad de la nacion po-
 » dia persuadirle á permanecer por mas tiempo
 » en el trono. Si debe considerarse como el
 » único obstáculo para la paz, se resuelve á
 » hacer este último sacrificio á la Francia.
 » Por cuya razon ha enviado al príncipe de la
 » Moskowa, y á los duques de Vicencio y de Ta-
 » rentó á Paris para negociar. El ejército puede
 » estar seguro que nunca su honor se hallará
 » en contradiccion con la felicidad de la Fran-
 » cia.»

Mientras que Napoleon confiaba, como se ha visto, á su ejército, con una moderacion digna de un gran carácter, los secretos dolorosos de su fortuna presente, una porcion de él, sustraído por la mañana á sus banderas, como ya queda dicho, esperanzado á que iba á combatir por él, respondia en Versailles á los nobles sentimientos que le manifestaba en Fontainebleau. Véase cual era la suerte del

cuerpo de ejército de Marmont, hacia dos dias que solo se hablaba, en el ejército de Napoleon, de un ataque sobre Paris, habiendo confirmado este rumor el movimiento hecho la víspera por la guardia. El cuerpo de Marmont, colocado en el primer puesto avanzado, esperaba con impaciencia la señal de ponerse en marcha. Efectivamente, el 5 por la mañana al amanecer, el general Souham puso este cuerpo en movimiento, y apenas habia pasado la línea del acantonamiento, cuando se vió circunvalado por regimientos de caballería que precedian, flanqueaban y cerraban su marcha. Al aspecto de la caballería bávara que se les acercó al salir del territorio de Esona, los soldados y oficiales, que habian salido alegremente porque creian que iban á atacar el flanco del enemigo, no tardaron en conocer que se les habia entregado. Entonces se oyeron rumores sinietros en todas las filas y los clamores amenazadores del soldado revelaron á los generales Souham y Bordesoult la energía de los sentimientos de que estaban animados todos los ánimos contra ellos. Sin embargo, el cuerpo del mariscal Marmont, conducido como un vil prisionero, debió desfilarse así, á su pesar, bajo

las horcas caudinas de la traicion, y aunque poseido de una vigorosa indignacion, pagar la infamia de un desertor á vista de los soldados de todas las naciones, en vez de combatirlos con toda la furia francesa. Por último, aquellos valientes, libres ya en Versailles de sus guardas, se sublevaron espontaneamente contra los gefes que los habian arrancado con violencia y con engaño del mando de Napoleon, no teniendo mas tiempo aquellos generales que el preciso para escaparse en medio de los tiros de fusil que por todas partes les asestaban. Los soldados se reunieron en el invernadero de los naranjos con intencion de volverse donde se hallaba Napoleon y vengar su honor y la injuria que se les habia hecho; querian volver á tomar el camino de Esona, y pasar en medio del dia por encima de los extranjeros, á quienes los habian vendido cobardemente.

Ya hemos visto todas las protestas y todas las infidelidades de Marmont; tambien queda dicho que habia jurado no separarse del resto del ejército, y prometido conducir él mismo el sexto cuerpo á Esona, fingiendo creer que sus generales de division le habian vendido,

cuando no habian hecho mas que obedecerle; pero ademas de la imposibilidad de cumplir esta promesa, pensaba tan poco en ejecutarla, que en vez de arriesgarse á ir él mismo á ver á sus soldados á Versailles, condenados á no poderse reunir ya mas á Napoleon, que por el contrario les dirigió la proclama siguiente: « Sois soldados de la patria, y por consiguiente solo debeis seguir la opinion pública, » y ella es la que me ha inspirado arrancaros » de los peligros, inútiles ya en lo sucesivo, » para conservar vuestra sangre que todavia » sabreis derramar, cuando la voz de la patria y el interes público la reclamen. Espero » que muy en breve, *unos buenos acantonamientos y mis cuidados paternales* os harán » olvidar hasta las fatigas que habeis experimentado. »

El mismo dia á las tres y media, el general que mandaba en Corbeil la division de reserva decia en su proclama: « La noche última, » cuerpos enteros han abandonado su posicion. Yo tenia orden de ocupar á Corbeil; » ninguna otra en contrario he recibido; he » permanecido fiel con vosotros en mi puesto. » Los valientes nunca desertan; mueren sí

» conservando su puesto....» Este documento se insertó en el *Monitor* del 7 de abril, en seguida del de Marmont. El cotejo de una y otra no favorecia la proclama del mariscal, así es que á su lectura los oficiales tiraron sus charreteras y rompieron sus espadas, los soldados arrojaron sus armas, y hallándose sin gefes para volver á Esona, debieron aguantar la ley de la necesidad, dejándose conducir á Mantas.

No podemos comprender como al primer relato de Marmont de su convencion con Schwartzemberg, no partió inmediatamente uno de los plenipotenciarios, ó como no expidió á Fontainebleau á lo menos un secretario, para dar parte al Emperador de lo ocurrido. Sin embargo era indudable que si aquella convencion tenia lugar, no se desgraciase la negociacion; efectivamente así sucedió. Diremos mas, un antiguo juramento y unos deberes mas sagrados que nunca, obligaban á cada uno de sus plenipotenciarios á que dijese la verdad de cuanto ocurría al Emperador; todo les prescribia en fin detenerse en Esona, y pedir nuevas órdenes al Emperador.

Gracias á la ausencia del cuerpo que faltaba á las banderas imperiales por la defeccion de

Marmont, los cuarenta mil hombres que quedaban á Napoleon para dar la batalla de desesperacion considerada como un triunfo cierto para nuestras armas, por los aliados y el gobierno provisional, ni siquiera tenían una posicion militar en Fontainebleau. Conociendo pues Napoleon todas las consecuencias horrendas de la traicion, se decidió á pronunciar la abdicacion de los derechos de su hijo y de su familia. Esta fue pues la resolucion que el Emperador de Rusia se decidió á exigir en la segunda conferencia del 6 de abril con los plenipotenciarios franceses, aprovechándose de la ventaja que le daba la conducta del duque de Ragusa. Despedidos aquellos de un modo tan riguroso por el emperador Alejandro, llegaron al anochecer á Fontainebleau y luego que hubieron dado cuenta de su mision al Emperador, se retiraron; Napoleon, deseando sondear las disposiciones de sus mariscales sobre los proyectos militares que tenia en su cabeza, mandó llamar al príncipe de la Moskowa. Lo que ocurrió en aquella entrevista no ha podido investigarse, y por consiguiente se ha perdido para la historia.

El 6 de abril salió del gobierno provisional

decretada por el senado, despues de hechas algunas modificaciones, impresa, proclamada ó insertada en las leyes, la nueva constitucion francesa. Este acto *llamaba libremente á Luis Estanislao Javier al trono de Francia y á su familia por orden de sucesion*. Empero la constitucion debia someterse á la *aceptacion del pueblo frances, y Luis no debia ser proclamado rey de los Franceses hasta que hubiese adoptado la constitucion y jurado observarla y hacerla observar*. Esta disposicion establecia por sí sola el contrato entre la nacion y el rey, y por esta razon precisamente debia desecharse por los consejos del rey, el acta del senado. El abate Montesquiou estimuló al rey á que hiciese una simple declaracion. *No se hablará al público ni del senado, ni de la constitucion, y no será deudor sino á S. M. de lo que pretende darle el senado á un precio tan repugnante*. Pero el senado por su torpeza en estipular sus intereses privados, que hubiera debido ajustar en un tratado secreto y particular, para no manifestar al público sino la constancia en sostener los intereses generales, perdió una ocasion admirable de poner á cubierto para siempre los derechos

de la Francia, y de dar lo que se reducía á recibir. Bien es verdad que aquel cuerpo se hallaba dominado por una minoría, adicta en un todo á Talleyrand, entonces vice-gran-electo, y por el gobierno provisional en el que no habia un solo hombre de gran caracter y capaz de conducir dignamente la negociacion principiada con el príncipe á quien podia devolverse la corona á condiciones igualmente honrosas y útiles para la nacion y para el trono. Los mismos aliados, y particularmente Alejandro, á quien una razon hábil inclinaba entonces hácia los principios liberales, como el único medio de apagar el entusiasmo militar de la Francia, hubiera visto con gusto comprometido aquel príncipe por un tratado, el cual defendiéndole contra las preocupaciones y las exigencias de sus antiguos amigos, todos opuestos á las necesidades de la época, hubiera todavía una vez libertado la Europa del temor de una nueva revolucion.

El 9 de abril se levantó Napoleon mas guerrero que de costumbre, porque habia concluido con su política. Familiarizado ya con la idea de ser soberano sin imperio, no podia sufrir el ser general sin ejército. Mandó pues

tonces, no ya un sacrificio que hacia generosamente en favor de la Francia, sino un paso que su alta razon desaprobaba. « Se ha querido » que yo abdique en favor del rey de Roma, » lo he hecho, sin embargo esto no es del interes de la Francia. Mi hijo es un niño, mi muger no entiende una palabra de los negocios públicos. Por consiguiente tendriais una regencia austriaca y se veria al príncipe de Schwartzemberg vice-emperador de los Franceses; esto no puede conveniros de modo alguno; aun cuando tales fueran las miras del Austria, ¿ es creíble que las demas potencias puedan consentir jamás que reine mi hijo mientras viva yo? No ciertamente, porque temerian con sobrada razon que yo arrancase de las manos de mi muger el timon de los negocios; así es que nada bueno es pero del paso que han dado los mariscales.»

Napoleon decia en Fontainebleau lo que el príncipe de Benevento en Paris, y lo que en otros términos acababa de repetir Alejandro á los plenipotenciarios. Napoleon conocia mejor que nadie toda su posicion, y estaba tanto mas resuelto á probar todavía la suerte de las armas, cuanto que era el último recurso que

quedaba á una condicion tan desesperada. Se asegura que dijo al duque de Vicencio: *Mientras que negociéis en Paris, yo caeré sobre ellos con mis valientes. Mañana parto.* Empero, antes de tomar el camino de Esona, con el grueso de su ejército, porque ya se ha visto que la guardia estaba en movimiento sobre Montlignon, el Emperador envió su primer oficial de ordenanza Gourgaud á Esona para que convidase á comer á los mariscales Marmont y Mortier, y al general Souham, el mas antiguo de los de division del ejército, pues que queria conferenciar con ellos acerca de las operaciones que proyectaba. El coronel Gourgaud no encontró ni al mariscal Marmont que habia ido á Paris con los plenipotenciarios, ni al general Souham, aunque estaba en Esona; pero le dejó la orden de ir á Fontainebleau. El Emperador le esperó inútilmente, y en la noche del 4 al 5 le despachó otro oficial. Este no encontró ni al general Souham ni á su cuerpo de ejército, y se volvió apresuradamente á traer tan infausta nueva. De manera que Fontainebleau quedó á descubierto! El honor del ejército estaba ofendido, y hasta la esperanza en las armas, cosa que hasta en-

que el segundo y séptimo cuerpos se dispusiesen para pasar una revista. El mariscal Oudinot recibió esta orden con tanta sorpresa y admiración, que llamó mucho la atención de Napoleón; no era la primera vez que había notado más que cansancio por parte de los gefes del ejército. Verificóse la revista, las más vivas aclamaciones de los soldados probaron al Emperador la fidelidad de sus sentimientos, que visto su estado de infortunio, recibían una expresión más enérgica. Los gefes del ejército se habían vuelto palaciegos, pero los soldados habían permanecido tal cual eran, hombres de guerra; estos conservaban siempre la mayor adhesión por su capitán, que acababa de ilustrarlos en la posteridad más remota, por las campañas más brillantes de su vida; aquellos sabían que Napoleón había abdicado. Se ha dicho que conmovido Napoleón por el entusiasmo de sus tropas, que efectivamente ya no eran suyas, dijo al duque de Reggio: «Mariscal, ¿puedo contar con vuestro cuerpo de ejército? — No, Señor, porque V. M. ha abdicado. — Si, pero bajo condición. — Verdad es, Señor, mas el soldado no entiende de restricciones. — Pues bien, Mariscal; espe-

» remos noticias de París. » El mariscal tenía razón; pero Napoleón pudo responderle que el soldado no entendía de abdicaciones.

Después de la revista, acompañaron al Emperador á su habitación los mariscales Berthier, Ney, Lefebvre, Oudinot, Macdonald, los duques de Bassano y de Vicencio, y el general Bertrand, mayordomo de palacio. Napoleón suscitó repentinamente con entera libertad la conversación sobre los asuntos del día, y trató la cuestión grandiosa de los intereses de la Francia y del ejército, como si no hubiese tenido más parte en ellos que un ciudadano particular ó un militar. La extensión que dió á sus ideas, le condujo naturalmente á las de una justa defensa, y se complació en poner en paralelo las contingencias de la guerra con la ignominia de una paz que él suponía mortal para la Francia. Bien sabía que cuatro ejércitos estrechaban cada día más y más el campo de Fontainebleau; que un ejército ruso se hallaba entre Esona y París, y otro entre Montereau y Melun; que otros muchos cuerpos estaban en marcha por los caminos de Chartres y de Orleans, al paso que otras tropas venían á toda prisa por los de la Bor-

goña y la Champaña, y ocupaban el pais entre el Yonna y el Loire. « Pero, por otra parte, » decia, los aliados tendrán que batirse, teniendo á Paris á su espalda. La inmensa poblacion de la capital oirá nuestro cañon. La guardia nacional, el pueblo de los arrabales, compuesto en parte de los veteranos de la antigua gloria republicana y de la del imperio, se complacerán en arrostrar los peligras del ejército y harán temblar al enemigo. » Ninguna de las ventajas de semejante posicion perdía de vista Napoleon. Contaba con el ejército del mariscal Soult, que se hallaba en Tolosa, con el del mariscal Suchet que estaba en Narbona, y debía reunirse al de Soult, con el del mariscal Augereau, que se encontraba en los Cevennes, en fin con el del príncipe Eugenio, y con el del general Maison, que estaba en Flandes; por último, con la multitud de guarniciones de nuestras plazas fronterizas. ¿Por qué, forzando las líneas enemigas, como tantas veces habia hecho con aquellos valientes que le quedaban, no ir en busca de los ejércitos del Mediodia?... Cuando todavía podía combatir detrás del Loire, Napoleon fue de parecer que era pre-

ciso marchar allí sin perder ni un momento.

A este proyecto del Emperador, se le pusieron varias objeciones, entre ellas las inmensas tropas que ocupaban todas las avenidas de Fontainebleau, la gran distancia que separaba el ejército de los del Mediodia, el bloqueo que interrumpia todas las comunicaciones, y hasta el paso de los correos. « Un camino cerrado para los correos, dijo Napoleon, se abre bien pronto á cincuenta mil hombres. » Entonces le hablaron de los males de la Francia amenazada de repente por los horrores de una guerra civil, de la cual él solo seria el autor y el objeto. Esta palabra de guerra civil tenia sobre él el poder de un talisman, y la resolucion, que alimentó sin duda durante toda la noche en vela, se disipó en un instante como el humo. El ciudadano es superior, pero el guerrero debía volver á presentarse á la lid. « Pues bien, dijo con vehemencia, pues que hay que renunciar á defender por mas tiempo la Francia, ¿la Italia no es un retiro digno de mí? ¿Hay quien quiera seguirme todavía? Marchemos hácia los Alpes. » El ejército, lleno de entusiasmo y deseoso de combatir, se hubiera de-

jado arrastrar por esta última determinacion, pero los corazones enervados de los grandes dignitarios militares querian descansar. En tales circunstancias, los soldados valen mas que los generales, lo mismo que en ciertas crisis el pueblo vale casi siempre mas que sus gefes. Napoleon terminó lo que entonces se llamó *la conferencia de los mariscales*, por declararles que se decidia á firmar la abdicacion absoluta. Sin embargo, se dijo, añadió que semejante determinacion no debia poner obstáculo alguno á las operaciones militares que podia haber proyectado, lo cual es improbable. Las conferencias con sus plenipotenciarios tuvieron lugar hasta tres veces en aquel mismo dia; Napoleon discutió vivamente la fórmula de la abdicacion absoluta, y por último se redactó en la forma siguiente:

« Habiendo declarado las potencias aliadas
 » que Napoleon era el único obstáculo que se
 » oponia al restablecimiento de la paz en Eu-
 » ropa, fiel á su juramento el emperador Na-
 » poleon declara que renuncia, para él y sus
 » herederos, á las coronas de Francia y de Ita-
 » lia, y que no hay sacrificio personal alguno,
 » hasta el de la vida, que no esté pronto á hacer

» en favor de los intereses de la Francia. Fon-
 » tainebleau, 11 de abril de 1814.»

Los plenipotenciarios llegaron á Paris al palacio del emperador Alejandro á las dos de la mañana. *¿Traeis la abdicacion?* les dijo aquel príncipe al verlos entrar, tanto era el deseo que tenia de verse libre de todo lo que correspondia al atrevido destructor del Kremlin. El duque de Vicencio leyó á Alejandro el acta de abdicacion, de la cual pidió el Emperador una copia en aquel mismo instante, á fin de tranquilizar en la misma noche al gobierno provisional, á quien la fantasma de Napoleon armado habia turbado el sueño.

Ademas de la negociacion relativa á la abdicacion absoluta, á la eleccion de un principado para Napoleon y á las medidas relativas á la familia imperial, debian tratar tambien los plenipotenciarios franceses de un armisticio, á fin de poner un término á las agitaciones del ejército y á la inquietud de la Francia invadida.

La publicidad que se dió á este armisticio no produjo el efecto que se habian propuesto, respecto al soldado, el cual persistió noblemente hasta el fin, á no creerse ageno de la

suerte de su general, y de la fortuna de Napoleon. El soldado no habia hecho la menor atencion respecto al destronamiento, ni á la abolicion de su juramento de fidelidad; ni tampoco comprendia el interes de un armisticio, cuando solo esperaba una señal de Napoleon para volver á empezar la guerra; empero, en las clases mas elevadas del ejército se pensaba de otro modo. Los principales tenientes de Napoleon abandonaban sus banderas como su palacio; y Fontainebleau, poblado en otro tiempo de una corte de príncipes y de reyes, dichosos de ocupar un lugar en medio de la muchedumbre de los compañeros de armas del Emperador, se iba convirtiendo de hora en hora en un desierto. Berthier fue uno de los primeros que dió el ejemplo de un abandono tan bajo; por lo demas, el alma de Berthier era comun y débil, y Napoleon deberia haberla conocido hacia mucho tiempo. Los hombres nacidos para obedecer ciegamente, como el mayor general, han abdicado de antemano, con la libertad de su persona y de su pensamiento, toda especie de valor moral y de adhesion generosa. Sin embargo, se encontraron héroes al lado de los ingratos que

se manifestaban tan impacientes de alejarse de un gran hombre caido en la adversidad.

Ya queda dicho que en una conversacion entre el duque de Vicencio y el emperador Alejandro, hablando este soberano de la residencia futura de Napoleon, habia insistido por la isla del Elba. Los plenipotenciarios se prevalecieron con mucha destreza de esta primera abertura como de un empeño, para lograr que la isla de Elba se concediese á Napoleon como soberanía independiente. Por fortuna que este empeño habia precedido á la defeccion de Marmont; porque los aliados, sugeridos por los agentes de la restauracion sobre el peligro de semejante vecindad para la Francia, ya no querian dar la isla de Elba; pues bien echaban de ver que aquella isla era un puerto sobre la Francia.

Entretanto, mientras que Napoleon, vendido, mas no vencido, trataba todavía como soberano, el mariscal Soult, despues de la batalla de Orthez, dada el 27 de febrero, y seguida de la gloriosa retirada de su pequeño ejército, á la vista de las fuerzas considerables de los Ingleses, habia llegado el 24 de marzo á la ciudad de Tolosa, y, en quince dias, ha-

bia formado un campo atrincherado de la capital del Languedoc. Quince dias habian parecido tambien necesarios al circunspecto Wellington para decidirse á atacar con sus ochentamilsoldados viejos á los treinta mil Franceses de Soult. El 10 á las seis de la mañana, se empeñó la accion en rededor del inmenso circuito fortificado por el mariscal á vista del enemigo. Wellington fue rechazado desde luego por todas partes. Los Españoles y Portugueses lo fueron igualmente con mucha pérdida, no pudiendo conseguir el rehacerse sino con mucho trabajo, protegidos por la caballería inglesa. Beresford, á quien Wellington habia hecho venir de Burdeos, habiendo recibido la orden de apoderarse de los atrincheramientos del Calvinet, tuvo por mas conveniente y prudente, vista la derrota de los Españoles, flanquear la posicion que atacarla de frente. El duque de Dalmacia habia tomado las disposiciones más acertadas para que el proyecto de Beresford se malograra enteramente, y hasta para separarle del ejército anglo-español. Por desgracia, las maniobras ordenadas por el mariscal se ejecutaron mal; y habiéndose introducido en nuestras filas el

desorden y la confusion, dieron lugar al enemigo á que atacase el primero. Los Franceses tuvieron que replegarse; el combate se reanimó con nuevo furor; nuestros soldados hicieron cuanto era dable para tomar la superioridad, ¿pero de que servia la osadía y el valor mas intrépido contra aquella masa de invasores? Fue pues preciso ceder al número, y los Ingleses se apoderaron del Calvinet. Solo la noche terminó aquella batalla, en la que únicamente un reducto y un cañon cayeron en poder de los Ingleses y en la que un solo momento de perplegidad, causada por la muerte de un general, que se extravió con su columna, fue causa de que los Franceses no quedasen victoriosos. El mariscal perdió tres mil seiscientos hombres muertos ó heridos, Wellington diez y ocho mil! El dia siguiente, engañando todavía la vigilancia de Wellington, á quien la necesidad obligó á abandonar á Tolosa, se puso Soult en marcha por el departamento del Aude, para conducir á Napoleon uno de sus mejores ejércitos. Ignoraba que la batalla de Tolosa se habia dado, á pesar de haber un armisticio; en el camino lo supo el 12, por Wellington, el cual le envió

la copia de la convencion concluida en Paris para la suspension de armas; de manera que la heróica resistencia de nuestro ejército solo fue un sacrificio inútil á la Francia. Durante la negociacion de Paris, pesaroso siempre Napoleon de haber dado su última abdicacion, mandó escribir, y escribió él mismo al duque de Vicencio, para que se la devolviese. Aquel ministro respondió que siendo el acta de abdicacion la base de la negociacion, no podia hacerse responsable de los inconvenientes graves que resultarian para los intereses de S. M., del partido que habia tomado de faltar á sus empeños.

En el instante mismo en que se publicaba en Paris el acta de abdicacion absoluta, y la adhesion del ejército á la restauracion, se anunciaba tambien la llegada de MONSIEUR, hermano del Rey. Este príncipe debia hacer su entrada solemne el dia siguiente. Napoleon no ignoraba todas estas circunstancias, ni ninguno de los nuevos riesgos que le rodeaban; pero, inflexible en su voluntad como en tiempo de sus prosperidades, ni teniendo mas que ella para apoyarse, ni reconociendo otra cosa sino ella para su destino, persistió todo el dia

12 de abril, en negarse á ratificar el tratado firmado la víspera en Paris con las potencias extranjeras. Habíase entregado la abdicacion al gobierno provisional en cambio de su aceptacion del tratado. Nada parecia dar prisa á Napoleon para decidirse, y como se hallaba dominado interiormente por otras impresiones, parecia igualmente indiferente á la dene-gacion ó aceptacion de las ratificaciones. En aquel mismo dia, habia discutido friamente, y durante muchas horas, con el duque de Basano, la cuestion del suicidio, y aun cuando terminó por decidirla negativamente, habia parecido que le habia hecho tanta impresion, que se trató de apartar de él todos los medios que hubieran podido favorecer una tentativa funesta.

Napoleon se hallaba en aquella disposicion moral, cuando llegaron los duques de Vicencio y de Tarento á Fontainebleau, y le entregaron el tratado. Tambien les acompañaba un plenipotenciario ruso, encargado del cange de las ratificaciones. La secretaria de Estado trabajó toda la noche en el despacho de los negocios. El plenipotenciario ruso se presentó con nuevas dificultades que herian el honor de

Napoleon. Las pretensiones de que se valió para tener una orden del Emperador relativa á los aliados, indignaron á Napoleon y en su consecuencia hubo debates muy animados sobre ello en el alojamiento del príncipe de Neuchatel. El Emperador se negó á condescender con la demanda incidental del enemigo; puesto que no habian querido tratar con él por la Francia, era muy extraño el solicitar de él que diese las órdenes para la entrega de las fortalezas. Napoleon pasó una parte de la noche con el duque de Vicencio, y se retiró á las once.

Entonces se ignoró, pero despues se ha sabido que Napoleon llevaba siempre consigo, durante la retirada de Moscú, un veneno inventado por Cabanis para libertar á sus amigos de los suplicios en tiempo del terror. Una vez prisionero de Alejandro, se acordó del veneno; pero su fuerte constitucion física triunfó de él despues de una larga agonía. « La muerte » no puede conmigo, » dijo entonces Napoleon. Sin embargo, habia sido tan violenta la crisis, que fue imposible al Emperador el levantarse antes de las once para despachar al mariscal Macdonald. Su cara estaba desen-

cajada, sus ojos hundidos en sus orbitas, su semblante amoratado, y sus miembros despedazados. Por último, su alma tomó de repente toda su superioridad sobre tantos infortunios. En vano trató de morir, pues que el éxito engañó su última voluntad, y no teniendo ya recurso alguno que oponer á su destino, firmó las ratificaciones y despidió en seguida al mariscal Macdonald, despues de haberle regalado un sable en reconocimiento de su fidelidad. « Siento mucho, le dijo Napoleon, no » poder daros mas, en testimonio de mi estimacion. » Efectivamente, Napoleon se complacia en llamar al mariscal Macdonald *un hombre de honor*.

Por el tratado firmado el 11 en Paris y el 13 en Fontainebleau, el emperador Napoleon, la Emperatriz y todos los individuos de la familia imperial conservaron sus títulos y calidades. Se concedió á Napoleon la isla de Elba en toda soberanía, con dos millones de pesetas de renta, de los cuales uno reversible á la Emperatriz, y á cargo de la Francia. Dióse en toda propiedad á la Emperatriz, los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, los cuales debian pasar á su hijo, tomando desde luego

el título. Por el tratado se concedió también dos millones y medio de pesetas de renta como propiedad trasmisible á sus herederos, á los individuos de la familia imperial, independientemente de su caudal particular; señalóse igualmente en él un millón de pensión á la emperatriz Josefina, y un establecimiento seguro y decoroso fuera de Francia al príncipe virey. Sobre los fondos que el Emperador abandonó á la corona, se reservaba un capital de dos millones de pesetas para gratificar á los generales de su guardia, á sus ayudantes de campo y á sus criados. El artículo 13 decía: « Que las obligaciones del Monte » Napoleone de Milan, para con todos los » acreedores de Napoleon, franceses ó extranjeros, serian religiosamente cumplidas. » (*Esta fue la única condicion que puso Napoleon á su abdicacion al trono de Italia; pues bien, ni siquiera se ha cumplido.*) El artículo 17 decía: « S. M. el Emperador podrá llevar » consigo y conservar para su guardia cuatro- » cientos hombres voluntarios..... » Un año despues sabrá la Europa y la Francia lo que pudo Napoleon con aquellos cuatrocientos hombres.

La publicacion del armisticio y de la adhesion al gobierno provisional, contuvo repentinamente en el Norte los triunfos milagrosos del general Maison, el cual, con sus doce mil hombres, resistia á sesenta mil del ejército de su antiguo general, el príncipe real de Suecia, y era llamado, como libertador, por los pueblos de la Bélgica. El mariscal Soult, tanto en su nombre como en el del mariscal Suchet, también debió concluir un armisticio con el lord Wellington. El general Decaen ya lo habia firmado por su ejército con el lord Dalhousie; y habiendo concluido el suyo el mariscal Augereau con el príncipe de Hesse-Homburgo, habia dirigido á su ejército aquella alocucion que era un modelo de insolencia y de bajeza para con Napoleon, castigado cruelmente por haber conservado su confianza, al que no la merecia hacia tanto tiempo, y cuyo valor no habia sobrevivido á la batalla de Eylau.

La abdicacion y el armisticio pasaron los Alpes, y advirtieron al Virey que ya no habia para él ni banderas francesas ni banderas italianas. Convínose la evacuacion de la Italia entre aquel príncipe y el mariscal de Belle-

» todos, pero abrazo á vuestro general; ve-
 » níd, general Petit, á que os estreche sobre
 » mi corazón! Que me traigan el águila, tam-
 » bien quiero besarla! Ah! querida águila,
 » ojalá que el beso que te doy resuene en
 » la posteridad! Adios hijos míos, mi afecto
 » os acompañará siempre; conservadme en
 » vuestra memoria.»

Esta escena memorable, tuvo algo de patética por la emoción que enterneció por primera vez delante de sus compañeros de armas el semblante de Napoleón; el cual lloraba, así como la tropa; este dolor común de los primeros soldados y del primer capitán de la Europa fue sublime.

Napoleón subió á su coche con el general Bertrand, acompañado de un corto destacamento. El mismo día que salía Napoleón de Fontainebleau como desterrado, hacia su entrada solemne en Londres Luis XVIII, como rey de Francia. A su llegada al palacio del príncipe regente, el rey respondió á aquel príncipe en estos términos: « Siempre atribuiré á los consejos de V. A. R., á este glorioso país y á la confianza de sus habitantes, después que á la Providencia, el res-

» tablecimiento de nuestra casa sobre el trono
 » de nuestros antecesores.» Y en efecto, la Gran-Bretaña era la que devolvía la Francia á Luis XVIII. La fortuna que proscribía á Napoleón, se congratulaba en suministrar á la historia este extraño contraste el 20 de abril de 1814, y á justificar así el triunfo de la Inglaterra sobre su enemigo más temible. Después de semejante tiro, nada más faltaba ya á la catástrofe que precipitaba del trono al capitán del siglo, condecorado con todos los títulos que puede procurar una fortuna humana; aquel á quien su ejército había llamado su héroe, la Francia su libertador; el que era para la Europa el hombre del destino, el distributor de coronas, y el soberano de los reyes; en quien el clero de Francia celebraba al *enviado del Todopoderoso*, y á quien el Papa había llamado tantas veces el *ungido del Señor*.

En todas partes fue recibido Napoleón en su tránsito con el grito de *viva el Emperador!* En ninguna parte se manifestó con más entusiasmo que en León, el testimonio de amor y de pesar; pero el mariscal Augereau tuvo la osadía y la bajeza de insultar al infortunio de un hombre grande, á quien había vendido, coronando

con esta infamia el crimen de una defeccion que merecia la muerte. Lo demas del viage no dejó de presentar sus riesgos, los cuales eran mayores, á medida que se adelantaba en las provincias meridionales. Napoleon no entró en Aviñon, en donde doce mil bandidos manifestaban intenciones feroces. En Orgon, todavía era mas violento el furor contra él, pues algunos miserables, reunidos para festejar á los generales austriacos, quisieron asesinarle. Tambien corrió otros riesgos muy graves, y quizá el vencedor generoso, que habia devuelto sus tronos á reyes vencidos, y levantado imperios caidos á sus pies, se vió precisado á ponerse bajo la proteccion del extranjero, para no ser víctima de malhechores apostados por conspiradores mucho mas culpables y mas odiosos que sus bárbaros instrumentos. El velo medio rasgado sobre la mision confiada á Maubreuil; otros descubrimientos que ya la historia ha registrado para el porvenir, la misma direccion dada á los fanáticos que despues asesinaron al general Ramel y al mariscal Brune, y ensangrentaron los departamentos del Herault y del Gard, ponen bajo el peso de una terrible responsabilidad

á los autores de la conjuracion contra la vida del príncipe, con quien los soberanos de Europa, sea por respeto, sea por temor, acababan de tratar de soberano á soberano. Napoleon se libertó de las asonadas excitadas á su paso, embarcándose por último en el puerto de la Rapheau; catorce años antes, aquella misma region le habia visto llegar de Egypto para ir á tomar las riendas de un imperio. Una fragata inglesa se encargó de trasportar el dueño del continente al estrecho dominio que la fortuna le dejaba.

El 3 de mayo, á las seis de la tarde, entró el Emperador en Porto-Ferrajo, donde fue recibido por el general Duhesme, comandante frances. « General, le dijo, he sacrificado mis » derechos á los intereses de mi patria, reser- » vándome la propiedad y la soberanía de la » isla de Elba. Manifestad á los habitantes la » eleccion que he hecho de su isla para mi re- » sidencia. Decidles igualmente que siempre » serán para mí el objeto de mi mas vivo in- » teres.» El corregidor (*mairé*) de Porto-Ferrajo entregó á Napoleon las llaves de la ciudad; la casa del ayuntamiento se convirtió en

palacio. Se cantó un *Te Deum* en la catedral, al cual asistió el Emperador; de este modo se terminó aquella soberanía tan limitada. El desempeño de su gobierno no fue para Napoleón; sino una especie de administracion de familia, durante los diez meses que reinó sobre los habitantes de aquella isla. Extendió los trabajos de las minas, hizo varios plantíos, muchas construcciones, por fin, mil beneficios. Su madre, su hermana la princesa Paulina Borghese, dejaron sus palacios de Roma, y sus jardines encantados, para venir á suavizar sobre las rocas de la isla de Elba, el destierro de un hijo y de un hermano, constantemente querido de ellas; cuidados tiernos, adhesion tierna, donde la historia descansa del triste espectáculo de la desgracia de las naciones, y de la necesidad de tener que repetir sin cesar los errores de sus gefes, errores, cuya censura casi siempre se pierde para las generaciones á quienes deberian instruir y corregir.

Con todo, la isla que encerraba á Napoleón no era para él mas que un observatorio, desde donde veia y creia oir los gemidos de

la Francia. Andaba errante sobre sus cimas, como un águila extraviada que dirige sus miradas penetrantes al través de la inmensidad, para buscar su camino hácia el aire paterno.

FIN DEL LIBRO DÉCIMOSEXTO.

garde, por medio de comisarios. La despedida del ejército francés de la hermosa Italia debió resonar hasta el corazón de Napoleón, y darle el último golpe en medio de las aflicciones que su alma se aplicaba á tolerar de un modo digno de él. ¡Qué mudanza! Napoleón, poco tiempo antes, dueño de un grande imperio y el árbitro de la Europa, ya no es mas que un desterrado que conserva un vano título..... El 15 llegó el emperador de Austria para oír las felicitaciones por haber destronado á su yerno; el 16 arrebató á Napoleón su muger y su hijo, y ambos debieron partir para Viena por orden de Francisco II; hasta ahora se ignora la resistencia que pudo oponer María Luisa á la violencia de un padre. Una princesa menos elevada en la gerarquía de los soberanos, la hija del rey de Wurtemberg, que él mismo habia solicitado, para ella y á pesar de ella, la mano de Gerónimo, bajo la influencia omnipotente del tratado de Tilsitt, supo resistir con valor y respeto á una voluntad á lo menos tan imperiosa y tan sagrada, y cumplir con sus obligaciones como madre y como esposa.

El 19 de abril, víspera del día en que Na-

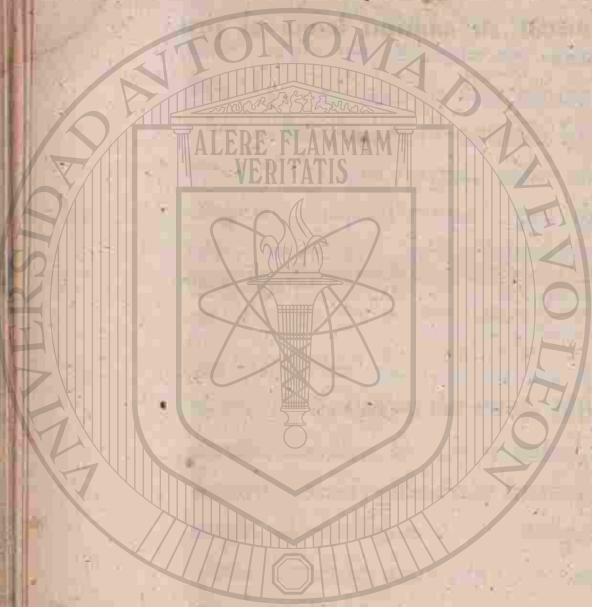
poleon debia salir de Fontainebleau, llegó el general Montholon de Moulins. Admitido á presencia del Emperador en su gabinete, aquel general le propuso ir ó á Roanne ó á Moulins, donde seria recibido por un cuerpo de diez mil hombres. Le aseguró que tomando el camino de las montañas, Napoleón podria reunirse con los cuerpos de ejército de los mariscales Soult, Suchet y Augereau, y ponerse á la cabeza de cien mil hombres. «Ya » no es tiempo, le dijo Napoleón, porque » como he abdicado, todo se acabó; no quiero » que se me eche en cara la guerra civil; » pero nunca olvidaré lo que acabais de pro- » poner; jamás, lo ois, jamás!» La respuesta era generosa por parte de un príncipe tan indignamente ultrajado en los vínculos mas sagrados de la naturaleza, y que habia juzgado de una ojeada los medios que se le presentaban, y la certeza de la reunion de los ejércitos, en cuya busca podia ir.

En fin, el 20 de abril, fue el día en que debia separarse de su fiel ejército, de su guardia!.... Su guardia se hallaba formada en los patios del palacio para la escena de la despedida. Sus viejos soldados, ennegrecidos por

todos los climas, cicatrizados por todas las guerras, y llenos de pesar, ni siquiera levantaron los ojos sobre el astro que los guiaba á la victoria; aquel astro se halla en su menguante; siguen su triste fortuna, su vista se halla fija sobre la tierra sobre que marcha su general por la última vez..... Al recorrer aquellas filas de valientes, Napoleon vuelve á ver toda su gloria, y reconoce todas sus hazañas. Aquella falange inmortal todavía contaba algunos granaderos de Arcola, de Aboukir y de Marengo; las otras datan de Austerlitz, de Jena, de Friedland, de Madrid, de Wagram, de Moscú, aun de Lutzen, de Bautzen, de Wurschen, de Dresde, de Hanaú.... Todavía no hace muchos dias que se vieron diezmados en medio de la Francia, en veinte combates donde siempre fueron vencedores.... Al contemplar aquellos testigos, aquellos autores de tantos trabajos famosos, tan lejanos ya de él, era permitido á Napoleon ceder á una impresion que el carácter mas impertérito no habria podido vencer; empero, sacando nuevas fuerzas del grandor mismo de los sacrificios que acababa de hacer, por haber firmado el tratado, despues de

haber abrazado á sus amigos, habia bajado la escalera del palacio con tanta entereza como si hubiera subido las del trono; despues echando una mirada tranquila y tierna sobre sus viejos guerreros, les dijo con una voz tan entera como su alma:

« Me despido de vosotros. Veinte años hace
 » que estamos juntos; estoy satisfecho de vo-
 » sotros; porque siempre os he encontrado en
 » el camino de la gloria. Todas las nacio-
 » nes de la Europa se han armado contra mí,
 » algunos de mis generales han hecho traicion
 » á sus obligaciones y á la Francia; y hasta
 » ésta ha querido otro destino. Con vosotros
 » y los valientes que me han permanecido fie-
 » les, hubiera podido mantener la guerra ci-
 » vil; empero la Francia hubiera sido desgra-
 » ciada. Sed fieles á vuestro nuevo soberano,
 » subordinados á vuestros nuevos gefes, y no
 » abandoneis á nuestra cara patria. No os com-
 » padezcáis de mi suerte, porque yo siempre
 » seré feliz, si llego á saber que lo sois voso-
 » tros. Habria podido morir, y si me he deci-
 » dido á sobrevivir, es por servir todavía á
 » vuestra gloria, escribiendo las grandes co-
 » sas que hemos hecho. No puedo abrazaros á



LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

DESEMBARCO DE NAPOLEON EN EL GOLFO JUAN.—SU LLEGADA
A GRENOBLE, A LEON, A FONTAINEBLEAU.—DECLARACION
DE VIENA.—VIAGE DE LA FAMILIA REAL.

PARA nadie habia caído Napoleon enteramente , y mucho menos para él. La Francia y él se ocupaban de su comun vecindad, pero en silencio , porque ninguna comunicacion, ninguna inteligencia habia establecido entre ellos la menor relacion directa. Solo los viajeros extranjeros hacian este contrabando de un interes tan natural, y sus relaciones se recibian con igual afan por los Franceses de la gran nacion, y por los que habitaban la isla de Elba. A Napoleon le bastaba la superioridad de su discernimiento, para apreciar la verdad en las narraciones que llegaban á sus

fensa. Mientras que se ocupaban de ello, dos nobles ingleses, indignados de un proyecto de traición, cuyo vilipendio recaería sobre su nación, salieron de Viena y fueron á dar á Napoleon noticias circunstanciadas del proyecto, las cuales patentizaron á Napoleon lo arriesgado de su posición. No faltaron algunas personas que creyeron era aquella una red británica para hacer todavía de Napoleon el enemigo común, obligándole á ponerse en una actitud amenazadora; pero esto no fue mas que una suposición. Por otra parte, además de las noticias recibidas del extranjero, también sabia Napoleon que el gobierno real de Francia ya no queria ejecutar el tratado de Fontainebleau, lo cual ponía en juicio la revolución y el imperio. En cuanto á la trama urdida contra él por los individuos del congreso, se ignoraba absolutamente en Paris, donde los partidarios de Napoleon, caídos igualmente en la desgracia, carecían de todo medio de saber lo que pasaba fuera. Los que de entre ellos han sido proscriptos como conspiradores empeñados de antemano en la empresa arriesgada de su vuelta, porque la parte que tuvieron en otro tiempo en su confianza los hacía

sospechosos, no habían hecho la menor tentativa para recordarse á su memoria. Sin embargo nada era mas fácil, como el mismo Napoleon lo dice (tomo II, pág. 33 de sus *Memoirs*): *En el espacio de nueve meses, mas de cien oficiales franceses ó italianos llegaron sucesivamente á la isla de Elba con sus uniformes, y sus pasaportes en regla.* Pero como ya queda dicho, en Francia se conspiraba, sí, mas no en favor de Napoleon. Nadie hubo en el secreto de la isla de Elba mas que el rey Joaquin, á quien Napoleon prescribió aguardase sus órdenes para obrar, y un auditor del consejo de Estado, Fleury de Chaboulon, que de propio movimiento vino á dar cuenta á Napoleon del estado de las cosas en Francia.

En Nápoles se habían comprado municiones de guerra, en Argel armas y en Genova trasportes. Muy en breve se halló todo dispuesto para la partida. El 26 de febrero á las ocho de la noche, mil hombres, entre ellos seiscientos de la guardia, doscientos cazadores corsos, y cien Polacos de caballería ligera, recibieron repentinamente la orden de embarcarse á la señal de un cañonazo. Napoleon eligió este día porque el comandante de la es-

tacion inglesa se habia ido á Liorna; y para quitar toda sospecha, él mismo daba una funcion en que su madre y su hermana Paulina hacian los honores. El se escurrió de ella; *se echó la suerte*, dijo al poner el pie en el bergantin el *Inconstante*. Este buque armado con veinte y seis piezas de artillería, tenia á su bordo cuatrocientos granaderos; la flotilla imperial se componia de otras seis pequeñas embarcaciones. En breve perdieron la isla de vista. Nadie sabia donde iban, excepto Bertrand y Drouot. Sin embargo la opinion comun, en la flotilla, era que Napoleon desembarcaria en Italia; por lo demas poco se inquietaban, pues que él se hallaba allí. Al cabo de una hora que estaban embarcados: *Granaderos*, dijo, *vamos á Francia; vamos á Paris*. Las voces de *viva la Francia! Viva Napoleon!* resonaron en los aires; y un regocijo patriótico se manifestó en los viejos granaderos de Fontainebleau.

Así es que el Mediterráneo iba á llevar todavía á Francia, para destronar la familia real, al que, veinte años antes, habia traído de Egipto para deponer al Directorio. Despues que hubo doblado el cabo de San Andres, el viento fué contrario. Al amanecer solo habian he-

cho seis leguas, y el mar se hallaba custodiado por cruceros ingleses y franceses. Los marineros eran de parecer volverse á Porto-Ferrajo; mas, como en su vuelta de Egipto, Napoleon *queria llegar á Francia*, y se siguió la direccion indicada; su proyecto era, si le atacaba un crucero, ó de apoderarse de él, ó ir á Córcega. En el primer caso, quizá era preciso batirse, y para prepararse mejor á esta necesidad, mandó echar al mar todos los efectos embarcados, sacrificio que todos hicieron con gusto. Por la tarde, se descubrieron dos fragatas; y un bergantin frances, que reconocieron ser *el Zéfiro*, vino derecho á la flotilla. Al cabo de una hora, los dos bergantines estaban bordo á bordo, y habiendo preguntado el *Zéfiro* al *Inconstante*, nuevas del Emperador, el mismo Napoleon respondió que estaba bueno. El 28, se reconoció un navío de 74, el que ni siquiera percibió el bergantin de *César*. Todo este dia se ocupó en copiar tres proclamas, dos en nombre del Emperador, la una á los Franceses, la otra al ejército, y la tercera tambien al ejército en nombre de su guardia; los puentes se llenaron de copistas; este singular escritorio de estado mayor

escribiendo á la nota de Napoleon, á vista de los cruceros enemigos, enmedio del mar, en un bergantín sin defensa, es un hecho curioso en aquel periodo tan romanesco de la vida de Bonaparte. En fin, el 1° de marzo, més favorito del Emperador en sus prosperidades, vió la tierra francesa, y desembarcó en el gofo Juan. Los habitantes no le votaron, como los de Calais á Luis XVIII, una placa de bronce con la señal del pie que habia puesto sobre el suelo, despues de veinte y cinco años de ausencia; pero fue bien recibido por los aldeanos que supieron el desembarque. Establecióse el campamento en un olivar: *Buen presagio!* exclamó Napoleon, *ojalá se realice!* Entre los habitantes que se acercaron, uno de ellos que habia servido, reconociendo á Napoleon, no quiso dejarle mas. *Y bien Bertrand,* dijo el Emperador al gran mariscal, *ya tenemos refuerzo!.....*

Un capitán y veinte y cinco hombres habian marchado ya para Antibes, con orden de presentarse allí como desertores y seducir la guarnicion. Pero Napoleon habia hecho muy mala eleccion en sus negociadores, porque entraron en la ciudad, gritando: *Viva el Em-*

perador! y al momento fueron desarmados y presos. No teniendo noticias de aquel destacamento, envió Napoleon á Antibes un empleado civil encargado de instrucciones para el gobernador; mas, hallando todas las puertas cerradas, no pudo comunicar con nadie. A las once de la noche, la pequeña tropa que Napoleon llamaba *la diputacion de la guardia*, se puso en movimiento; los Polacos iban á pie y llevaban á costilla los equipos que debian servir para los caballos que se comprasen por el camino. Despues de una marcha continúa de veinte leguas, llegó Napoleon al lugar de Cerenon el 2 por la tarde; el 3 durmió en Barreme; el 4 en Digne; el 5 en Gap, en cuya ciudad solo conservó para su guardia cuarenta granaderos y diez hombres de caballería. En Gap, fue donde hizo imprimir las proclamas que habia dictado á bordo el 28 de febrero, por no haber podido él mismo descifrar las que habia escrito en Porto-Ferraio la víspera de su salida. Aquellas proclamas se despararraron con la mayor profusion por toda la Francia, y produjeron sobre la masa de la poblacion un efecto tanto mágico quanto menos esperado. Presentaban un contraste sin-

gular con todo lo que se hacia entonces; así es que obtuvieron al punto el triunfo de un antiguo hábito sobre una novedad á la que estaban muy mal dispuestos los ánimos; porque llevaban en sí el sello de aquella elocuencia de conquistadores, que tantas veces habia puesto en movimiento el corazon de los Franceses, pronosticándoles cosas tan prodigiosas, ó dándoles las gracias por haberlas ejecutado. Todo el mundo cayó en el lazo; y ademas, á tantos sentimientos generosos, á tantos nobles recuerdos, á tan sublimes esperanzas como renovaba el nombre de Napoleon, se reunia una admiracion fácil de adivinar. Seguramente era una maravilla extraordinaria arrojada de repente en medio de la monarquía de los Borbones, la aparicion de Napoleon que venia á la cabeza de un destacamento de mil y cien hombres para reconquistar la soberanía de la Francia, y quizá de la Europa! El título que tomó en sus proclamas era el imperial de su reinado: **NAPOLEON POR LA GRACIA DE DIOS Y LAS CONSTITUCIONES DEL IMPERIO, EMPERADOR DE LOS FRANCESES,** «olvidándose sin duda de su abdicacion, ó mas bien creyéndose libre de un tratado que los aliados

se proponian violar por la fuerza y contra toda especie de derecho; cualquiera que fuese en esto la idea de Napoleon, lo cierto es que no habia perdido la habilidad de hablar á los hombres el lenguaje del ingenio y de la gloria como vamos á juzgar.

PROCLAMA AL EJÉRCITO.

Golfo Juan, 1º de marzo.

« SOLDADOS!

» No, no fuimos vencidos. Dos hombres sa-
 » lidos de nuestras filas hicieron traicion á
 » nuestros laureles, á su pais, á su príncipe y
 » á su bienhechor. Desde mi destierro he oido
 » vuestros quejidos; he llegado al fin por me-
 » dio de mil peligros y venciendo mil obstá-
 » culos. Desde ahora, debemos olvidarnos que
 » hemos sido los dueños de las naciones; pero
 » no debemos tolerar que ninguna se entre-
 » meta en nuestros negocios; Quién sera el
 » osado que se atreva á ser amo en nuestra
 » casa?... Volved á tomar esas águilas que te-
 » niais en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en

» Montmirail!.... Los veteranos del ejército
 » del Sambre y Meuse, del Rhin, de Italia,
 » de Egipto y del Oeste estan humillados!....
 » Venid á las banderas de vuestro gefe..... la
 » victoria marchará á paso de ataque. El ágrí-
 » to, con los colores nacionales, volará de
 » campanario en campanario hasta las torres
 » de Nuestra Señora..... Cuando seais viejos,
 » rodeados y considerados de vuestros con-
 » ciudadanos, oirán contar con admiracion
 » y respeto vuestras sublimes hazañas. Po-
 » dreis decir con orgullo: Y yo tambien era
 » uno de los que componian aquel ejército
 » grande que por dos veces entró en Viena,
 » en Roma, en Berlin, en Madrid y en Mos-
 » cú, y que lavó á Paris de la mancha que la
 » traicion y la presencia de los enemigos ha-
 » bian hecho. »

PROCLAMA A LOS FRANCESES.

« FRANCESES!

» La defeccion del duque de Castiglione
 » entregó á los enemigos la ciudad de Leon
 » sin defensa. El ejército, cuyo mando le ha-

» bia confiado, tanto por el número de sus
 » batallones, como por el valor y el patrio-
 » tismo de las tropas que le componian, se
 » hallaba en estado de batir al cuerpo de ejér-
 » cito austriaco que tenia á su frente, y venir
 » por la espalda del flanco izquierdo del ejér-
 » cito enemigo que amenazaba á Paris.

» Las victorias de Champ-Aubert, de Mont-
 » mirail, de Chateau-Thierry, de Vau-
 » champ, de Dormans, de Montereau, de
 » Craone, de Reims, de Arcis-del-Aube y
 » de San-Dizier; la insurreccion de los va-
 » lientes labradores de la Lorena y de la
 » Champaña, de la Alsacia, del Franco-Con-
 » dado y de la Borgoña, y la posicion que te-
 » nia yo á espaldas del enemigo, separándole
 » de sus almacenes, de sus parques de re-
 » serva, de sus comboyes y de todos sus trenes,
 » le habian puesto en una situacion desespe-
 » rada. Nunca los Franceses se hallaron á
 » punto de ser tan poderosos, y lo mas esco-
 » gido del ejército aliado estaba perdido sin
 » remedio; habria encontrado su sepulcro en
 » esas vastas regiones que habia saqueado tan
 » barbaramente, cuando la traicion del du-
 » que de Ragusa entregó la capital y desorga-

» nizó el ejército. La conducta inesperada de
 » aquellos dos mariscales, que vendieron al
 » mismo tiempo su patria, su príncipe y su
 » bienhechor, cambió el destino de la guerra.
 » Era tal la situación del ejército enemigo,
 » que, al concluir la acción que se dió del ante
 » de Paris, se hallaba sin municiones, por la
 » separación de sus parques de reserva.

» En aquellas nuevas y grandes circunstan-
 » cias, mi corazón se partió de dolor, pero mi
 » alma permaneció inalterable, etc. »

El 6 partió Napoleon de Gap para Greno-
 ble. En San-Bonnet, iban á tocar á rebato
 para levantar la población de aquellos luga-
 res en su favor. « No, dijo á los habitantes,
 » vuestras sentimientos me aseguran de los
 » de mis soldados; porque tantos cuantos en-
 » cuentre, serán míos. Permaneced quietos en
 » vuestras casas. » En Sisteron, el alcalde
 (*maire*) quiso sublevar su concejo contra
 Napoleon; pero el general Cambrone llegó
 solo á la cabeza de los granaderos, cuyo alo-
 jamiento venia á disponer, é intimidó de tal
 modo á aquel magistrado, que se disculpó so-
 bre el temor que sus administrados no fuesen
 bien pagados. « Pues bien, pagaos, dijo Cam-

» brone, arrojándole su bolsillo. Los habitan-
 tes suministraron víveres en abundancia, y
 presentaron una bandera tricolor al batallón
 de la isla de Elba. Al salir de la casa de ayun-
 tamiento, el general Cambrone se halló dete-
 nido con sus cuarenta granaderos por una co-
 lumna enviada de Grenoble. Trató de parla-
 mentar, pero no se le dió oídos. Instruido Na-
 poleon de este contratiempo, se avanzó con
 su tropa, reuniéndosele en breve su guardia
 que habia acudido al peligro á pesar del can-
 sacio de tantas marchas: « Con vosotros, va-
 » lientes, no temo á una división de diez mil
 » hombres. » Entretanto, el batallón de Gre-
 noble habia retrocedido y tomado posición.
 Napoleon fue á reconocerle, haciéndose pre-
 ceder de un oficial, á quien no quisieron oír.
Me han engañado, dijo Napoleon al general
 Bertrand; *no importa, vamos adelante*. Se
 apeó, y descubriendo su pecho dijo á los
 soldados de Grenoble: « Si hay alguno en-
 » tre vosotros, si hay uno solo que quiera ma-
 » tar á su general, á su Emperador, bien
 » puede hacerlo; aquí le teneis. » Los soldados
 respondieron con aclamaciones de *viva el Em-
 perador*; y solicitaron marchar con él sobre

oidos, y para juzgar de la posición de la Francia, respecto á su gobierno. La Francia habia sido vulnerada en todos sus recuerdos, amenazada en sus derechos, turbada en sus gozes, castigada en sus instituciones mas caras; ella sola era la extranjera, los generales, los empleados de la administracion despedidos, la dejaron bien pronto sin protectores y sin guía, á las órdenes de unos príncipes enteramente nuevos para ella, rodeados de viejos generales desconocidos, de una vieja nobleza llena de soberbia y jactanciosa, y de un clero perseguidor. El ejército, humillado con insolentes desprecios, habia visto diezmar el cuerpo de sus oficiales por un ministro, y este era el acusado de Baylen. Tres mil veteranos mutilados en las guerras de la República y del Imperio, iban mendigando de puerta en puerta, á llevar á sus pueblos la noticia de la mudanza de sistema; porque echados de la casa de los Inválidos, habian sido reemplazados por Vandeanos y Chouanes!

Desde el último mes de 1814, debió Napoleon conocer que era llamado hácia la Francia por el descontento que en ella reinaba. Sin embargo no fue de la nacion de quien recibió

la inspiracion de escaparse de su destierro, y de concebir el osado proyecto de añadir á la historia de la conquista de la Europa la de la conquista de la Francia. Aunque bien es verdad que algunos oficiales, entre ellos muchos de la antigua guardia, habian formado una conspiracion, á fin de cambiar el estado de las cosas, y en la cual entraba tambien Fouché, tambien lo es que en ella no se trataba de la restauracion de Napoleon. La idea de volver á Francia, que de repente tomó sobre Napoleon la fuerza de una resolucion, le vino de Paris únicamente por la lectura del *Monitor*, el cual le manifestó que el momento de su vuelta era llegado, así como la lectura de las gazetas de Francfort en Alejandria, le habian dado en otro tiempo la señal de su partida de Egypto. Algunas cartas de Viena, y otras de su cuñado Joaquin, á quien habia perdonado, el cual tenia agentes en el congreso, le fortificaron en su pensamiento, pues que le anunciaban la intencion propuesta á los aliados por los ministros franceses, de sorprenderle en la isla de Elba y trasportarle á Santa Helena. Entonces tomó todas las disposiciones necesarias para poner á Porto-Ferraio en estado de de-

Grenoble. Aquel momento fue decisivo para Napoleon, porque un solo tiro de fusil habria quitado á la historia el episodio mas brillante de la historia de Francia, y la menor resistencia, por parte de aquel batallon, hubiera producido la de toda la division que cubria á Grenoble. El coronel Labedoyere no hubiera podido entregar á Napoleon el 7º regimiento de línea que mandaba. Aquel poderoso refuerzo decidió á Napoleon á entrar aquella misma tarde en Grenoble, donde el general Marchand habia tomado medidas defensivas. Las puertas de la ciudad estaban cerradas; la guarnicion se desplegaba sobre las murallas; componíase ésta del regimiento número 3º de ingenieros, de 6º de línea, del cual un batallon marchaba desde por la mañana bajo el estandarte imperial, y del 4º de artillería, del que Napoleon habia sido capitan. Desde lo alto de las murallas, donde se habia agolpado la poblacion de la ciudad, la guarnicion atónita veia adelantar á Napoleon con sus tropas, el arma al brazo y marchando llenas de regocijo, gritando: *Viva Grenoble! Viva el Emperador! Viva la Francia!* El entusiasmo fue eléctrico en todos los hombres, en las circuns-

tancias que sorprenden repentinamente su imaginacion. Las murallas de Grenoble resonaron con las mismas aclamaciones, y en un abrir y cerrar de ojos las puertas fueron despedazadas por los habitantes. « Tened, dijeron á Napoleon, á falta de las llaves de esta buena ciudad, ahí teneis las puertas. » *Todo está decidido ya*, dijo Napoleon, *á sus oficiales, todo está decidido ya; vamos á Paris.* El dia siguiente, 8 de marzo, fue reconocido y cumplimentado solemnemente como Emperador por todas las autoridades civiles, judiciales, militares y eclesiásticas, á las cuales habló de este modo: « He sabido que la Francia era desgraciada; he oido sus gemidos y sus quejas. Mis derechos no son otros mas que los derechos del pueblo... Vengo á usar de ellos, no para reinar, pues el trono no es nada para mí; tampoco vengo para vengarme; quiero olvidarme de cuanto se ha dicho, hecho y escrito desde la capitulacion de Paris. Mucho me ha gustado la guerra, pero no la haré mas. Debemos olvidarnos que hemos sido dueños del mundo.... Quiero reinar para hacer que nuestra hermosa Francia sea libre, dichosa é independiente. »

» Mi intencion es menos la de ser su soberano
 » que el primero de sus ciudadanos. » Napoleón se convirtió repentinamente en el hombre del soldado y del pueblo, cuya vuelta maravillosa habia sorprendido y exaltado todas las facultades. De manera que en la revista que pasó á la guarnicion de Grenoble, el entusiasmo público llegó hasta el delirio, particularmente despues que dirigió estas palabras al 4º de artillería: «En medio de vosotros he servido en mi juventud; á todos os quiero como á antiguos camaradas. Os he seguido en el campo de batalla, y siempre he quedado satisfecho de vosotros; pero estoy persuadido que no necesitamos de vuestros cañones. Lo que la Francia necesita es moderacion y descanso. El ejército gozará, en la tranquilidad de la paz, de los bienes que le he hecho y de los que todavía pienso hacerle: los soldados han encontrado en mí su padre; todos ellos pueden contar con las recompensas que han merecido.... »

Despues de la revista, la guarnicion se puso en marcha sobre Leon, en número de seis mil hombres. Por la tarde escribió Napoleón á la Emperatriz y al rey José. Los correos no de-

jaron de decir por donde pasaban, que llevaban la órden á la Emperatriz para que viniese á reunirse con el Emperador, trayendo consigo al rey de Roma. Sin embargo no se contentó Napoleón con tomar posesion de la opinion en Grenoble, sino que tambien volvió á tomar la de la autoridad imperial, decretando que desde el 15 de marzo se hiciesen los actos públicos y la justicia se administrase en su nombre. La organizacion de las guardias nacionales en los cinco departamentos que acababa de atravesar, no la echó en olvido.

Hacia siete dias que aquella revolucion tan portentosa é intentada por un solo hombre, continuaba su curso, cuando el *Monitor* hizo saber á la Francia la llegada de Napoleón, en un decreto real que le ponía fuera de la ley, y con una proclama que convocaba inmediatamente las dos cámaras. El dia siguiente publicó aquel mismo periódico que Napoleón abandonado de los suyos, perseguido por la poblacion y por las guarniciones, andaba errante por las montañas, y no podia menos de caer víctima del ódio comun. Empero el *Monitor* era conocido, y por consiguiente nadie dió crédito á las noticias de aquel papel oficial.

Con todo, hubo dos opiniones, la una, la de la masa, que creía que Napoleón triunfaba, y la otra, la de la corte, que despreciaba á un enemigo tan débil, como veinte años antes habia despreciado la revolucion. Sin embargo, no pudieron ocultar por mucho tiempo su entrada en Grenoble, ni su marcha sobre Leon; en su consecuencia MONSIEUR, el duque de Orleans y el mariscal Macdonald salieron á toda prisa para aquella ciudad.... El duque de Angulema, el general Marchand y Duvernet debian cortar la retirada á Napoleón; en sus flancos se hallaba el general Lecourbe. El mariscal Oudinot se adelantaba á la cabeza de sus invencibles granaderos; todo el mundo se habia sublevado. Por último el 11 de marzo, se anunció en Paris que Bonaparte habia sido completamente batido por el lado de Bourgoing aunque habia ocupado esta ciudad el 9, sin tirar un tiro; y el 10, á las siete de la tarde entró en Leon á la cabeza del ejército enviado para combatirle. Alojóse en el palacio arzobispal, que acababa de abandonar MONSIEUR, y aunque se le presentaron las guardias nacionales de infantería y caballería, no quiso mas guardia que la primera: « Nuestras institucio-

» nes, les dijo, no reconocen guardias nacionales de caballería; por otra parte os habeis conducido tan mal con el conde de Artois, que no quiero de vosotros. » Y en efecto, de todos los nobles, de que casi enteramente se componia, uno solo habia acompañado al príncipe hasta que estuvo fuera de peligro. Napoleón mandó llamarle y le dijo: « Nunca he dejado sin recompensa una buena acción, os doy la cruz de la Legion de Honor.

Mientras que Napoleón recibia en Leon, de todas las divisiones militares del Oeste, las seguridades mas positivas de su vuelta bajo sus banderas, el rey recibia diariamente de otros puntos de la Francia una multitud de cartas respetuosas, en que se le aseguraba, en nombre de los generales y de las tropas, el deseo de morir por su defensa. Estas cartas eran sin duda forzadas en parte por la posicion de los que las formaban, como las de los ministros.

El mariscal Soult habia propuesto en el mes de diciembre levantar un monumento á las víctimas de Quiberon. Aceptada que fue esta proposicion se puso á la cabeza de la asociacion que se formó para proporcionar los fondos necesarios. Dos dias despues, fue nombrado ministro

de la guerra en lugar de Dupont. El 8 de marzo, publicó Soult una violenta orden del día contra el que le llamaba un aventurero. A pesar de esta prueba bien patente de una adhesión que seguramente reconocía el mariscal costarle mucho, el 11 de marzo anunció el *Monitor* el nombramiento del duque de Feltré al ministerio de la guerra, el cual en 1813 y 1814, y en el mismo empleo, había servido tan bien los intereses de los Borbones contra el Emperador. Con todo, Napoleon le conocía á fondo, y no debió alarmarle la elección de un hombre enteramente incapaz de tomar una resolución vigorosa en tan grandes circunstancias. Soult hubiese sido mas temible si alguno pudiera serlo delante de Napoleon, dueño ya de todo el Mediodía, y rodeado de un entusiasmo, que de hora en hora se hacia contagioso para toda la Francia.

Cuando Napoleon escribió á su hermano José, desde Leon, le encargó declarase á la Rusia y al Austria, igualmente que á las demas naciones, que su voluntad era conformarse en un todo y cumplir con el tratado de Paris. Los sucesos probaron despues que no manifestó en vano Napoleon aquella intencion cerca de

los dos imperios, á quienes estuvo muy lejos de encontrar en el campo de batalla. Las palabras que dijo entonces á las autoridades resonaron en toda la Francia. *He sido arrastrado por la fuerza de los acontecimientos por un camino errado; pero, instruido por la experiencia, he abjurado ese amor á la gloria, tan natural á los Franceses, que tan funestos resultados ha tenido para la Francia y para mí.... Me he engañado, creyendo que era llegado el siglo de hacer de la Francia la capital de un grande imperio.* Esta abjuración del espíritu de conquista era sincero por parte de Napoleon, que estaba pronto á jurar el tratado de Paris. Tambien fue en Leon donde, arrastrado naturalmente á aquel partido por el triunfo político y militar que le había conducido desde el golfo Juan, atravesando la plaza de Grenoble, á la segunda ciudad de Francia, volvió á tomar Napoleon la soberanía y dictó varios decretos de una grande importancia, pero que no todos venian al caso por entonces. El primero pronunciaba la disolución de las dos cámaras, y ordenaba la reunion en *Paris*, en asamblea extraordinaria del *Campo de Mayo*, de los colegios electo-

rales del imperio, fuese *para corregir y enmendar nuestras instituciones*, fuese para asistir á la coronacion de la Emperatriz y del rey de Roma. El segundo decreto restablecia, contra los emigrados no borrados, que habian entrado en Francia desde el 1º de enero de 1814, la legislacion de las asambleas nacionales, ordenando el secuestro de sus bienes.

El tercero se conformaba, en su artículo III, con el sistema de la revolucion, aboliendo la nobleza y los derechos feudales. Napoleon hubiera debido no pasar de aquí, y no reservarse todavía los medios de perpetuar en favor de las grandes notabilidades de la Francia, en todo género de ilustraciones, privilegios que chocaban la pasion de los Franceses por la igualdad. El cuarto decreto despedia todos los oficiales de mar y tierra introducidos en el ejército desde el 1º de abril de 1814; y á los que, emigrados ó no, habian dejado el servicio en la primera coalicion contra la Francia. Este decreto era eminentemente popular para el ejército, que obedecia con una repugnancia invencible á unos oficiales que nunca habia visto. El quinto decreto llamaba á su ministerio á todos los magistrados desposeidos,

porque todos los individuos de la magistratura son inamovibles por todas nuestras constituciones. Un sexto decreto mandaba se secuestrasen los bienes de los emigrados, por todos los establecimientos públicos á quienes se habia alarmado á los poseedores de bienes nacionales. Este decreto era justo, porque restablecia las propiedades nacionales que son tan sagradas como las particulares. Por último, otro decreto licenciaba la casa del Rey, es decir todos sus servidores y los Suizos. La primera disposicion no necesita comentario, y la segunda mucho menos; porque libertaba á la Francia de esa contribucion, tan inútil como vergonzosa y gravosa, que se llama *el servicio extranjero*, y que la política francesa deberia desechar, particularmente despues que la Suiza ha abierto dos veces sus puertas á la Europa para invadir con ella el territorio de su antigua protectora.

El general Bertrand y el duque de Basano se negaron con razon á firmar aquellos decretos porque, aunque los mas severos eran cominatorios y pasajeros, como lo justifica la repugnancia de Napoleon por las proscripciones, sin embargo no dejaban de llevar en

sí el carácter de la autoridad absoluta que acababa de abjurar; veáse en ellos al soberano acostumbrado á gobernarlo todo, y no al primer ciudadano que Napoleon habia prometido á la Francia.

En sus *Memorias* se lee, tomo II, pag. 276:

«..... Resolvió entrar en Francia, no con
» la ambicion de conquistar su trono, sino
» para colocarse entre las facciones. Siempre
» habia pensado que la Francia solo queria la
» igualdad, y se la concedió enteramente. »
Los acontecimientos le demostraron palpablemente que tambien queria la libertad, y resolvió hacer al pueblo frances el mas libre de la tierra. En Leon y en Paris, hubiera debido tener ese lenguaje, apoyándole con una constitucion que hubiera sido la prenda y la prueba de su franqueza. En todos los actos que precedieron y siguieron á su vuelta, no se encuentra por ningun estilo el gérmen de intenciones tan generosas.

El gobierno real habia enviado al mariscal Ney á ponerse á la cabeza de un ejército á Lons-le-Saulnier. Napoleon encargó al general Bertrand le escribiese el estado de las cosas, haciéndole responsable de la guerra ci-

vil, si no se sometia. «*Halagadle*, decia el Emperador, *pero no demasiado, porque podria creer que le temo, y se haria de rogar.* Mientras tanto, gracias á su fama, la revolucion estaba ya hecha. En el ejército del mariscal, no habia mas que una voz; la de marchar á Leon, no para combatir á Napoleon, sino para seguirle. Habíase introducido ya la defeccion en muchos regimientos, y arrastrado por su ejército fuera del partido del Rey, que le era imposible defender, el desventurado mariscal dirigió á sus soldados, el 13 de marzo, la alocucion siguiente en la orden del dia :

« La causa de los Borbones se ha perdido
» para siempre. La dinastía que la nacion francesa ha adoptado va á subir al trono.....
» *Soldados! ya pasó aquel tiempo en que se gobernaban los pueblos, sin contar por nada sus derechos. La libertad triunfa en fin, y Napoleon, nuestro augusto Emperador, se propone consolidarla para siempre.* »

Napoleon, tranquilo con la declaracion hecha en su favor por aquel ejército, cuyo órgano era el príncipe de la Moskowa, fue á recibirle á Auxerre, donde, el 18, abrazó al

mariscal. Allí, á pesar del decreto que prescribía irle á los alcances, y de los proyectos siniestros que le anunciaron habia contra su persona, se mezclaba en medio del gentío con la mayor confianza, porque contaba con el amor del pueblo y de la tropa, y no se engañaba. El ejército, que ya se componia de cuatro divisiones, se embarcó á vista del Emperador, con orden de estar á la una de la mañana en Fontainebleau. El 19 por la tarde, llegó Napoleon á Moret, donde se detuvo para aguardar la vuelta de las grandes guardias que debian reconocer el bosque, porque se suponía que el ejército del duque de Berry ocupaba las alturas de Esona. Este pueblo habia sido fatal á Napoleon, y no podia olvidarlo á su vuelta á Fontainebleau; entró en esta residencia real á las cuatro de la mañana, y volvió á ver sin emocion aparente aquel teatro de su abdicacion, que no consideraba ya sino como una aventura borrada de su vida. Efectivamente, la salida del Rey de Paris le abrió sus puertas, como en 1814, en medio de treinta mil Franceses, y marchaba con direccion á la capital, acompañado del pueblo y del ejército. Jamás debió tener

tanto precio á los ojos de Napoleon un favor tan singular de la fortuna, pudiendo hacerle olvidar la adversidad de que acababa de salir; empero tan gran recuerdo le hizo necesariamente mas penosa la lenta agonía de Santa-Helena. En contraste de aquella vuelta brillante de prosperidad, que hacia todavía saludar con el nombre de *Emperador* al cautivo de Fontainebleau, y al fugitivo de la isla de Elba, aquella misma noche pasaba otra escena en Paris, á la cual el infortunio y el poder darán tambien un carácter imponente; pues Luis XVIII, viejo y enfermo, despues de veinte y cinco años de ausencia, y diez meses de reinado, volvía á tomar el camino del destierro, acompañado de los antiguos compañeros que ya en otro tiempo le habian seguido; antes de abandonar, quizá por última vez, el palacio de sus antecesores, testigo de tantos acontecimientos, solo habia recibido despedidas tímidas y privadas; habia podido oír las aclamaciones de la Francia proclamando á Napoleon, habia visto venir del ejército, que debia batir al conquistador, á su propio hermano enteramente solo y á los demas príncipes de su familia, reducidos

como él á ir á refugiarse á pais extranjero acompañados de algunos servidores. El 20 de marzo es uno de los grandes cuadros de la historia.

Entretanto, el congreso de Viena publicaba, el 13 de marzo, una declaracion, en todo conforme al decreto del rey del dia 6. Semejante manifiesto, hecho de comun acuerdo por todas las potencias, estrechaba mas y mas sus vínculos; y reunió prontamente á los que el interes habia ya dividido. La empresa de Napoleon, demasiado prematura, estrechó los fascos de los gabinetes, que, segun se dijo, estaban á punto de romperse. Hablábase de un convenio secreto que unia la Inglaterra, el Austria y la Francia, con todas las vastas dependencias de sus aliados, y de los tronos de familia, contra la Rusia y la Prusia. La aparicion repentina del vencedor de la Europa, el miedo de las resoluciones de Napoleon, inspirado por su genio, y sostenido por su carácter, en una época decisiva para el resto de su vida, la popularidad de su nombre en Francia, su imperio sobre un pueblo capaz de todo con semejante gefe, todas estas cosas avinieron

muy pronto á los políticos de Viena, asustados con los rumores de las gentes que se habian repartido, en nombre de la independencia de las naciones!

CAPITULO II.

LLEGADA DE NAPOLEON A PARIS.—ACTA ADICIONAL.—
CAMPO DE MAYO.

NAPOLEON entró en Paris, el 20 de marzo, á las nueve de la noche, por la puerta de Fontainebleau, con las tropas apostadas en Villejuif, sin dar aviso de su llegada, como habia hecho á su vuelta de Marengo, de Austerlitz, de Tilsit, de Madrid, de Viena...y de Moscú. Un gentío inmenso le esperaba en el patio del Carrusel y en los muelles; pero pasó por la puerta del pabellon de Flora, y subió á sus habitaciones particulares en brazos de la multitud. Al momento se vió rodeado de sus antiguos ministros, de los mariscales, de los oficiales y de las damas de palacio, de manera que se hallaba en familia. Las aclamaciones exteriores se prolongaron mucho tiempo. Paris, que amaneció capital del reino, anocheció capital de un imperio.

Napoleon dice, en sus *Memorias*, que la

misma noche de su llegada á Paris deliberó si, contrenta y cinco ó treinta y seis mil hombres que podia reunir en el Norte, daria principio á las hostilidades el 1° de abril, marchando sobre Bruselas y reuniendo bajo sus banderas el ejército belga, el cual solo esperaba una señal para reunirse á él. Wellington se hallaba en Viena, Blucher en Berlin, y el Emperador hubiera podido entrar en Bruselas en los primeros dias de abril con su ejército. Las fuerzas prusianas é inglesas eran de poca consideración; carecian de gefes, se hallaban diseminadas en toda la orilla del Rhin y no ocupaban ninguna plaza fuerte. Empero sacrificó al voto general de la Francia, es decir, á un sentimiento fundado en el error mas grave, una inspiracion, que por sí sola hubiera asegurado el triunfo de la empresa arriesgada que acababa de ejecutar. La declaracion del congreso de Viena no permitia á la Francia ni á Napoleon la menor incertidumbre; respecto á éstos, decia ésta: *que no podia haber ni paz ni tregua con Napoleon; el cual, habiendo destruido el único título legal de que dependia la EJECUCION del tratado de Fontainebleau, se habia puesto fuera de las*

fuerzos, fue el primero que se marchó, habiéndose embarcado el 22 á las dos de la mañana en Cé, en el Loire. Ya no quedaban en Francia mas que el duque y la duquesa de Angulema. Esta se hallaba en Burdeos, y aquel en Tolosa. La princesa, animada de un valor varonil, trató de defender á Burdeos, y al fin se vió precisada á embarcarse en un navío ingles. Por otra parte, el duque de Angulema, á la cabeza de doce mil hombres de línea y de guardias nacionales, queria arrastrar tras sí todo el Mediodia. La guerra civil habia principiado en Provenza y en Languedoc. El príncipe habia pedido socorro á los Suizos y á los Piamonteses. Marchaba con dos cuerpos de ejército, el uno mandado por él, y el otro por el general Ernouf. Despues de haber entrado el príncipe en Valencia, ocupó á Sisteron, Gap, y se disponia á dirigirse sobre Grenoble y Leon; pero era tarde; debia haber sido el 3 de marzo y no el 8 de abril. Muy en breve se vió el príncipe encerrado por los movimientos rápidos de las tropas imperiales, entre el Ródano, el Drome, el Duranzo y las montañas; bien pudo escaparse solo; mas prefirió justifiar la fidelidad del corto

número de valientes que le habian seguido, y capitular. El Emperador recibió del duque de Basano, al levantarse, el despacho telegráfico que daba tan importante noticia; y decidió que se cumpliese la capitulacion; esta conducta leal no debia ser imitada por sus enemigos para con él. Por la tarde, se manifestaron algunas oposiciones en torno de Napoleon, porque el haberle puesto fuera de la ley parecia mandarle imperiosamente de no desprenderse de una prenda tan preciosa. Por la noche, le entregó el duque de Basano otro segundo despacho telegráfico, anunciando que, habiéndose negado á ratificarla el general Grouchy, no existia la capitulacion. Napoleon preguntó si se habia expedido ya la orden para executar la capitulacion; el duque respondió afirmativamente. El Emperador quiso saber tambien si se habia recibido el segundo despacho, antes de expedir la orden, la respuesta fue igualmente afirmativa. Napoleon aprobó á su ministro, y mandó escribir al general Grouchy:

« El decreto del Rey del 6 de marzo, y la » declaracion firmada en Viena por sus ministros, podrian autorizarme á tratar al duque

» de Angulema como aquel decreto y aquella
 » declaracion disponen que se me trate á mí
 » y á mi familia. Empero, constante en las
 » disposiciones que me hicieron mandar que
 » todos los individuos de la familia de los Bor-
 » bones pudiesen salir libremente de Fran-
 » cia, mi intencion es que expidais las órdenes
 » oportunas para que el duque de Angulema
 » sea conducido al puerto de Cette, para que
 » se embarque, y que tomeis las medidas con-
 » ducentes para que no sea inquietado ni ex-
 » perimente ningun mal trato en su tránsito.»
 Esta orden fue ejecutada el 9 de abril; el 16
 dió á la vela el príncipe para España. El
 día siguiente, el general Grouchy fue nom-
 brado mariscal del imperio. Este general,
 igualmente que el general Lamarque, des-
 truyeron la guerra civil con sus marchas rá-
 pidas, el uno en el Mediodia, y el otro en el
 Oeste. Muy pronto el general Grouchy tendrá
 el grandísimo honor de ser encargado de la
 salvacion del ejército, gracias á esa fatal dig-
 nidad de mariscal que habia ganado en tan-
 tos campos de batalla, y que debió perder
 cuando Napoleon perdió el imperio.

Por fin, la Francia entera vió tremolar el

pendon imperial, y Napoleon recibia noticias
 de los progresos que hacia su causa entre los
 habitantes y los gefes del ejército. Las felici-
 taciones de los cuerpos, las proclamas de los
 generales se sucedian sin interrupcion; pero
 Napoleon debió indignarse al leer la del
 mariscal Augereau, gobernador de la divi-
 sion 14.ª. « Soldados! decia, ya habeis oido
 » los clamores de vuestros hermanos de armas
 » que han resonado hasta nosotros; nuestros
 » corazones se han llenado de júbilo. El
 » Emperador se halla en la capital. Ese
 » nombre, que por tanto tiempo ha sido la
 » señal de la victoria, ha bastado para di-
 » sipar como el humo todos sus enemigos.
 » Hubo un instante en que la fortuna le fue
 » adversa. Seducido por la ilusion mas noble
 » (la felicidad de la patria), creyó deber hacer
 » á la Francia el sacrificio de su gloria y de
 » su corona. *Nosotros mismos deslumbrados*
 » *con tanta magnanimidad*, prestamos enton-
 » ces juramento de defender otros derechos
 » que los suyos. Sus derechos son incontestá-
 » bles y no pueden perecer! Los reclama hoy;
 » nunca fueron mas sagrados para nosotros.
 » Soldados! durante su ausencia, en vano

» buscaban vuestros ojos sobre vuestras ban-
 » deras algunos recuerdos honrosos. Echad la
 » vista sobre el Emperador; y vereis como
 » brillan en torno suyo sus águilas inmor-
 » tales; reunámonos á ellas. Sí, ellas solas
 » conducen al honor y á la victoria. Enarbo-
 » lemos pues los colores nacionales. Caen, 22
 » de marzo. »

Once meses antes, habia dicho Augereau á sus tropas : «Juremos fidelidad á Luis XVIII » y enarbolemos los colores verdaderamente » franceses. » Tambien les habia dicho que Napoleon *no habia sabido morir como soldado*; y se atrevia á unirse con ellos bajo sus águilas, despues de haber sido mancillado á sus ojos por las preclamas vengadoras del golfo Juan ! El 26 de marzo, recibió el Emperador en audiencia solemne las felicitaciones de los tribunales judiciales, de sus ministros y de su consejo de Estado; todas ellas eran patrióticas y anunciaban bastantemente á Napoleon que se habia verificado una gran revolucion, durante el tiempo que ellos llamaban *interegno* en los espíritus de sus antiguos servidores. El último cuerpo de los que acabamos de nombrar se explicaba con mas noble

independencia que los demas. He aquí el principio de su elocuente arenga :

« Al volyer á tomar sus funciones, el consejo de Estado cree de su deber manifestar » los principios que son la regla de sus opiniones y de su conducta. La soberanía reside en el pueblo; él es el único manantial » de la autoridad..... » Despues de haber proclamado así el dogma fundamental de la democracia, dogma que el mismo Napoleon habia reconocido, sometiendo su nombramiento á la aprobacion del pueblo; despues de haber recogido las faces de la revolucion, del consulado y del imperio, el consejo de Estado demostraba que la abdicacion de Napoleon, no consagrada por el voto de la nacion, no podia destruir el contrato formado entre ella y el Emperador, y que Napoleon no tenia facultad para sacrifiar los derechos de su hijo. Pasando despues al establecimiento del gobierno real, dijo que la constitucion decretada por el Senado, y no aceptada por el Rey, no habia sido sometida á la aceptacion del pueblo; *que el Rey otorgó voluntariamente, y por el libre ejercicio de su autoridad real, una carta ó diploma] constitucional llamado decreto de re-*

forma; que semejante carta no tuvo mas sancion que el haberla leído en presencia de una nueva cámara de diputados que no la aceptaron, ni tenian ningun carácter para recibirla, y de los cuales las dos quintas partes no tenian ya el carácter de representacion; que la presencia de los ejércitos enemigos habia impreso cierto carácter de violencia á la publicacion de aquellos actos. « El Emperador, » añadia el consejo de Estado, es llamado » á afianzar de nuevo con instituciones (á lo » que se ha obligado en sus proclamas á la » nacion y al ejército) todos los principios liberales; la libertad individual y la igualdad » de derechos, la libertad de la prensa, y la » abolicion de la censura, la libertad de los » cultos, el que las contribuciones sean votadas igualmente que las leyes por los representantes de la nacion, legalmente elegidos, la conservacion de las propiedades » nacionales, cualquiera que sea su origen, la » independencia y la inamovilidad de los tribunales, la responsabilidad de los ministros » y de todos los demas empleados del gobierno: y para consagrar mejor los derechos y las obligaciones del pueblo y del

» monarca, deberán ser revistas las instituciones nacionales, en una grande asamblea de » representantes, anunciada ya por el Emperador. »

Seguramente que esta arenga, resultado de una discusion profunda, no parecia dimanar ya del antiguo consejo de Estado del imperio; pero esta corporacion era quizá la única que habia conservado la libertad de opiniones en materias políticas; y aun cuando en aquella época no habia experimentado ninguna mudanza en su composicion, contenia muchos hombres que aprovecharon con gusto aquella ocasion de volver á entrar en un orden constitucional. El Emperador respondió: « Los » príncipes son los primeros ciudadanos; su » autoridad es mas ó menos extensa, segun el » interes de las naciones que gobiernan. La » misma soberanía no es hereditaria sino por- » que exige así el interes de los pueblos. » » para de estos principios, yo no reconozco » que haya legitimidad. He renunciado á la » idea del grande imperio, del cual, durante » quince años, solo habia puesto la basa. En » lo sucesivo todo mi objeto se reducirá á la » felicidad y consolidacion del imperio fran-

relaciones civiles y sociales, y entregándose á la vindicta pública, etc..... Era pues indispensable que Napoleón sorprendiese á la coalicion, así como habia sorprendido á la monarquía. No tenia obstáculo alguno para apoderarse de la Bélgica, de donde el general Maison habia llevado recuerdos enérgicos de la adhesion de las tropas y de los habitantes á la Francia. Además, una animosidad muy antigua existia entre los Belgas, primero contra la Inglaterra, de quien la Holanda casi era un viejo municipio, y cuya política habia secuestrado ya, para destruirlos, á Flesinga y Amberes; y despues contra la Prusia, por una antipatía de vecindad y de nacion. Por consiguiente no habia que dudar ni un momento; era preciso haber atacado inmediatamente los ejércitos enemigos que se hallaban en nuestra presencia; era preciso arrojarlos, por los esfuerzos reunidos de la Francia y de la Bélgica y de las fronteras restantes, de los campamentos que una vigilancia amenazadora contra la Francia habia trazado en los antiguos electorados eclesiásticos. Semejante invasion, mandada por Napoleón, durante la ausencia de sus generales en jefe y la distancia lejana

á que se hallaban los Rusos y los Austriacos, estorbaba, á lo menos por el momento, la ocupacion de la Francia, y arrastraba tras sí la multitud de los que, negándose á adherir al interes comun, se hubieran apresurado á reunirse al triunfo. Napoleón se engañó diferiendo este plan; obró contra la opinion del mayor número, y dió tiempo á sus enemigos interiores y exteriores. Remitió al mes de mayo la decision de un plan de campaña, cuya eleccion se hallaba enteramente acertada, si se hubiera adoptado en Bruselas, donde coronado ya por la victoria, hubiera podido hacerse entender con cierto favor por su suegro, descontento ya por el ascendiente del rey de Prusia, y particularmente del Emperador Alejandro, que se habia hecho el árbitro de la Europa, socolor de una aparente moderacion.

En la noche del 20 al 21 llegaron los granaderos de la isla de Elba. Los generales Bertrand, Drouot y Cambrone, representaban en las Tullerías los trofeos de un triunfo que no habia costado ni una sola gota de sangre, en conformidad á lo prometido por Napoleón á Cambrone..... Aquel triunfo era enteramente popular: así es que Napoleón, rodeado

de su antigua corte , y sobre todo de aquellos que casi no habian abandonado el palacio, desde su desgracia , decia altamente: *Las gentes desinteresadas son las que me han traído á París; los subtenientes y soldados son los que lo han hecho todo; todo se lo debo al pueblo y al ejército.*

El 21 pasó el Emperador una revista á todo el ejército de París que mandaba el duque de Berry.

« Soldados , dijo , he venido á Francia con » seiscientos hombres , porque contaba con el » amor del pueblo y con la memoria de los » soldados viejos. Mis esperanzas no han salido » fallidas. Soldados ! os doy las gracias. La » gloria de cuanto acabamos de hacer pertenece exclusivamente al pueblo y á vosotros. » La mia se reduce á haberos conocido y á saber apreciaros.... »

En el momento en que se presentaron el general Cambrone y los oficiales del batallon de la isla de Elba con las antiguas águilas de la guardia , volvió á tomar la palabra y dijo :

« Soldados ! Ahí teneis los oficiales del batallon que me ha acompañado en mi desgracia ; todos ellos son mis amigos ; todos ellos

» eran caros á mi corazon. Siempre que los » veia , me rodeaban los diferentes regimientos del ejército. Entre esos seiscientos valientes , hay soldados de todos los regimientos ; todos me traian á la memoria aquellos dias de triunfo , cuyo recuerdo siempre me será grato ; porque todos ellos estan llenos de honrosas cicatrices recibidas en aquellas batallas memorables. El amor que les tenia era extensivo á todos vosotros , soldados del ejército frances. Ellos os traen esas águilas que os servirán de punto de reunion ; dándolas á la guardia las doy á todo el ejército. La traicion y circunstancias desventuradas las habian cubierto de un velo fúnebre ; pero gracias á vosotros y al pueblo frances, vuelven á manifestarse con todo el brillo de su gloria. Jurad que se hallarán siempre en donde quiera que las llame el interes de la patria ; que los traidores y los que quieran invadir nuestro territorio , nunca puedan sostener sus miradas ! »

El Rey y su familia habian salido de Lila para ir á Gante. El duque de Borbon , despues de haber hecho cuanto pudo para sublevar al Vendée , viendo la inutilidad de sus es-

» ces..... » Esto era hablar como monarca y no como reformador, según lo exigía el consejo de Estado. Se quería otra constitucion; y Napoleon preparaba un acta adicional á las constituciones del imperio!

El Oeste, que no habian podido sublevar, y el Mediodia sujetado tan prontamente, ponian en manos del venturoso Napoleon la Francia dispuesta á volver á entrar con entusiasmo, todavía una vez, en nombre de la libertad y de la independendia nacional, en la carrera de las armas; pero para decidirse enteramente, esperaba el manifiesto de su regeneracion política de la misma boca que en el golfo Juan habia proclamado su manumision; lo esperaba de aquel que acababa de ponerla en un gran peligro, y á quien queria salvar como á sí misma. Por una fatalidad, ó por mejor decir por una obcecacion inconcebible, en vez de la proclama solemne de las garantías completas debidas á la nacion, Napoleon se obstinó en publicar, á pesar de la oposicion de muchas personas condecoradas, y á pesar de las reclamaciones mas enérgicas de sus antiguos servidores y de sus ministros mas fieles, el

ACTA ADICIONAL A LAS CONSTITUCIONES

DEL IMPERIO. Esta promulgacion hecha el 22 de abril, llenó de estupor á la capital, y la Francia supo en aquel dia que Napoleon habia vuelto de la isla de Elba, tal cual siempre habia sido, y no un Emperador convertido á la libertad por aquellas meditaciones profundas que inspiran resoluciones magnánimas á los caractéres superiores. La indignacion general de la opinion, tan cruelmente desengañada por un acto suplementario que suponía la conservacion de las instituciones del absolutismo, fue mortal para Napoleon. Los amigos de la libertad legal habian recibido y saludado con entusiasmo al dictador de la patria en peligro, pero, conociendo que se habian engañado, se retiraron desgraciados y descontentos; y la nacion, aunque siempre dispuesta á secundar su gefe por la salud comun, dejó no obstante enfriarse aquel entusiasmo que no deja de hallar siempre prodigios en el corazon de los Franceses.

Mientras tanto, el 25 de mayo, las cuatro grandes potencias se habian obligado por un tratado á no dejar las armas de la mano, hasta haber forzado á Bonaparte á desistir de sus proyectos, y hasta ponerle en estado de no

tamentos fronterizos del Norte y del Este. Todas las ciudades se fortificaban hasta en el centro de la Francia, los desfiladeros estaban guardados, y todos los pasos atrincherados; en todas partes se construian reductos y obras de campaña, donde quiera que habia obstáculos que defender, una salida que cerrar, ó un camino que proteger. Por fin la Francia se hallaba dispuesta como una ciudadela para sostener el asalto de la Europa.

Napoleon poseia en grado superlativo la magia militar sobre el soldado frances; así es que habia vuelto á dar á los regimientos los nombres *de invencible, de terrible, de incomparable, de uno contra diez*, con los cuales habia recompensado milagros de valor, muy en breve sobrepujados por otros mas extraordinarios todavía.... Así es que de ochenta mil hombres de que se componia el ejército, al momento subió á doscientos mil soldados escogidos que entraron en las viejas filas de la guardia; los valientes marinos, inmortalizados en Lutzen y Bautzen, compusieron un cuerpo de treinta mil hombres. La gruesa caballería fue remontada con diez mil caballos de la gendarmería; treinta mil oficiales, sargentos, cabos y sol-

dados retirados ó reformados se ofrecieron para guarnecer las plazas fuertes. Por último la guardia nacional de Francia, reorganizada en trescientos treinta batallones, presentaba una masa de dos millones doscientos cincuenta mil hombres, y mil y quinientas compañías de cazadores y granaderos de ella, que formaban ciento ochenta mil hombres, se pusieron á disposicion del ministro de la guerra. Mientras tanto se fabricaban en Paris mil y quinientos, y despues, tres mil fusiles por dia; tambien se tomaron inmediatamente todas las medidas necesarias para el vestuario de las tropas; el 1º de junio, cuarenta y seis mil caballos se hallaban en línea y en los depósitos; ademas la artillería contaba con otros diez y ocho mil; y la tesorería pagaba al contado todos estos suministros; el sueldo de las tropas estaba corriente, sin que ningun otro ramo del servicio público experimentase el menor atraso; el genio y la infatigable actividad de Napoleon creaba todos estos recursos á manera de encanto; bien es verdad que el entusiasmo nacional le auxiliaba en todas partes.

Si Napoleon se hubiese contentado con ser

el dictador de la Francia en peligro, la libertad hubiéra salido airosa de sus ruinas; solo daremos por prueba lo que ocurría en el Oeste de la Francia, en las provincias de montañas, cuya naturaleza silvestre se halla en razón de los sentimientos austeros del patriotismo, pues sus habitantes manifestaron de nuevo el mismo ó mayor entusiasmo é hicieron todavía mayores esfuerzos que los que tanto los habían ilustrado por la causa de la libertad en tiempo de la revolución. En las Termopilas de los Vosges y del Jura hubo muchos ejemplos del patriotismo de los antiguos; en Alsacia y en el Franco-Condado, muchas mugeres y muchas madres, dignas de Roma y de Esparta, excitaban á sus maridos y á sus hijos á que corriesen á las armas. Napoleón estaba firmemente persuadido, en el fondo de su corazón, de la necesidad de su alianza íntima con la nación, y quizá solo le faltaba una convicción fuerte y una voz esforzada para determinarle á seguir su impulso secreto. Empero, rodeado de consejeros tímidos, careciendo de un hombre verdaderamente popular, alimentando por otra parte preocupaciones antiguas y profundas contra la fuerza

arrastradora de las masas, no se atrevió á adoptar el partido que dictaba la razón como indispensable para la salvación común, tuvo miedo al pueblo y temió por su corona imperial, cuando el 12 de mayo, oyó el lenguaje austero de los federados del arrabal de San Antonio y de San Marcelo, sin que sus aclamaciones, al pasar por entre sus filas, disipasen sus recelos; de manera que, habiendo podido organizar en el seno de la capital un ejército compuesto de gente robusta, acostumbrada al trabajo, y casi toda experimentada en las campañas inmortales de la República, nada hizo, y una fuerza tan imponente se convirtió para él en un socorro débil y limitado.

La agitación de los *clubs* ó sociedades patrióticas que había permitido de nuevo en París, y á las que Fouché, aparentando protegerlas, temía como un apóstata tiembla al recordarse de la religión que ha abandonado, fortificó todavía en el Emperador su mala disposición, lo cual tuvo consecuencias funestas. Efectivamente, las federaciones bretona, burguignoná, angevina y alsaciana, en vano se formaron haciendo juramentos los más religiosos en medio de cánticos populares; porque no encon-

traron en el gran sistema de la defensa general, en la que la nacion así federada, hubiera sido el arma invencible, el lugar que les correspondia. Lleno de zozobra al aspecto del ardor de aquellas federaciones, á las que se reunian todas las demas insurrecciones voluntarias de las provincias, Napoleon al aceptarlas, manifestó temer igualmente el ver renacer aquella fuerza moral, que despues de haber hecho levantar todo un pueblo bajo los estandartes de un gefe para defender su independencia contra los extranjeros, se mantuviese todavía así, despues de la victoria, para defender del mismo modo contra aquel mismo gefe las libertades patrias... Juzgó pues á los federados, y, no queriendo hacer de ellos unos ciudadanos, hizo descontentos. Una sola reflexion basta para demostrar toda la magnitud de semejante error; sin duda alguna, Napoleon era bien grande á la cabeza de le ejército glorioso que vió resucitar bajo sus águilas; pero la Francia entera levántandose contra toda la Europa despues de haber elegido por dictador á semejante hombre, todavía era mas grande Napoleon y le ejército podia sucumbir en la lucha; Napoleon y la Francia eran invencibles.

El 16 de abril, cien cañonazos anunciaron á la capital que el estandarte tricolor tremolaba en Marsella, Antibes y Draguignan. El mariscal Massena, gobernador de aquella division militar, fue el primero que tuvo invadido el territorio de su gobierno por Napoleon, y el último que reconoció la autoridad del Emperador. El 14 de abril daba cuenta el mariscal del atraso que habia ocasionado la presencia del duque de Angulema á la sumision de Tolon y de Marsella. Tolon, á quien el príncipe queria poner en depósito en poder de los Ingleses, no habia enarbolado hasta el 11 los colores nacionales. En contra de esta buena noticia, se supo, por cartas interceptadas, que el duque de Wellington habia salido de Viena el 25 de marzo; que el rey de Prusia volvia el 30 á Berlin; que los emperadores de Austria y de Russia partian el 1° de abril para el cuartel general de Francfort. Mientras que todo se preparaba á la guerra de la otra parte del Rhin y en Francia, tambien en Italia se pasaban acontecimientos de consideracion, que al paso que desbarataban los planes de Napoleon, dieron repentinamente á la coalicion una ventaja inesperada. Joaquin Mu-

poder turbar en lo sucesivo la paz de Europa. Por su parte, Napoleon envió el 29 del mismo mes, en vista de la relacion del duque de Otranto, la declaracion de Viena á una comision de los presidentes de su consejo de Estado, á fin que la examinasen y diesen su dictámen; resultó pues una impugnacion, que, por la energía de su estilo, por la comparacion de los hechos, la fuerza y el vigor de los racionios y los principios que contenia, no dejó largo tiempo en la duda de quien era su autor; Napoleon era el que respondia por sí solo á la Europa. Este documento, de la mayor importancia, se conservará siempre como uno de los mas hábiles y elocuentes de cuantos han salido de la pluma de un hombre de Estado, y como uno de los documentos mas curiosos de la historia de Napoleon; hará un contraste singular con el manifiesto absurdo y furibundo que lanzó de nuevo el congreso contra el enemigo comun el 12 de mayo. A pesar del cambio de estas hostilidades escritas, Napoleon creyó poder entrar en relaciones con la Rusia ó con el Austria, y conservar la esperanza del buen éxito; porque cuando salió de Paris el Rey con todos sus ministros, y la

corte, dejaron olvidado en el ministerio de negocios extrangeros un tratado secreto entre la Francia, el Austria y la Inglaterra, relativo á defender la Sajonia del desmembramiento de que la amenazaban la Rusia y la Prusia. Cuando llegó Napoleon á Paris, todavía estaban en la capital los ministros de Austria y de Rusia; y creyó que comunicando aquel tratado secreto al ministro de Rusia, lograria separar esta potencia de los intereses de la casa de Borbon, é introduciria la discordia en el congreso de Viena. En su consecuencia, se presentó aquel tratado al señor de Bandis; y se tomaron otras medidas cerca del emperador Alejandro, sin dejar de obrar con el gabinete de Londres á quien se hicieron igualmente varias insinuaciones. Despues de estas tentativas preliminares, todas ellas infructuosas, Napoleon habia creido deber responder tambien con una declaracion á la del congreso de Viena, y, el 4 de abril, escribió á los príncipes de Europa, dándoles el nombre de hermanos, el cual muy frecuentemente usurpan y profanan los reyes entre sí, aun en el momento mismo en que meditan la ruina uno de otro. Véase como estaba concebida su carta.

« MI SEÑOR HERMANO,

» Ya habreis sabido, en todo el mes último,
 » mi vuelta á las costas de Francia, mi en-
 » trada en París, y la salida de la familia de los
 » Borbones. La verdadera naturaleza de estos
 » acontecimientos debe ser conocida de V. M.
 » en este momento; son la obra de un poder
 » irresistible, en fin, la obra y la voluntad
 » unánime de una gran nacion que conoce sus
 » obligaciones y sus derechos. La esperanza
 » que me habia decidido á hacer el mayor de
 » los sacrificios, ha salido fallida. He venido,
 » y desde el punto en que eché pie á tierra,
 » el amor de mis pueblos me ha llevado hasta
 » mi capital. La primera necesidad de mi co-
 » razon es la de pagar tanto afecto con una
 » honrosa tranquilidad. Siendo necesario el
 » restablecimiento del trono imperial, para
 » la ventura de los Franceses, mi pensamiento
 » mas dulce consiste en hacerle al mismo tiempo
 » útil para la estabilidad del reposo de la
 » Europa. Bastante gloria ha ilustrado ya al-
 » ternativamente los estandartes de las dife-
 » rentes naciones que la componen. Las vici-
 » situdes de la suerte han hecho suceder de-

» masiadas veces grandes reveses á grandes
 » triunfos. Una palestra mucho mas hermosa
 » se presenta actualmente á los soberanos; yo
 » soy el primero que me presento á ella; porque
 » despues de haber dado al mundo el espec-
 » táculo de grandes y sangrientos combates,
 » será mas grato en lo sucesivo no conocer
 » mas rivalidad que la de los beneficios de la
 » paz ni otra lucha mas que la santa fe-
 » licidad de los pueblos. La Francia se com-
 » place en proclamar con franqueza este noble
 » objeto de todos sus deseos. Zelosa de su in-
 » dependencia, el principio invariable de su
 » política será *el respeto mas absoluto por la*
 » *independencia de las demas naciones.* Si
 » tales son los sentimientos de V. M., como he
 » tenido la feliz confianza de creerlo, la tran-
 » quilidad general se halla asegurada por largo
 » tiempo, y la justicia asentada en los confi-
 » nes de los Estados, bastará ella sola para
 » guardar sus fronteras.»

El congreso se habia adelantado demasiado para retroceder; por otra parte, la Inglaterra inflamaba todas las pasiones con sus palabras, y compraba á peso de oro todas las volun- tades; ademas, la carta de Napoleon que ju-

raba á la faz del mundo, el respeto mas absoluto por la independencia de las demas naciones, contradecia demasadamente los planes formados contra esa misma independencia por los generosos aliados, ocupados entonces precisamente en el proyecto de repartirse la Europa como una presa. Esta carta no fue recibida por los gabinetes extranjeros, los cuales temiéndose mutuamente, habian cerrado todas las avenidas para no tener la menor comunicacion con el gobierno frances. A pesar de tan riguroso interdicho, Napoleon á quien la confianza sonreia como una expresion de su voluntad, renovó sus instancias cerca de la corte de Viena; y hasta hizo sondear á Talleyrand, su antiguo ministro, á quien conocia muy bien y le conceptuaba capaz de oír y aceptar todo, si las probabilidades parecian favorables á un cambio completo de política y de conducta.

Los negocios exteriores, aunque tan graves é importantes en sí mismos, con todo no eran mas que un episodio en las meditaciones de Napoleon aplicado sin descanso á los trabajos interiores. Persuadido de que la guerra debia poner un peso inmenso en la balanza de su

suerte futura, y que solo una victoria brillante podia hacer de su nueva adopcion por los Franceses, un título irrefragable á los ojos de la Europa, no perdonaba medio alguno para asegurar el triunfo definitivo de su causa. Instruido por la experiencia, se dedicaba con ahinco á adquirir la popularidad, única cosa que da una fuerza incalculable en posiciones semejantes á la suya. Así es que, á pesar de los temores que le habian inspirado, recorrió solo las filas de la guardia nacional, cuya confianza excitó un entusiasmo universal; al mismo tiempo cimentaba habilmente la alianza de los ciudadanos con la guardia imperial, con un banquete de mil y quinientos cubiertos que dieron sus soldados viejos en el campo de Marte á la guardia nacional. Entretanto se formaban siete ejércitos con los nombres de ejército del Norte, de la Mosella, del Rhin, del Jura, de los Alpes, y de los Pirineos; el de reserva se reunia en Paris y en Laon. Habíanse formado ciento cincuenta baterías: ibáanse á poner trescientas bocas de fuego sobre las alturas de Paris; se organizaban los cuerpos francos y las partidas, y se preparaba la leva en masa de los siete depar-

rat, que habia vendido á Napoleon en 1814, por cuya traicion habia conservado su corona, y estaba á punto de ser reconocido por la misma Inglaterra, como lo habia sido Bernadotte, cediendo á una especie de remordimiento de vanidad, acababa de decidirse á apostárselas él solo á toda la Europa en armas, y á levantar el estandarte de invasion contra el Austria, á pesar de que Napoleon le habia prescripto sin cesar de no obrar sin que hubiese recibido sus órdenes. En vez de esperar la señal de Napoleon para marchar, y no engañar segunda vez su confianza por una tentativa que los debia perder á ambos, Murat corrió á atacar á los Austriacos á la cabeza de cincuenta mil Napolitanos, y entró en Florencia el 6 de abril. Sorprendidos los Austriacos, se vieron precisados á replegarse desde Cesena hasta las orillas del Pó; pero, combinando sus movimientos, los generales Bianchi y Neipperg tomaron á su vez la ofensiva, arrojaron muy en breve las bandas napolitanas, y, el 2 y 3 de mayo, las derrotaron completamente, en la marcha de Ancona á Tolentino y en Macerata. Sin embargo, luego que Napoleon supo la temeraria em-

presa de su cuñado, le envió un oficial general muy hábil para ordenar las operaciones de su ejército; pero cuando llegó el general Belliard, ya no era tiempo. Un mes bastó para destruir el ejército de Joaquin y para destronarle. En vano su atolondrado valor, excitado todavía por su propia desesperacion, le habia precipitado veinte veces á él solo en medio de las filas enemigas para buscar en ellas la muerte; pero era invulnerable, pudiendo exclamar tambien: *La muerte no quiere de mí!* « No he « podido morir, Señora, » dijo á la Reina, á su vuelta á Nápoles el dia 18; su trono habia ya desaparecido. El 19, nombró plenipotenciarios para poner término á una efusion de sangre inútil. A todos los adictos á su persona los colmó de presentes. El 20 se embarcó en Maliscola para la isla de Ischia, y quiso entrar en aquella ciudad, pero estaba guardada por navíos ingleses. El 21 se embarcó en un bergantin mercante, que se dió á la vela para la Provenza, donde desembarcó el 28, en la misma playa que habia recibido al soberano de la isla de Elba. La reina Carolina, que quedó sola, se manifestó digna hermana de Napoleon, desplegando un valor y energía

Acabado que fue este discurso, que pronunció con una voz fuerte y sonora, en medio de los aplausos unánimes de los expectadores, el orador de los cuerpos electorales proclamó el resultado general de los escrutinios en toda la Francia para la aceptación del acta constitucional. Entonces Napoleon, bajando de las gradas del trono, se dirigió á un altar muy grande, construido en medio del Campo de Marte, donde, del mismo modo que Luis XVI, en 1790, prestó sobre los evangelios su juramento de fidelidad á la nueva constitucion. Sujeto de este modo á una obligacion sagrada, el Emperador recibió el juramento del pueblo por la diputacion electoral; el de los ejércitos, por los ministros de guerra y marina; el de las guardias nacionales, por el ministro del interior; y por último, distribuyó él mismo las águilas á la guardia nacional de Paris, y á la guardia imperial. *Jurais defenderlas*, les dijo, á lo que contestaron: *Lo juramos*. Las voces de *viva el Emperador!* resonaron inmediatamente en la asamblea y en todo el Campo de Marte, y fueron repetidas á lo lejos por la multitud. Las tropas desfilaron por delante de Napoleon. Los

habitantes de Paris no se cansaban de ver aquellos batallones sagrados de la vieja y nueva guardia, en los que la cruz de la Legion de Honor manifestaba á la gratitud y recomendaba á la inquietud pública, filas enteras de soldados. Todo el mundo se acercaba á ellos, los saludaba y admiraba. Aquellos últimos guardias de Napoleon llevaban todos los recuerdos de la gloria militar, de la libertad y del imperio. Su actitud, siempre heroica, era sin embargo silenciosa; parecia que todos sabian que iban á sacrificarse inútilmente pues que no debian ni salvar el imperio, ni conquistar la libertad. Los ciudadanos, que eran de la misma opinion, se separaban diciendo: *No volveremos á verlos*. Empero existian en el fondo de los corazones unas disposiciones que destruian una parte de la impresion que se prometia el Emperador del dia de su nueva alianza con el pueblo. Un gran número de gentes habia creido que Napoleon proclamaria á su hijo en el Campo de Mayo, y declararia querer retirarse firmando la paz, á fin de evitar la guerra á la Francia. Recibió varias cartas en que se agitaba esta cuestion con fuerza, y en las que se le rogaba se in-

molase de nuevo por la patria. Esta opinion le inquietó mucho por el momento, dejándole tristes presentimientos, porque le probaba que la Francia, aunque siempre capaz de hacer esfuerzos generosos para sustraerse con él á la tempestad que por todas partes se formaba, lo que mas deseaba era la tranquilidad. Otra opinion no menos importuna se presentaba sin cesar á su imaginacion, y era que el acta adicional se habia elevado como un enemigo entre la Francia y él. Los testigos de la ceremonia del Campo de Mayo, particularmente los electores, habian creido que Napoleon aprovecharia la ocasion para hacer que aquella funcion de ciudadanos y soldados fuese todavía mas patriótica, dando garantías reparadoras de lo pasado y protectoras de lo futuro. Napoleon supo á tiempo ese pensamiento de los electores, y concibió la idea de tratar el importante negocio del restablecimiento de nuestras libertades en otra gran funcion de familia, cuya pompa ordenó para el 4 en su mismo palacio. Tambien queria entregar por su propia mano á los electores las águilas de sus departamentos, y las de los regimientos á las diputaciones del

ejército; en su consecuencia se reunieron mas de diez mil personas en las vastas galerías del Louvre, de las cuales, una ocupaban las diputaciones del ejército, y otra los representantes y los electores del imperio. Si Napoleon hubiese querido oír los deseos de tantos ciudadanos y soldados, hubiera conocido, desde luego, el peligro en que estaba, y hubiera sabido que ni aun la misma victoria le podia absolver de su dictadura imperial absoluta.

Al abrir el Emperador el 7 de junio, las dos cámaras, pronunció un discurso notable por su introduccion, la cual contenia una abjuracion de las máximas de la autoridad absoluta, bien asombrosa en boca de un soberano acostumbrado á ver que todo habia siempre cedido á su voluntad.

« Hace tres meses que las circunstancias y
 » la confianza del pueblo me han devuelto
 » una autoridad sin límites. Hoy se cumplen
 » los deseos mas apetecidos de mi corazon,
 » pues que vengo A DAR PRINCIPIO A LA MONAR-
 » QUIA CONSTITUCIONAL; los hombres son de-
 » masiado impotentes para afianzar el por-
 » venir, y solo las instituciones pueden fixar
 » el destino de las naciones. »

Habiendo sido admitidas, algunos días después, las Cámaras de Pares y Representantes á arengar el Emperador :

« Señor, dijo la primera, habeis manifestado principios que son los de la nación.... »
 « sí; toda autoridad viene del pueblo. La monarquía constitucional es necesaria al pueblo francés, como garantía de la libertad y de su independencia.... Si la fortuna no se muestra favorable á vuestros esfuerzos, los reveses, Señor, no debilitarian nuestra perseverancia y redoblarian nuestra adhesión. » Estas palabras se pronunciaron solemnemente el 11 de junio. La Cámara de los Representantes se explicó así, por boca de su presidente :

« Atacar al monarca de nuestra elección, es lo mismo que hacerlo á la independencia de la nación, la cual se halla armada para defender esta misma independencia y repeler sin excepcion toda familia ó todo príncipe que osasen querer imponerle. Ningun proyecto ambicioso entra en el pensamiento del pueblo francés; hasta la misma voluntad del príncipe victorioso seria impotente para arrastrar la nación fuera de los

» límites de su propia defensa.... Si todos estos esfuerzos son inútiles, recaigan todas las desgracias de la guerra sobre los que la han provocado! »

El Emperador respondió á estas dos alocuciones con una dignidad magnánima y una altiva independencia.

Dijo á los Pares: « La lucha en que estamos empeñados es muy seria. La obcecacion de la prosperidad no tuvo los peligros que hoy nos amenazan. Los extranjeros quieren hacernos pasar bajo las horcas caudinas. Solo es en los tiempos calamitosos, cuando las naciones grandes así como los grandes hombres desplegan toda la energía de su carácter y llegan á ser un objeto de admiracion para la posteridad.... »

A los Representantes les dijo lo siguiente: « La constitucion es nuestro punto de apoyo, tambien debe ser nuestra estrella polar en estos momentos tempestuosos. Toda discusion pública cuya tendencia fuese el disminuir directa ó indirectamente la confianza que debe haber en las disposiciones del soberano, seria una calamidad para el Estado. Nos hallariamos en medio de esco-

» llos, sin brújula y sin direccion. La crisis en
 » que estamos es forzosa; no imitemos el
 » ejemplo del Bajo Imperio, el cual acom-
 » tido por todas partes por los Bárbaros, se
 » hizo un objeto de ludibrio á los ojos de la
 » posteridad, ocupándose en discusiones abs-
 » tractas, en el momento en que el ariete
 » rompía las puertas de la ciudad. En todos
 » los asuntos, mi marcha será siempre recta
 » y firme. Ayudadme á salvar la patria. Como
 » primer representante que soy del pueblo,
 » he contraído la obligacion que renuevo
 » ahora, de emplear en tiempos mas tranqui-
 » los todas las prerogativas de la corona y la
 » poca experiencia que he adquirido en segun-
 » darios en la mejora de nuestras constitu-
 » ciones. »

Mientras que Napoleón prometia, como he-
 mos visto, la libertad al pueblo frances, y
 daba á sus representantes consejos proféticos
 sobre la suerte que aguardaba á la Francia,
 si no se unian estrechamente para salvarla,
 las cuatro grandes potencias de la coalicion,
 prontas á marchar, segun decian, en auxilio de
 la libertad y en peligro de la legitimidad humi-
 llada, se repartian la Europa y despojaban la

Francia, burlándose de los derechos mas sa-
 gradados de las naciones, y prescindiendo de las
 obligaciones y empeños mas solemnes. El 9 de
 junio, el tráfico de blancos, ó si se quiere este
 otro título, la adjudicacion de las almas, se
 estipulaba en un tratado definitivo por todos
 los príncipes cristianos. La Rusia se adjudicaba
 el gran ducado de Varsovia; la Prusia,
 para consolarse del tratado de Tilsitt, la mitad
 del reino de Sajonia, una parte de la Polonia,
 de la Westfalia, de la Franconia, y como
 unas setenta leguas de la Francia republicana,
 en la orilla izquierda del Rhin. El Austria vol-
 via á tomar posesion de cuanto habia perdido
 en Campo-Formio en 1797, igualmente que
 todo lo que habia cedido por los tratados de
 Luneville, de Presburgo y de Viena. Todo
 cuanto quiso consiguió, excepto la Bélgica,
 porque la promocion que ha hecho un rey
 del Estatuder de Holanda, da á aquel príncipe
 la Bélgica, el pais de Lieja y el ducado de
 Luxembourg por orden de la Inglaterra; de
 manera que la casa de Orange recibió un pre-
 sente de lord Castlereagh de cinco millones de
 almas. Por el mismo derecho tomó el título de
 rey el elector de Hanover, agregando á su pe-

igual á una adversidad que en vano habia pronosticado. Aquella princesa, que merecia mejor suerte, estipuló con los Ingleses su partida de Nápoles y el transporte de toda su familia en un navío británico, en el puerto de Trieste.

Este funesto episodio de la catástrofe que aguardaba á Napoleon le privó del apoyo de la Italia, cuya inmovilidad silenciosa, sostenida con la actitud amenazadora del monarca mas guerrero de la Europa despues de él, formaba una alianza secreta con su fortuna. Los auspicios fueron desgraciados. La presunciosa ineptitud de los consejeros del desventurado Joaquin abusó de la jactancia del carácter de aquel príncipe, causó su pérdida y la de la Italia; y aun cuando el Austria se hallaba lejos del campo de batalla en que iba á decidirse el destino de Napoleon, la invasion de Murat contribuyó poderosamente á su ruina.

Al momento que Joaquin desembarcó, envió un correo al duque de Otranto, al cual daba el encargo de informar á Napoleon de su llegada, y ofrecerle su brazo. Por toda respuesta, Napoleon preguntó á su ministro que tratado de paz se habia concluido entre la Fran-

cia y Nápoles desde el año de 1814. Napoleon, que todavía hubiera perdonado á Murat, si se hubiese presentado él mismo, desconfió del emisario, con tanta mas razon cuanto que acababa de sorprender á Fouché en una intriga en la que tambien entraba Metternich.

Napoleon hubiera podido vengarse noblemente de 1814, haciendo combatir á Murat á su lado, para ayudarle á reconquistar el trono de Francia; pero ni uno ni otro debian morir á la vista de las águilas francesas. Desde el momento en que Joaquin desgraciado ha puesto el pie en el suelo de la Francia, su nombre se ha hecho sagrado para ella; y nuestra historia, á la que pertenece por tantos títulos y hechos esclarecidos, conserva para siempre el derecho de apelar á la posteridad del juicio que violó para con aquel príncipe el carácter inviolable de la diadema, así como es de su obligacion añadir que Murat sucumbió como un héroe.

Entretanto, un nuevo manifiesto, publicado en Viena el 12 de mayo, manifiesto de la autocracia futura de los reyes sobre las libertades europeas, anunció la tempestad que se acercaba á la Francia. Los aliados habian ya

tomado todas las medidas de ataque; sus grandes y pequeños vasallos estaban advertidos. Desde los Españoles y los Tártaros, amaestrados ya á la invasion por Wellington y Alejandro, hasta los Napolitanos formados en la retirada por Neipperg, y que figuraron, *para memoria*, sobre las armas; el lugar de la reunion era todavía Paris! y la palabra de orden, MUERTE A NAPOLEON!

El 1º de junio abrió Napoleon el Campo de Mayo, cuya funcion política y religiosa recordaba á los ciudadanos el juramento de la primera federacion! Semejante coincidencia llamó la atencion de todo el mundo; el amor de la libertad vivia siempre en todos los corazones, pero no se manifestó con trasportes frecuentes y espontáneos, como en 1790, en aquella época de juventud y de entusiasmo, en que todas las imaginaciones, inflamadas con la esperanza de las promesas magníficas de lo presente, se trasportaban hácia el porvenir próximo de una felicidad desconocida hasta entonces á las naciones. Napoleon, su genio, su gloria, su presencia y las maravillas que se esperaban de él, no podian dejar de ejercer un ascendiente mágico sobre los

Franceses. Sentado en su trono, el cual se hallaba colocado delante de la fachada de la Escuela Militar, el Emperador, en respuesta á los cuerpos electorales, pronunció un discurso que era un reconocimiento patente de la soberanía nacional, en el cual se notaba lo siguiente: « Emperador, cónsul, soldado, todo lo debo al pueblo; por eso en la prosperidad, en la adversidad, en el campo de batalla, en el consejo, sobre el trono y en mi destierro, siempre la Francia ha sido el objeto único y constante de mis pensamientos y de mis acciones. Me he sacrificado por mi pueblo, como el rey de Atenas, con la esperanza de ver realizarse la promesa hecha de conservar á la Francia su integridad natural, sus honores y sus derechos... Los votos y los deseos de la nacion me han colocado segunda vez sobre ese trono que me es muy caro, porque es el *palladium* de la independencia, del honor y de los derechos del pueblo, luego que hayamos rechazado una agresion injusta, las diferentes disposiciones de nuestras constituciones, que en el dia se hallan desunidas, se reunirán por medio de una ley solemne. »

queño reino algunas ciudades y villas católicas que completaron un millón doscientos mil súbditos alemanes para la Gran Bretaña. El rey de Cerdeña, que vivió tanto tiempo en las montañas de su isla como un anacoreta coronado, reclamó y consiguió, á pesar de las seguridades dadas por lord Bentinck á Génova, la reunion de este antiguo estado á su reino continental, del que habia estado ausente hacia quince años. Convertidos todos estos pueblos en donativos de alegres y gozosos avenimientos, no conocieron su nueva condicion sino por las gazetas y por los edictos que los incorporaban. Los Belgas, los Italianos, los Polacos, los Sajones y los Genoveses amanecieron un día Holandeses, Austriacos, Rusos, Prusianos y Piamonteses. Bajo los auspicios de semejantes espoliaciones odiosas, y bajo la proteccion de aquella escandalosa injusticia, los gefes de la Santa Alianza y los supuestos libertadores de las naciones, engañadas groseramente con promesas tan magníficas, se armaron contra el que derribaron, acusándole de ambicion y tiranía! Es verdad que se dieron prisa en alegar derechos; pero en el fondo no contaban mas que con la fuerza.

Entretanto la Europa entera estaba en marcha. Quizá Napoleon habia conservado hasta el mes de mayo la esperanza de la paz: con todo, si pudo adoptar, ó mas bien no prescindir de esa ilusion, á lo menos habia hallado el medio de levantar el imperio, en aquel corto espacio de tiempo, de rehacer la Francia, y de poner sobre las armas cuatrocientos mil hombres, en vez de ochenta mil, ... etc., etc. Menos de tres meses bastaron para hacer tantos prodigios como produjo el reinado de los cien dias, y que asombrarán eternamente á la posteridad. La vida de ninguno de los grandes hombres de la antigüedad y menos de los modernos, ni la historia de ningun pueblo presenta el mas mínimo punto de comparacion con aquella reunion de creaciones mas maravillosas aun y mas prontas, guardadas todas las proporciones como el milagro de la conquista de la Francia en veinte dias por el soberano de la isla de Elba, á la cabeza de un ejército de mil hombres!

No quedaba á Napoleon mas que una obligacion que cumplir, á favor de la nacion, la de defenderla. Dos planes de campaña se presentaban á su imaginacion, el uno era el de

licion, no en sus campamentos, sino en sus acantonamientos del Rin y de la Bélgica. Una vez desechada la resolución de un ataque imprevisto y repentino, Napoleon consideraba el partido de permanecer en la defensiva como el mejor; pero todas las personas llamadas para dar una opinion, le hicieron presente que al momento en que algunos departamentos hubieran sido invadidos, el desaliento se introduciría por todas partes, y que quizá la Cámara de los Representantes sería la primera á dar la señal de la defeccion. La consideracion de este peligro, demasiado cierto como la experiencia lo acreditó poco despues, debia aparecer mucho mas decisiva en la suposicion de una derrota del Emperador, fuera de la frontera; por el contrario, nada hubiera habido que temer, siguiendo un sistema en que el cuerpo legislativo hubiera estado casi constantemente á la vista de Napoleon, y rodeado de un ejército urbano de cien mil hombres, los cuales reunidos á él para la defensa comun, y no teniendo mas que un solo pensamiento, el de concurrir á la salvacion de Paris y de la Francia, no hubiera permitido separarse á nadie del gran Capitan, sobre quien

únicamente reposaba nuestra esperanza de triunfar todavía de la coalición. Napoleon cedió, como en Rusia, cuando la retirada de Kutusoff; como en Dresde, donde sus tenientes se opusieron á que ejecutase una de aquellas grandes resoluciones que salvan los imperios, y se arrepintió del mismo modo de no haber seguido la sola impulsión de su genio.

Napoleon habiendo encontrado tanta contradicción en sus ideas, adoptó entonces la proposicion de adelantarse á los aliados que no podian hallarse prontos hasta el 15 de julio, y abrió la campaña el 15 de junio. Solo tenia que combatir con el ejército pruso-sajon, en un pais amigo como la Bélgica, cuyo ejército aumentaria el suyo, si el enemigo era vencido. En tal caso se dirigia sobre la Alsacia, reunia á sus águilas victoriosas el cuerpo de Rapp, é iba á cerrar los Vosges á los ejércitos rusos y austriacos. Este proyecto prevaleció, á pesar de la convicción de Napoleon que se creia mas fuerte á la vista de Paris con ciento cincuenta mil hombres contra cuatrocientos mil, que en la Bélgica contra doscientos veinte mil. Para colmo de desdicha, el

Vendée, despues de haber tremolado los colores nacionales á la vista misma del duque de Borbon, se insurreccionó, y fue preciso enviar veinte mil hombres del ejército de Flandes, mandados por el general Lamarque, el cual tuvo la comision de reducir á su deber á los Vendeanos, armados y pagados de nuevo por la Inglaterra. Esta guerra de la Vendée fue un episodio bien funesto; porque los veinte mil hombres empleados en ella en union con los diez mil del conde Lobau hubiesen contenido á los Prusianos en Waterloo, ó por mejor decir, esta batalla no hubiera tenido lugar, y la jornada de Ligny hubiera tenido por resultado la toma de Bruselas, y por consecuencia la conquista de la Bélgica. Por lo demas, á pesar de una diversion tan desagradable, á pesar de las contradicciones inauditas y de equivocaciones que ninguna prudencia humana podia preveer, pues que engañaba toda la experiencia que se tenia de los hombres y de las cosas, no faltó mucho para que el éxito justificase la determinacion de tomar la iniciativa del ataque. No era pues permitido acusar esa determinacion de imprecion; añadamos al mismo

tiempo que la fortuna ha coronado veinte empresas mas temerarias y peligrosas en la carrera de Napoleon.

Resuelto ya el plan de campaña, y fijado el 15 de junio para dar principio á las hostilidades, la guardia imperial partió de la capital el 8 de junio, á marchas forzadas, para Avesnes; todos los demas cuerpos estaban igualmente en movimiento con direccion á Maubeuge y Philippeville; Napoleon salió de la capital en la noche del 11 al 12. La Europa entera, armada contra él, formaba una vasta cadena para cogerle; él dejaba tras sí la Francia, cuya insurreccion no habia tenido tiempo de organizar. Paris fortificado á medias; su guardia nacional llena de zelo, pero sin tener quien la dirigiese en un momento de peligro; la legislatura entregada á funestas divisiones y á un espíritu de desaliento; un ministerio, en que la traicion de uno solo, mas poderosa que la fidelidad de todos, amenazaba de nuevo armar tramas en el ejército. Veamos si turbado con tantas imágenes como debian atormentarle en aquel momento, se abandonará él mismo, ó si, retirado en la

parte mas recóndita y elevada de su alma, y desde allí, superior á todas aquellas dificultades, se manifestará su genio todo entero.



CAPITULO III.

BATALLAS DE LIGNY Y DE WATERLOO. —

VUELTA DE NAPOLEON A PARIS.

WELLINGTON tenia su cuartel general en Bruselas; su ejército, que presentaba una masa de ciento ochenta y dos mil combatientes, sin contar con seis mil hombres desembarcados recientemente en Ostende, se hallaba acampado en rededor de Gante, de Nivelles, de Gemape, de Soignies, de Grammont y de Ath. Blucher, á la cabeza de ciento veinte mil hombres, estaba en Namur, y sus acantonamientos, apoyados sobre la izquierda de los Ingleses, ocupaban las cercanías de Ham, de Givry, de Charleroy y de Fleurus, punto de reunion de sus tropas. Un batallon destacado en Frasmes, por la brigada apostada en Gemape, formaba el único punto de union entre los dos ejércitos. Como Napoleon tenia muy pocas fuerzas para atacar á ambos á la vez, debió adoptar el partido de batirlos separadamente, y cada uno á su turno. Habia

armar y abastecer las plazas, reunir á sus guarniciones batallones de las guardias nacionales; fortificar las mejores posiciones delante de Paris y de Leon; organizar sus guardias nacionales validas en batallones regulares, sostenidos por los federados. Nuestros ejércitos se hubieran retirado lentamente delante del enemigo, y combinando su resistencia de modo á ganar el tiempo que necesitabamos para acabar de prepararnos á la defensa. Los aliados, segun la época que ellos mismos habian fijado para dar principio á las hostilidades, no podian llegar hasta el 1º de agosto á vista de aquellas dos ciudades, cuyo sistema completo de defensa, hubieran hallado terminado. Estando el campo atrincherado de Paris, guardado por cien mil hombres, Napoleon hubiera maniobrado bajo la proteccion de él á la cabeza de un ejército de ciento cuarenta mil soldados, en las dos orillas del Sena y del Marne; y cuando recapitulaba todas las victorias que habian ganado sus cuarenta mil valientes, el año anterior, contra ciento cincuenta mil combatientes enemigos, no le quedaba la menor duda de vencer, con fuerzas seis veces mayores que las que podia oponer en 1814.

á los cuatrocientos cincuenta mil extranjeros, contra los que debia combatir en 1815. Defendido Paris por Napoleon, por dos ejércitos, por sus habitantes, por las siete leguas de líneas fortificadas en todo su circuito, podian resistir á un millon de invasores. El Emperador aplicó el mismo cálculo á Leon, cuya ciudad, apoyada igualmente por sus dos rios, protegida por un ejército de veinte y cinco mil hombres y por una poblacion aguerrida, hacia largo tiempo á un sitio, todavía hubiera contado con los talentos del mariscal Suchet, que tenia á sus órdenes sesenta mil hombres; porque aquella vez, no confió Napoleon á Augereau la defensa de la Francia por el Mediodia, á pesar de su proclama de Caen. Este plan, en el que el enemigo, obligado á bloquear ú observar casi cincuenta fortalezas, se hubiera debilitado demasiado contra Paris y Leon y se hubiera visto expuesto á mil reveses, y quizá á su ruina, la que la Francia hubiera observado con júbilo, merecia la preferencia, aun sobre el primer proyecto que Napoleon quiso ejecutar pocos dias despues de su llegada; proyecto que, como ya queda dicho, consistia en sorprender los soldados de la coa-

parte mas recóndita y elevada de su alma, y desde allí, superior á todas aquellas dificultades, se manifestará su genio todo entero.



CAPITULO III.

BATALLAS DE LIGNY Y DE WATERLOO. —

VUELTA DE NAPOLEON A PARIS.

WELLINGTON tenia su cuartel general en Bruselas; su ejército, que presentaba una masa de ciento ochenta y dos mil combatientes, sin contar con seis mil hombres desembarcados recientemente en Ostende, se hallaba acampado en rededor de Gante, de Nivelles, de Gemape, de Soignies, de Grammont y de Ath. Blucher, á la cabeza de ciento veinte mil hombres, estaba en Namur, y sus acantonamientos, apoyados sobre la izquierda de los Ingleses, ocupaban las cercanías de Ham, de Givry, de Charleroy y de Fleurus, punto de reunion de sus tropas. Un batallon destacado en Frasmes, por la brigada apostada en Gemape, formaba el único punto de union entre los dos ejércitos. Como Napoleon tenia muy pocas fuerzas para atacar á ambos á la vez, debió adoptar el partido de batirlos separadamente, y cada uno á su turno. Habia

Girard, desertó con el coronel de ingenieros Clouet y el gefe de escuadron Willoutrey, uno de los que perdieron á Dupont en España, y corrió á llevar al enemigo el secreto de las intenciones del Emperador. Blucher se aprovechó del aviso precioso que recibia para acercarse del ejército ingles, pues que no tenia tiempo para darle la mano, previendo Napoleon por su parte los cambios que debia producir una revolucion tan funesta para él, y conociendo el carácter emprendedor de Blucher, tomó nuevas disposiciones en contraposicion á las que esperaba de su adversario, y, el 15 al amanecer, se preparó el ejército á pasar el Sambre por tres puentes antes del medio dia. La vanguardia del segundo cuerpo, formada por la division del príncipe Gerónimo, arrolló á los Prusianos cerca de Thuin. El Emperador, precedido de la caballería de Kellermann y de los zapadores de marina de la guardia, entró á eso de las diez y media de la mañana en Charleroy, abandonado por los enemigos, que huyeron por todas partes delante de nuestros intrépidos soldados, y se retiraban sobre Givey. Pasado el Sambre, y reunidos todos los cuerpos del ejército, el mariscal

Ney recibió el mando del ala izquierda con orden de establecerse en Quatre-Bras. Adivinando Napoleon los movimientos estratégicos de Wellington y de Blucher, conoció desde luego la grande importancia de aquella posicion, como el punto natural de reunion del ejército ingles, y que todavía era la llave de la posicion de Fleurus; efectivamente, la ocupacion de Quatre-Bras, el 15 por la tarde, por una vanguardia, y el 26 por la mañana por un cuerpo imponente, remediaba en un todo el mal causado por la traicion, decidia la separacion de los ejércitos enemigos, cubria la retaguardia de los Franceses, y aseguraba la posicion de Sombref.

Tomadas estas disposiciones, se dirigió el Emperador á Givey, donde mandó atacar vivamente al enemigo. La cabeza de la columna del cuarto cuerpo llegaba al Chatelet y acababa de apoderarse del pueblo. El general Pirch, viéndose atacado de frente y aun de flanco, trató de retirarse. El tercer cuerpo frances desfiló por el camino de Fleurus; los dos batallones prusianos, formados en columna cerrada en los dos lados del camino para proteger la retirada de los batallones de

la izquierda, fueron desbaratados, y rechazado Pirch con los suyos hácia Fleurus, habiendo experimentado una pérdida considerable. El Emperador estuvo presente en aquella accion. Durante este tiempo Ney perseguia al enemigo arojado sobre Gosselies, y hasta le obligó á abandonar á Frames y replegarse en la direccion de Quatre-Bras, que debiamos ocupar con nuevos triunfos fáciles de conseguir sobre una division muy débil para podernos resistir. Esta primera accion que abria la campaña bajo los auspicios mas felices, costó dos mil hombres á los Prusianos. Pero Ney, sin que nadie pueda explicar su determinacion, volvió á Frames, contentándose con poner en la vanguardia un cuerpo de caballería muy débil.

Al anochecer, Blucher todavía no habia podido reunir su ejército, y el Ingles permanecia tranquilo, pues apenas hizo el menor movimiento, á pesar del aviso que recibió de dos ataques victoriosos de nuestra parte, por fin, sorprendido en un baile por otro correo de Blucher que queria arriesgar una batalla el dia siguiente, el Fabio breton puso su ejército en movimiento, el dia 16 por la

mañana, para reunirle en el lugar de Quatre-Bras.

Quizá en el mismo instante, enviaba el Emperador al general Flahaut para que dijese al mariscal Ney que avanzase con toda el ala izquierda para disipar las tropas inglesas, mientras que él mismo con el centro y la derecha iba á marchar contra Blucher. A la una, al desfilarse de Fleurus, se vieron á los Prusianos delante de Ligny, en número de ochenta mil hombres, porque el cuerpo del general Bulow que venia de Lieja, no habia podido reunirse todavía. El Emperador mandó tomar posicion al ejército, y reconoció él mismo al enemigo; quedó muy satisfecho de encontrarle en un orden de batalla oblicuo, cuya ala derecha se hallaba flanqueada y expuesta á ser envuelta por un movimiento decisivo de nuestra izquierda. Todavía tenia Napoleon otro motivo de regocijarse, viendo, como habia previsto, al impetuoso Blucher obligado á venir al encuentro de nuestros deseos y buscar una batalla que tanta gana teniamos de dar. Sin embargo, la posicion del feld-mariscal era fuerte, y su ejército mas numeroso que el nuestro. Napoleon que solo contaba con sus sesenta mil

hombres , no dejó por eso de ordenar el ataque como una cosa que juzgó muy necesaria , el cual dió principio á las tres y media. Después de un combate bastante vivo, Vandamme se apoderó de Saint-Amand , en medio de la línea enemiga ; Ligny era el teatro de una acción tan encarnizada como gloriosa para ambos partidos ; pero nosotros perdimos en él al general Girard , uno de los héroes de Lutzen. A eso de las cuatro , Napoleon que quería principalmente engañar al enemigo y llamar toda su atención por el lado de Saint-Amand , había mandado llevar la orden al mariscal Ney de dejar un cuerpo de observación en Quatre-Bras que había debido ocupar y dejarse caer á toda prisa por la dirección de Bry para envolver el ala derecha de los Prusianos , y caer á toda fuerza sobre su retaguardia. El pliego contenía estas palabras : « Este ejército está perdido si obráis vigorosamente. La suerte de la Francia se halla en vuestras manos ; no dudeis un instante en ejecutar el movimiento que el Emperador os manda. » Después que salió el correo , dijo Napoleon al intrépido y habil general Girard , poco antes de marchar á la toma de Ligny :

« Quizá antes de tres horas , se habrá decidido la suerte de la guerra , si mis órdenes se ejecutan bien , ni un solo cañon se escapará del ejército prusiano ; le hemos cogido en flagrante delito. » Por desgracia Ney no respondió á las esperanzas que excitaba su antigua nombradía. Entretanto , el conde de Erlon , á la cabeza del primer cuerpo que iba á Quatre-Bras , habiendo sabido por el coronel Forbin-Janson la orden del Emperador , había comenzado á conformarse con ella , y ya había conseguido llegar con un cuerpo de la division Durutte , á la altura de Villers-Perrin. Durante este tiempo Blucher renovaba sus ataques sobre Saint-Amand. En Ligny , la acción se hacia cada vez mas grave , pues este pueblo fue tomado y vuelto á tomar hasta cuatro veces , siempre con el mismo valor y la misma constancia por ambas partes. La batalla se prolongaba y costaba mucha sangre ; Napoleon esperaba con impaciencia el éxito de la marcha del primer cuerpo sobre Bry ; pero lejos de ejecutarse como había mandado , llamado imperativamente el general Erlon por el mariscal Ney , se determinó á obedecer , y se dirigió hácia Frasmes , dejando la division

Durutte sola expuesta á los ataques del enemigo. A las siete, supo Napoleon que era preciso renunciar á la operacion que hubiera tenido tan grandes resultados, y entonces resolvió acabar de vencer, como siempre se habia propuesto, rompiendo la línea del enemigo, á quien habia obligado á debilitar su centro. Engañado Blucher por su parte, por el movimiento de la guardia y de los coraceros de Milhaud, creyó que nos retirabamos, y volvió á tomar la ofensiva sobre Saint-Amand con violencia, con el doble objeto de aprovecharse de la victoria que ya pensaba haber conseguido, y dirigirse por donde pudiese apoyarse con los Ingleses; pero la brigada de dragones enviada al encuentro de la caballería prusiana se adelantaba, igualmente que la division Durutte, sobre el punto de que queria hacerse dueño. Su aparicion y la resistencia vigorosa de la division Girard y del tercer cuerpo deshizo todos sus cálculos. Instruido entonces que aguardaba en vano el auxilio de los Ingleses y la llegada de los treinta mil hombres de Bulow en aquella jornada, se contentó con ocupar el pequeño lugar de Saint-Amand, y pareció detenerse allí; con todo,

todavía conservaba una parte de Ligny, de la que no habiamos podido apoderarnos, á pesar de los esfuerzos de nuestros soldados, conducidos por el general Girard que tanta gloria adquirió en aquella batalla. Napoleon hizo que entrase en línea el resto de la division Peschéux; una carga de caballería hizo titubear al enemigo, y á favor de esta circunstancia, avanzaron en columna los granaderos de la guardia de infantería, ínterin que los de caballería flanquearon el pueblecito. Las divisiones prusianas apostadas detrás de él para defenderle, viéndose atacadas de repente por el flanco y atropelladas, abandonaron en derrota las alturas de Ligny, coronadas en breve por los Franceses. Sorprendido Blucher del ímpetu de este ataque combinado, y desengañado cruelmente de su sueño de victoria, acudió á la cabeza de seis escuadrones, pero los vió deshechos por nuestros coraceros, y habiendo muerto su caballo, quedó por algun tiempo caído por el suelo en medio de los Franceses; la obscuridad de la noche impidió que fuese reconocido y favoreció á la caballería que vino en su auxilio. Batido por todas partes, perseguido por la di-

calculado, vista la posición de Wellington y de Blucher, que se necesitaban á lo menos dos dias para reunirse y obrar en el mismo campo de batalla, pareciéndole tanto mas posible conseguir un doble triunfo, cuanto que los aliados, á quienes repetidas veces habian deslumbrado sus maniobras, iban á ser sorprendidos por un ataque, cuyo resultado seria quitarles todos los medios de reunirse; solo quedaba el elegir entre estas dos operaciones ofensivas. El atacar de frente á los Ingleses podia tener graves inconvenientes, y ademas no tener otro resultado, á pesar del triunfo, sino la reunion de los dos ejércitos enemigos. Wellington, que temia recibir los primeros ataques de la furia francesa, no juzgó bien á Napoleon. Este por el contrario resolvió atacar la cabeza de las columnas del ejército prusiano, cortar su línea por Charleroy, y abrir entre ellas todo el espacio que hay desde Namur á Bruselas. Napoleon tuvo razones poderosas para determinarse á obrar así. « En efecto, decia él, si logramos ocultar » al enemigo los movimientos de los dos cuerpos que deben llegar á Maubeuge, desde Lilla » y Valenciennes, Blucher no sabrá nuestra

» llegada, hasta que nos hayamos apoderado de » Charleroy; por consiguiente no solamente » no le queda medio alguno de pasar de Namur, sino que ni aun podrá reunir allí, el » 16, arriba de ocho divisiones. Instruido por » su parte, Wellington, solo la víspera por la » noche, del paso del Sambre, no podrá tener » sus tropas reunidas hasta el 16 á la misma » hora; y su caballería no podrá llegar hasta » el dia siguiente muy tarde; estas circunstancias imperiosas dejan á Blucher solo y aun » separado de una parte de sus fuerzas, expuesto á nuestro ataque. »

Napoleon habia ejecutado perfectísimamente lo que habia concebido bien. El ejército, compuesto de ciento veinte y dos mil cuatrocientos hombres, y trescientas bocas de fuego, se hallaba reunido el 14, sin que los Prusianos lo supiesen; la presencia del Emperador fue anunciada por la proclama siguiente, que hubiera debido hacer abrir los ojos á la Europa, tan cruelmente engañada, gracias á la mala fe y á la ambicion desmedida de los directores supremos de la coalicion. ®

« SOLDADOS !

» Hoy es el aniversario de Marengo y de
 » Friedland, que por dos veces decidió de
 » la suerte de la Europa. Entonces, como des-
 » pues de Austerlitz, y como despues de Wa-
 » gram, fuimos demasiado generosos; porque
 » creimos en los juramentós y en las prome-
 » sas de los príncipes que dejamos sobre el
 » trono. Coligados en la actualidad entre sí,
 » nada menos quieren atacar, que la indepen-
 » dencia y los derechos mas sagrados de la
 » Francia. Han dado principio á la agresion
 » mas injusta; marchemos á su encuentro.
 » ¿Ellos y nosotros no somos ya los mismos?
 » Soldados! en Jena, contra esos mismos Pru-
 » sianos, tan arrogantes hoy, érais uno con-
 » tra dos, y en Montmirail uno contra tres.
 » Cualquiera de vosotros de los que habeis
 » estado prisioneros en Inglaterra, contad á
 » vuestros compañeros los males y traba-
 » jos que padecisteis en aquellos pontones.
 » Los Sajones, los Belgas, los Hanoverianos,
 » y los soldados de la confederacion del Rhin
 » gimen en secreto de tener que prestar sus
 » brazos á la causa de los príncipes enemigos

» de la justicia y de los derechos de todos los
 » pueblos, porque saben que esa coalicion es
 » insaciable; ya se han devorado dos millo-
 » nes de Polacos, doce millones de Italianos,
 » uno de Sajones, seis de Belgas, y todavía
 » devorarán los Estados de segundo órden de
 » la Alemania. Insensatos! un momento de
 » prosperidad los obceca: la opresion y la hu-
 » millacion del pueblo frances esta fuera de
 » su poder, pues si llegasen á entrar en Fran-
 » cia allí encontrarán su sepulcro. Soldados!
 » mucho tenemos que hacer, marchas forza-
 » das, batallas que dar, peligros de toda es-
 » pecie que arrostrar; pero con constancia la
 » victoria será nuestra. Los derechos, el ho-
 » nor y la felicidad de la patria serán recon-
 » quistados. Ha llegado el momento en que
 » todo Frances que tenga alma debe vencer ó
 » morir.»

Todo habia salido como podiamos desear;
 el 14 por la noche reinaba una perfecta segu-
 ridad en Bruselas, en Charleroy y en Namur;
 y Blucher estaba al punto de ser sorprendido;
 pero el general Bourmont, comandante de la
 3ª division del 4º cuerpo, y empleado por las
 instancias repetidas del valiente y digno general

vision Durutte y la brigada de dragones entre Vayuelé y Marbais, expuesto en este punto y en Bry al fuego de nuestra artillería que canoneaba sus tropas en la retirada, tuvo que ceder en todas partes y dejarnos el campo de batalla, en el que dejaba veinte mil hombres con cuarenta piezas de artillería y ocho banderas. Seguramente que nuestro triunfo era brillante; sin embargo, qué diferencia si las órdenes de Napoleon hubiesen sido ejecutadas puntualmente! En vez de una derrota, hubiera sido un desastre completísimo el de los Prusianos.

La misma mañana de esta acción, llegó Wellington al molino de Bussy para concertarse con Blucher, y se propuso socorrerle; pero el feld-mariscal podía muy bien haber sido hecho pedazos antes que el ejército inglés llegase á la línea, y se contentaron con resolver que avanzase, así que se hubiese reunido, por la calzada de Quatre-Bras á Sombref. Sin embargo, cuando empezó la acción, á las dos, todavía no había en aquel lugar, que despues fue tan fatal para nosotros, sino la division holandesa de Perponcher, de la cual la brigada del príncipe Bernard ocupaba el

bosque de Bossu; la de Bylandt, de igual fuerza, se hallaba detrás de la hacienda de Germioncourt. Las primeras ventajas obtenidas por los generales Bachelu, Foy y Piré, parecían asegurarnos muy pronto la posesion de Quatre-Bras y del bosque de Bossu, que era la llave de esta posicion favorable. En aquel momento llegaba la division inglesa de Picton por el camino de Genape; en seguida, fueron llegando sucesivamente la division de Brunswick, la brigada de Nassau, la brigada de caballería holandesa de Van-Merden, y poco tiempo despues, la division hanoveriana de Alten. A pesar de estos refuerzos, el enemigo no pudo resistir al ímpetu de nuestra caballería apoyada con el fuego continuo y mortífero de nuestras baterías. Wellington, que acababa de llegar de la batalla de Ligny, temiendo dos movimientos convergentes del ejército frances, el uno sobre Permont, y el otro sobre el bosque de Bossu, resolvió de modo que las cercanías de Quatre-Bras fuesen muy difíciles de tomar, y mandó avanzar muchas tropas para contenernos; tambien sostuvo el combate, pero no impidió que los suyos experimentasen grandes pérdi-

Después de la batalla de Ligny, el ejército prusiano, medio destruido y disperso, hizo su retirada en el mayor desorden; el primero y segundo cuerpo sobre Mont-Saint-Guibert, y el tercero sobre Gembloux, donde se le reunieron durante la noche los treinta mil hombres de Bulow. La misma precipitación de la fuga de los enemigos nos privó de poderlos perseguir. Wellington, por su parte, pasó la noche en Quatre-Bras, punto de la reunión sucesiva de sus cuerpos de ejército; pero instruido antes de amanecer de la derrota de Blucher, mandó al momento la retirada sobre Bruselas. El Emperador que había previsto este movimiento, expidió el general Flahaut al mariscal Ney para advertirle que estuviese dispuesto á seguir á los Ingleses, y ocupase la posición de Quatre-Bras, hasta la llegada de las tropas que Napoleón destinaba á obrar por el lado de Bruselas. El mariscal habiéndose mostrado incierto sobre la importancia de los resultados de la jornada de Ligny, recibió por menores positivos de la victoria con la orden repetida de apoderarse de Quatre-Bras. Napoleón presumía con razón que el general inglés dejaría solo una retaguardia delante del ma-

riscal, y que, en el caso de quedarse en su posición con el ejército, las tropas que se hallaban delante de Ligny marcharian por el camino de Namur, abandonado por Blucher, y vendrian á apoyar nuestra ala izquierda. Pero la posición de Quatre-Bras, donde el Emperador y el mariscal se juntaron á las diez de la mañana el 17, había sido evacuada durante la noche por el general inglés, que aparentó oponer alguna resistencia delante de la selva de Soignies. Continuando su movimiento de retirada, se detuvo en Waterloo donde estableció su cuartel general. El Emperador siguió al enemigo con sesenta y ocho mil hombres y doscientas cuarenta piezas de cañon, mientras que Ney marchaba en la misma dirección con los cuerpos del conde de Erlon, al paso que el mariscal Grouchy, siguiendo las huellas á los Prusianos por los caminos de Mont-Guibert y Gembloux, había recibido la orden de llegar á Wavre al mismo tiempo que ellos, porque Blucher debía retirarse allí. Napoleón contaba con la ejecución pronta del movimiento expresado, que aseguraba sus comunicaciones con el cuerpo de Grouchy, que formaba su ala derecha. Pero el teniente del

Emperador se equivocó sobre la marcha de Blucher, y dirigió la mayor parte de sus fuerzas sobre Gembloux, mientras que el general prusiano, que se le había adelantado de más de tres horas, estaba ya en Wavre. El mariscal, que solo había andado dos leguas en todo el día, aguardó hasta el día siguiente para perseguir al enemigo.

Napoleon envió, durante la noche del 17, nuevas órdenes á Grouchy, recordándole toda la importancia de su mando; debía y podía remediar la falta de la víspera, con impedir la reunion de los Prusianos con el ejército de Wellington, y persiguiendo á Blucher, que estaba en Wavre. Todo anunciaba una gran batalla para el día siguiente; Napoleon la deseaba, pues esperaba dar un golpe decisivo antes que la coalicion hubiese juntado todos sus soldados; una victoria que le hubiera conducido á Bruselas sobre las reliquias del ejército ingles, hubiera podido resolver á su favor la cuestion política que armaba la Europa contra él; y no hubiera sido la primera vez que la espada del gran Capitan cortaba el nudo de la diplomacia.

La cooperacion de Grouchy aseguraba el

triunfo de Napoleon, pues solo temia que Wellington no se atreviese á aguardarle en las llanuras de Waterloo; durante la noche fue á visitar las líneas de la gran guardia para asegurarse de que el enemigo no abandonaba el campo de batalla. Al rayar el día se disiparon sus recelos, viendo á todo el ejército ingles formado; los rayos del sol aclararon de repente la atmósfera que de algunos días á esta parte se habia mantenido sombría, y los Franceses pudieron saludar otra vez al Sol de Austerlitz. A las diez y media, Napoleon recorrió las filas de sus soldados, cuyo entusiasmo belicoso le prometia vencer ó morir; cumplieron con su juramento. El Emperador tomó sus disposiciones para forzar el centro de los Ingleses, acosarles sobre la calzada y en llegando al desembocadero de la selva, cortar la retirada á la derecha y á la izquierda de su línea. El suceso de este ataque imposibilitaba toda retirada á Wellington, á quien separaba del ejército prusiano, y le hacia pagar caro la falta cometida en la eleccion del campo de batalla de Waterloo, delante de una selva espesa y de una gran ciudad, despues de la derrota de Blucher.

La fuerte lluvia de la noche, habiendo echado á perder todos los caminos, la marcha de nuestros soldados era muy lenta, y por otra parte tenian que secar sus armas y ponerlas en estado; por este motivo el combate no podia empeñarse hasta la una de la tarde por tres ataques simultáneos. Las tropas anglo-batavas, formadas en batalla sobre la calzada de Charleroi á Bruselas delante de la selva de Soignies, ocupaban las alturas desde mas arriba del castillo de Hogoumont hasta la falda de otra altura cerca de las quintas de la Haya y de Papelota. La posicion de Hogoumont, á la izquierda de los Ingleses, era de la mayor importancia para ellos, pues los Prusianos debian llegar por allí. Wellington habia puesto en aquel punto sus mas valientes soldados, y Napoleon dirigió su primer ataque sobre aquel mismo punto; Gerónimo, al empezar la accion, se apoderó del bosque de Hogoumont, que varias veces fue tomado alternativamente por los Ingleses y por los Franceses y que definitivamente quedó en poder de éstos. Pero el enemigo se mantuvo en el castillo fortificado con mucho cuidado, y que encerraba sus mejores tropas. El gene-

ral Reille recibió la órden de pegar fuego al castillo con una batería de obuses.

A la derecha, el conde de Erlon, apoyado por una artillería inmensa, se dirigió hácia el lugar de Monte-San-Juan desde donde, con un fuego terrible, hacia pedazos filas enteras de la infantería inglesa, y limpiaba la altura. Napoleon, despues de haber recorrido toda la línea, enmedio del entusiasmo y de las aclamaciones de las tropas, se colocó sobre un cerro cerca de la quinta de la Bella-Alianza, desde donde podia abrazar de una mirada todas las partes del campo de batalla, disponer sus reservas y abalanzarse, á su cabeza, donde el peligro hacia mas necesaria su presencia.

Napoleon estaba para mandar al mariscal Ney que atacase al centro del ejército ingles, cuando atisbó un cuerpo de tropas sobre las alturas de Saint-Lambert. Podia creer que llegaban las divisiones pedidas al mariscal Grouchy, pero una carta interceptada le hizo conocer que Bulow venia con treinta mil hombres á ocupar el intervalo entre el ejército frances y el cuerpo de Grouchy. Con todo, si este general no hubiese podido contener á

Bulow, ó si se hubiese dejado tomar la delantera, era regular que siguiese al ejército prusiano, ocupándole bastante tiempo para que Napoleon acabase con Wellington. Entretanto, por la falta de Grouchy, el enemigo tenia noventa mil hombres para oponerlos á los cuarenta y nueve mil de Napoleon que se vió precisado á mudar sus disposiciones, privándose de parte de su reserva con el fin de estorbar el ataque con que un nuevo enemigo le amenazaba. Domon y Suberwick, con dos mil y quinientos hombres de caballería ligera, procuraban detener á la vanguardia de Bulow, y destacaban partidas para comunicar con Grouchy, avisado por un primer correo de la llegada de Bulow; al mismo tiempo un cuerpo de siete mil hombres, mandado por el conde de Lobau, vino á formarse detras de la caballería del general Domon para apoyar nuestros flancos, si Grouchy no lograba detener el movimiento de Bulow. Despues de haber tomado estas disposiciones, Napoleon mandó al mariscal Ney que se apoderase de la quinta de la Haya-Santa y de la aldea de la Haya. Al cabo de media hora, las baterías enemigas se alejaron de la línea, reemplazándolas las nues-

tras; en seguida los tiradores ingleses se replegaron. Wellington temió por sus masas despedazadas por nuestra artillería y las buscó un abrigo detras de las alturas. Nuestras tropas iban avanzando, y Ney con su intrepidez acostumbrada atacó la posicion, sosteniéndole ochenta piezas de artillería; pero la caballería enemiga se abalanza sobre la infantería francesa que volvió atrás con pérdida de dos águilas y de bastante número de cañones, encharcados en un camino hondo. Milhaud acude con una brigada de coraceros que cubrieron de muertos el campo de batalla. Por su lado el Emperador, que habia visto nuestra infantería flanqueada sobre la derecha, llegó á todo escape de su caballo, y luego restableció el orden. El cañoneo continuó con furor, y, despues de un nuevo ataque, nos apoderamos otra vez de la quinta de la Haya-Santa. El general ingles Picton cayó muerto; el enemigo huyó desordenadamente, perseguido á sablazos por la caballería del intrépido Milhaud. Si Grouchy se hubiese presentado en aquel momento, la batalla estaba ganada.

Entonces fue cuando Bulow desembocando de Saint-Lambert, se desplegó delante de los

bosques de la Parisa. Ochenta mil Prusianos acudían al socorro de Wellington, y Grouchy no parecía aun. En vano el conde de Lobau hizo los mayores esfuerzos para detener al nuevo enemigo que marchaba en derechura sobre el centro del ejército francés. Con todo, Napoleon esperaba todavía desbaratar el centro de los Ingleses antes que los Prusianos pudiesen oponérsele. Mientras que Ney se mantenía en la Haya-Santa, conforme á las órdenes de Napoleon, que le habia mandado no moverse hasta saber el éxito del ataque de los Prusianos, Durutte atacaba las quintas de Haya-Santa, pero sus tropas fueron rechazadas por la infantería enemiga. Entonces el mariscal, viendo la necesidad de apoyar el suceso y de apoderarse de las alturas ocupadas por el ejército enemigo, llamó á una brigada de reserva, compuesta de los coraceros de Milhaud, con la cual, despues de una carga brillante, consiguió su intento. Esta maniobra parecia decisiva y la victoria segura; pero Napoleon, menos confiado, mandó al conde de Valmy sostener el ataque con dos divisiones de coraceros; desgraciadamente la division de reserva de la guardia, mandada por el general

Guyot, dejándose llevar de su ardor, siguió el movimiento; Napoleon quiso detenerla, pero no lo pudo; eran las cinco de la tarde.

El choque de los tres mil coraceros del conde de Valmy y de la gruesa caballería de la guardia fue terrible; Milhaud que habia tenido que replegarse delante de las fuerzas superiores de Wellington, se unió á los nuevos cuerpos que venian á sostenerle; en seguida todos se abalanzaron á la altura, cuya ocupacion habia de decidir de la suerte de la batalla. La infantería inglesa, acometida por esta carga impetuosa, se formó en cuadros cuya metralla acribillaba á los escuadrones franceses; pero éstos acometieron sucesivamente á esas murallas de fuego derribándolas en parte. En medio de la confusion y de la pelea se empeña una nueva lucha entre la caballería francesa y la del enemigo, que acudia al socorro de su infantería: veinte veces volvieron á formarse los cuadros rotos y despedazados; veinte veces tambien los soldados del conde de Valmy y de Milhaud se abalanzaron con un nuevo furor; Wellington veia destruirse las filas de su infantería; él mismo obligado á encerrarse á cada instante.

das. Entonces fue cuando Napoleon, que nos creia dueños de Quatre-Bras, envió al mariscal la órden de hacer el movimiento sobre Bry, de que queda hecho mencion. El mariscal redobló sus esfuerzos á fin de reparar con un gran servicio la lentitud y flojedad de su primer ataque, el cual dado con fuerzas suficientes, nos hubiera hecho dueños del punto de reunion que Wellington habia elegido para su ejército, y desbarataba todo el plan de sus operaciones. A pesar de la variedad de nuestras ventajas, aquellos esfuerzos fueron al principio prósperos, y ya estabamos á punto de apoderarnos segunda vez del bosque de Bossu, cuando el enemigo nos ganó por la mano, haciéndose dueño de él, igualmente que del lugar de Permout, y poco despues del de Germioncourt. Al momento llegó la órden tan imperiosa de Napoleon, órden de la mayor importancia, para que se ocupasen las alturas de Bry y de Saint-Amand; nadie ignora la desobediencia del mariscal, que temió verse abrumado por la llegada sucesiva de los refuerzos del enemigo; con todo, cediendo á las consecuencias de una de aquellas grandes faltas que la guerra y la fortuna no perdo-

nan, tomando sobre sí el decidir entre su opinion personal y la voluntad del que tenia en sus manos el destino del ejército y de la Francia, desplegó una osadía y una nueva constancia para restablecer las cosas y sostuvo dignamente el honor de nuestras armas. Seguramente que tuvo mucha gloria en una lucha tan desproporcionada, en que toda la desventaja estaba de su parte; pero lejos de haber ocupado en fin á Quatre-Bras, despues de tantos sacrificios, ni aun habiamos podido volver á tomar ni á Permout, ni á Germioncourt, ni al bosque de Bossu; pero la sangre de cuatro mil hombres, que el mariscal no hubiera tenido que sentir, obedeciendo al Emperador con su ardor y resolucion acostumbrada, se habia derramado infructuosamente; mas el primer cuerpo, que quizá hubiera bastado para haber hecho que la victoria de Ligny hubiese sido tan decisiva como era brillante, se presentó demasiado tarde, como Ney debió haber previsto, para influir sobre la accion empeñada con los Ingleses, y fue inútil durante toda la jornada, en vez de conquistar con un servicio inmortal la gratitud de Napoleon y de la patria.

entre sus cuadros pudo salvar su persona y acaso su vida al abrigo de la inmovilidad de sus soldados que morian á su puesto; al ver esta mortandad espantosa se le saltaron las lágrimas: « Han de pasar, dijo, algunas horas todavía antes que perezcan tantos valientes; ojalá lleguen antes los Prusianos ó la noche! » Pero la mano de hierro de nuestros coraceros sigue diezmando sus batallones. Durante dos horas, estos heroicos soldados arrostraron la muerte; ni la artillería, ni la bayoneta pudieron impedir sus repetidos ataques; doce mil Ingleses perecieron en este lance sangriento.

Wellington estaba batido! El camino de Bruselas estaba ya cubierto de fugitivos y de bagages; soldados de todas armas huian por la selva de Soignies; el desorden era general, y Wellington iba á dar la orden de retirada; las baterías de artillería ligera habian tomado el camino de Amberes; solo podian salvar al ejército ingles ó la llegada de los Prusianos ó la noche; en aquel momento de desesperacion, Blucher entró en línea á la cabeza de treinta y un mil hombres abriendo la comunicacion entre Wellington y Bulow.

Al mismo tiempo dos brigadas de caballería inglesa, que formaban la reserva, en número de seis mil hombres, se presentaron delante de nosotros.

¿Qué hacia entonces Grouchy? Habia salido solamente á las diez de la mañana de Gembloux, en vez de haber abandonado esta posicion á las dos, con el fin de llegar á Wavre á tiempo para detener á Blucher, y á las doce estaba á mitad camino de ese pueblo. En vano el cañonéo de Waterloo le llamaba á aquel punto donde Napoleon le aguardaba con la mayor impaciencia; en vano Excelmans y Girard le instaron de acudir al socorro del Emperador; continuó marchando sobre Wavre, donde se hallaba solo el cuerpo de Thielmann, Blucher habiendo salido por la mañana á las siete. Napoleon entregado á sí solo, privado de su ala derecha, en presencia de ciento y cincuenta mil hombres, que van á acometer á su débil ejército, agoviado ya por ocho horas de combate, juzgó con serenidad su situacion. Tiene que hacer frente á los dos ejércitos, y manda hacer una gran mudanza de frente. Los batallones de la guardia se forman en dos columnas bajo los ojos

del Emperador , mientras que tres batallones de infantería de la segunda línea vienen á situarse, en buen orden de retirada , al lado de la guardia. Napoleon les corre al encuentro y vuelve á enviarlos á su puesto. Pero su movimiento retrógrado y la llegada de Blucher hicieron retroceder varios regimientos que estaban peleando sobre las alturas. Napoleon , al ver este movimiento , se hizo cargo de la necesidad de sostener su caballería que estaba titubeando ; se dirige con cuatro batallones de la guardia mediana á la izquierda de Haya-Santa , y manda al general Reille juntar todo su cuerpo sobre su izquierda y formarlo en columna de ataque. Al llegar á la Haya-Santa , el Emperador topó con parte de las tropas del mariscal Ney que iban retirándose , y logró reanimarlas con la noticia de la llegada de Grouchy ; al mismo tiempo entregó á Ney los cuatro batallones y le dió la orden de avanzar para conservar la posesion de la altura que en efecto quedó ocupada. Un cuarto de hora despues , llegaron ocho batallones mas , que formaron una columna de ataque ; por su lado el general Reille , habiendo ejecutado las órdenes re-

cibidas , atacó con intrepidez la posicion enemiga.

Entretanto , los cuatro batallones de la guardia mediana estaban peleando ; Ney á pie y la espada en la mano , Friant , Cambronne , rechazan todo cuanto se les opone á pesar del fuego de una artillería numerosísima ; el enemigo no puede sostener el ímpetu de nuestro arrojo ; pero Wellington que se veia fuera de cuidado con la llegada de los Prusianos , mandó avanzar los batallones que tenia disponibles , y la batalla vuelve á empeñarse. La victoria iba otra vez á coronar los esfuerzos de los soldados franceses , cuando Blucher , arrollando la corta division que se le oponia , llega hasta el lugar de la Haya. Wellington , aprovechándose del desorden y de la hesitacion que notó en el movimiento de nuestro ejército con motivo de la marcha de Blucher , lanzó toda su caballería que , no atreviéndose á atacar á los ocho cuadros de la guardia , les dió la vuelta por la derecha y penetró por entre la Haya-Santa y el cuerpo de Reille ; ya no les fue posible á los Franceses volverse á juntar ; la division de caballería de reserva hubiera podido

favorecer la reunion , pero por una desgracia inherente á la fatalidad de aquel dia, la division de reserva de la guardia , compuesta de dos mil hombres entre granaderos de á caballo y dragones , toda gente escogida , habia tomado parte en la accion sobre las alturas sin aguardar la órden del Emperador , que no tenia disponibles sino los cuatro escuadrones de servicio cerca de su persona. Los hizo cargar , pero rechazados por unas masas enormes , estos valientes fueron desbaratados á pesar de unos prodigios de valor ; al mismo tiempo los cuatro batallones de la guardia mediana y los cuerpos de caballería de la guardia , que desde muchas horas hacian frente á casi todo el ejército ingles , retrocedieron tambien despues de haber agotado sus municiones ; desde aquel momento la batalla fue perdida. El ejército enemigo , dueño de la altura , se apoderó de todas las posiciones que nos hubieran asegurado la victoria. Entonces el grito fatal de *salvese quien pueda* , echado por algunos traidores , y repetido por los soldados enmedio del desórden , hizo romper las líneas y desbaratar las filas , de lo que resultó la derrota completa del ejército frances. En fin los ocho ba-

tallones de la guardia , que se hallaban en el centro , sostenidos por el magnánimo Cambronne y por el mariscal Ney , que tuvo cinco caballos muertos en la accion , despues de haber resistido con un valor heróico á los ataques furiosos del enemigo , defendiendo el terreno palmo por palmo contra unas fuerzas inmensas , se vieron desorganizados por la turba de los fugitivos y cayeron agoviados por el número. La caballería enemiga multiplicaba sus cargas contra nuestros batallones rotos y dispersos , y aumentaba la confusion enmedio de la obscuridad de la noche , mientras que la artillería inglesa y prusiana disparaba sin cesar contra unos pocos cuadros de la vieja guardia , que se mantenian todavía firmes en el campo de batalla.

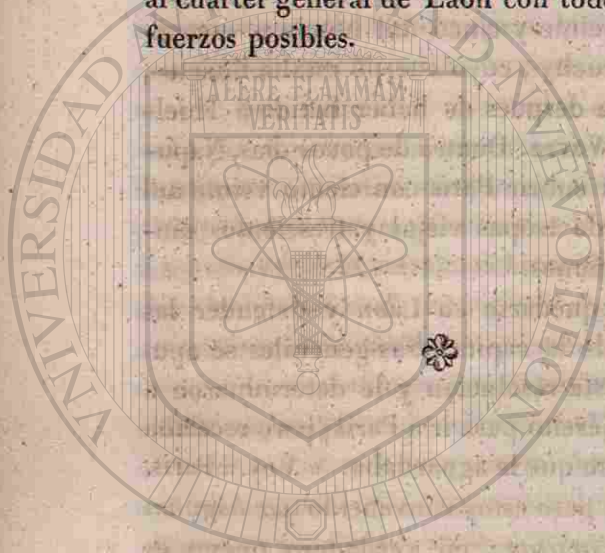
Napoleon , que habia hecho los mayores esfuerzos para impedir el desórden , se abalanzó enmedio de los fugitivos , y procuraba reunirlos detrás de un regimiento de la guardia puesto en reserva á la izquierda de Planchenois con dos baterías ; pero la obscuridad que no permitia que se le viese , destruyó el efecto acostumbrado de su presencia sobre las tropas , que no podian ni siquiera oir su voz cu-

bierta por un bullicio espantoso. Arrastrado por los fugitivos, y rodeado de enemigos, se metió en medio de un cuadro con la espada en la mano, y quiso morir con los valientes que todavía peleaban, buscando su túmulo en su último campo de batalla; pero los generales que rodeaban á Napoleon le arrancaron á la muerte que buscaba y arrostraba como soldado; en fin consintió en retirarse. Llegó á Genape con su estado mayor; y allí procuró juntar algunas tropas para formar la retaguardia y suspender la marcha del enemigo: la noche, la confusion de una derrota general y un sin fin de obstáculos se opusieron á la ejecución de sus órdenes. Salió de Genape, se detuvo algunas horas en Philippeville y llegó el 20 á Laon, donde las guardias nacionales y una gran porción de paisanos bien armados le acogieron gritando: Viva el Emperador! ofreciéndole el auxilio de su generosa adhesión. Napoleon les dió expresivas gracias y encargó al mariscal Soult recoger los restos del ejército disminuido de veinte y cinco mil hombres, á saber: ocho mil prisioneros y diez y siete mil entre muertos y heridos, habiendo los enemigos perdido otra tanta gente.

Gerónimo juntó veinte y cinco mil hombres con cincuenta cañones, á los que se reunió la guardia imperial mandada por los generales Morand y Colbert cerca de Avesnes. Por otro lado, Rapp venia á juntarse al grueso del ejército con veinte y cinco mil hombres escogidos, y Gruchy, cuyo cuerpo estaba intácto, se retiraba despues de haber batido á Thielmann en Wavre. Dentro de pocos dias, Napoleon iba á cubrir Paris con ciento veinte mil hombres de tropas viejas y trescientos cincuenta cañones.

Quería quedarse en Laon y defender las avenidas de la capital. Sus generales se opusieron á esta resolucion y le determinaron á dejar el ejército para ir á Paris; pero recelaba de la suerte que le aguardaba. « Voy á Paris, » les dijo, pero estoy convencido *que hago un gran disparate*; mi verdadero puesto es » Laon desde donde podré dirigir los negocios » de la capital. » Salió precedido por el boletín fúnebre de la batalla de Waterloo, de cuyo terrible desastre no tenia la culpa y que solo su ingenio podia remediar. Convencido intimamente de estas dos verdades, y seguro de poder aun salvar la Francia, su intento, al

ir á Paris, era estar dos dias solamente para tomar las medidas que necesitasen las circunstancias, y desbaratar los planes de los conspiradores, que conocia perfectamente, y volver al cuartel general de Laon con todos los re- fuerzos posibles.



CAPITULO IV.

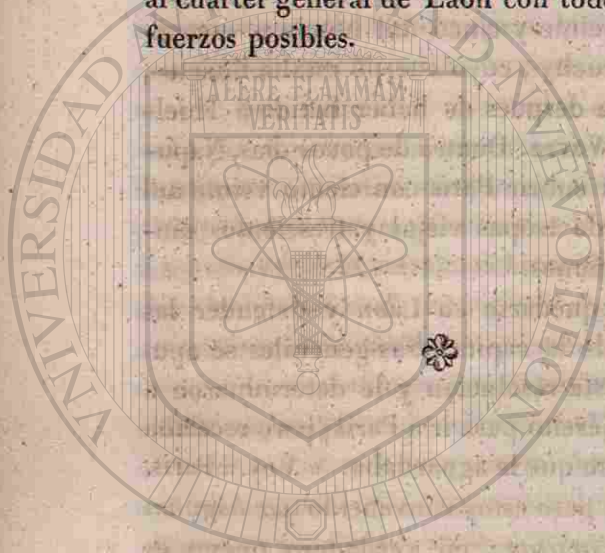
ABDICACION DE NAPOLEON. — SESION DE LAS CAMARAS. —

NAPOLEON EN LA MALMAISON. — SALE PARA ROCHEFORT. —

SE EMBARCA A BORDO DEL BELEROFONTE. — LLEGA A SANTA HELENA.

NAPOLEON se apeó el 21 de junio á las cuatro de la mañana en el palacio del Elyseo; volvia con la idea de que necesitaba todos los poderes de una dictadura absoluta para salvar la patria. Hubiera podido apoderarse de una autoridad sin límites, pero juzgaba mas útil y mas nacional recibirla de las Cámaras. Los mas pequeños descuidos suelen determinar algunas veces los mayores acontecimientos. Si Napoleon, al llegar á Paris, se presenta á las Cámaras cubierto aun del polvo del campo de batalla, como lo quiso hacer en un principio, y les habla con la confianza generosa de un grande hombre que conoce sus fuerzas, no hay duda que hubiera conseguido todo cuanto hubiera pedido; el cuadro de la situacion y

ir á Paris, era estar dos dias solamente para tomar las medidas que necesitasen las circunstancias, y desbaratar los planes de los conspiradores, que conocia perfectamente, y volver al cuartel general de Laon con todos los re- fuerzos posibles.



CAPITULO IV.

ABDICACION DE NAPOLEON. — SESION DE LAS CAMARAS. —

NAPOLEON EN LA MALMAISON. — SALE PARA ROCHEFORT. —

SE EMBARCA A BORDO DEL BELEROFONTE. — LLEGA A SANTA HELENA.

NAPOLEON se apeó el 21 de junio á las cuatro de la mañana en el palacio del Elyseo; volvia con la idea de que necesitaba todos los poderes de una dictadura absoluta para salvar la patria. Hubiera podido apoderarse de una autoridad sin límites, pero juzgaba mas útil y mas nacional recibirla de las Cámaras. Los mas pequeños descuidos suelen determinar algunas veces los mayores acontecimientos. Si Napoleon, al llegar á Paris, se presenta á las Cámaras cubierto aun del polvo del campo de batalla, como lo quiso hacer en un principio, y les habla con la confianza generosa de un grande hombre que conoce sus fuerzas, no hay duda que hubiera conseguido todo cuanto hubiera pedido; el cuadro de la situacion y

de los recursos del país hecho por él con aquella elocuencia que siempre tuvo en las grandes circunstancias, hubiera inflamado á todos; pero desgraciadamente el exceso del cansancio habia debilitado sus fuerzas físicas. Siempre á caballo desde, el 15, con un tiempo horroroso, habiendo dado tres batallas en tres días y pasado una noche cruel despues de la de Waterloo, se hallaba fuera de estado de presentarse y de hablar á una grande asamblea. Vencido por la necesidad se metió en el baño, y se contentó con llamar á sus ministros. Allí no le faltaron su ingenio y sus altos pensamientos. Desde luego todos los espíritus se manifestaron abatidos y prorumpieron en palabras poco dignas de unos ministros franceses; pero Carnot y Luciano propusieron medidas enérgicas y proporcionadas á la inminencia de los peligros; este último queria con razon desentenderse del auxilio de las Cámaras, supuesto que no se podía contar con su buena voluntad. Napoleon se lisonjeó que la presencia del enemigo sobre el suelo pátrio infundiria á los diputados el sentimiento de sus deberes, y por otra parte contaba con la adhesion del pueblo y del ejército, tantas ve-

ces experimentado y nunca desmentido. Entonces con una precision y una expresion admirables y un acento que no puede pintarse, pasó en revista todos los recursos que quedaban á la Francia, y produjo en los ánimos una revolucion que alentó los mas tímidos. El consejo entero, incluso los traidores encubiertos que asistian á él, se mostró unánime en adoptar grandes resoluciones. Tales eran las disposiciones alrededor del Emperador. Mientras tanto la Cámara de los representantes presidida por Lanjuinais, oia en boca de La Fayette las palabras siguientes que eran una verdadera declaracion contra Napoleon:

« Cuando por la primera vez, de muchos
 » años á esta parte, alzo una voz que los vie-
 » jos amigos de la libertad reconoceran todavía,
 » me siento llamado á hablaros de los peligros
 » de la patria, que vosotros solos podeis sal-
 » var hoy dia.... Ha llegado el momento de
 » reunirnos alrededor del viejo estandarte tri-
 » color, el de 89, de la libertad, de la igual-
 » dad y del órden público, en fin del único
 » que tengamos que defender contra las pre-
 » tensiones extrangeras y los ataques interio-
 » res. Permitid á un veterano de esta causa sa-

» grada, que siempre fue ageno del espíritu
 » de faccion, de presentaros algunas resolu-
 » ciones preliminares, de cuya necesidad es-
 » pero os hareis cargo.

» Art. 1º *La Cámara de los representantes*
 » *declara que la independenciam de la patria se*
 » *halla amenazada.*

» Art. 2º *La Cámara se declara perma-*
 » *nente. Toda tentativa para disolverla, es un*
 » *delito de alta traicion: cualquiera que lo*
 » *intentare, SERA TRAIADOR A LA PATRIA*
 » *Y SENTENCIADO INMEDIATAMENTE CO-*
 » *MO TAL.*

» El ejército de línea y la guardia nacional,
 » que han combatido y combaten aun para
 » defender la libertad, la independenciam y el
 » territorio de la Francia, han merecido bien
 » de la patria.

» Los ministros de la guerra, de relaciones
 » exteriores y del interior, serán llamados in-
 » mediatamente en el seno de la Cámara, etc.»

« Apoyo la proposicion de M. de La Fayette,
 » dijo un diputado; pues *dentro de pocos mo-*
 » *mentos la Cámara podria ser disuelta.* »

Las disposiciones de la asamblea, las ma-
 niobras secretas de Fouché, que habia seducido

y engañado á varios diputados, el temor ilu-
 sorio de una disolucion próxima, de la que
 Napoleon estaba muy ageno, hicieron triun-
 far la proposicion en la Cámara de los repre-
 sentantes, y luego despues en la de los pares,
 donde Boissy d'Anglas se dejó alucinar por el
 mismo error que La Fayette, y no vió que la
 Francia no podia rechazar á los enemigos que
 la habian invadido, sin el acuerdo de las dos
 Cámaras con el único hombre capaz de reu-
 nir las fuerzas nacionales, y de improvisar
 nuevos milagros en una circunstancia tan
 oportuna para inflamar su ingenio. Napoleon
 de una sola ojeada midió las consecuencias de
 la funesta hostilidad de las Cámaras. « Bien me
 » habia ocurrido, dijo, despachar á estas gen-
 » tes antes de mi salida. No hay remedio, van
 » á perder la Francia! » Sentia haber aban-
 donado al ejército, porque, estando á su ca-
 beza, los representantes, en vez de separarse
 de él con tanta indignidad, se hubieran reu-
 nido á su rededor, y se arrepintió mucho de
 no haber seguido su primera impulsión en
 Laon. Pero no le parecia que todo estaba per-
 dido, y sin embargo, acordándose de lo que
 Regnault le habia declarado de las malas dis-

posiciones de las Cámaras, dijo al acabarse la sesión: « Abdicaré si se hace preciso... » Sintió después haberlo dicho delante de Fouché, que no lo olvidó. Entretanto los ministros se presentaron por su orden, con el príncipe Luciano, á la Cámara de los representantes para dar parte de los resultados de la batalla de Waterloo y pedir la unión con el jefe del Estado, con el fin de concurrir noblemente á las medidas de salud pública en circunstancias tan críticas. Pero los ánimos estaban demasiado exaltados para oír los consejos de la razón; y Luciano representó en vano que aislar al Emperador de la nación sería entrar en las miras del enemigo; con todo las explicaciones dadas por el príncipe de Eckmühl y por el duque de Vicencio y los esfuerzos de los amigos de Napoleón consiguieron la mayoría de votos; pero La Fayette, mal inspirado por sus nobles sentimientos, tuvo segunda vez el fatal honor de volver á encender la discordia sostenido por Dupin y por Manuel, que, llegado á París recientemente, andaba á tientas sobre un teatro nuevo y sembrado de asechanzas y de escollos. La Cámara de los pares se mostraba más tranquila y juiciosa, pero tenía poco

influjo, al paso que la Cámara de los diputados, que quería evidentemente que Napoleón abdicase, todo lo dirigía. Era preciso que el Emperador disolviese la Cámara ó que abdicase como lo pedía La Fayette y muchos diputados. El primer partido era extremado, pero necesario. Los duques de Basano y de Vicencio se opusieron, movidos de muy buenas intenciones. Napoleón sentía en sí la fuerza de obrar; pero veía á su rededor las caras frías y desanimadas de sus deudos y partidarios al paso que sus enemigos se manifestaban más audaces de momento en momento; supo que se le amenazaba de exigir lo que se le había insinuado como un sacrificio á la patria, y se indignó de la violencia que se le quería hacer; acaso pensaba en tomar una medida conforme á su carácter y á pesar de los representantes de la nación que se extraviaban á la misma nación, cuya razón y adhesión y sobre todo, los peligros de la patria, aseguraban la unión á su persona. Resistió á la pusilanimidad de sus consejeros y arrojó la tempestad, no por su interés, que poco le importaba, sino por el país cuya situación le affigia, y quería libertar de la presencia de los aliados. « No se trata de

» mí, decía á M. Constant, se trata de la Francia. Se quiere mi abdicacion.... El ejército es todo mio, si ab dico hoy en dos dias no tendreis ejército.... Concibo que se me hubiese rechazado cuando desembarqué en Cannes.... Hace quince dias que podia haber allegado valor en derribarme... pero hoy soy una parte esencial de lo que ataca el enemigo.... No es la libertad la que me quita el trono, sino Waterloo y el miedo.... » Estando hablando así, una turba tumultuosa estaba gritando: Viva el Emperador! alrededor del palacio. Las maquinaciones de Fouché no podian impedir estos testimonios, y tampoco hubieran podido impedir la marcha de Napoleon, si hubiese querido volver á tomar el mando del ejército y ponerse á la cabeza del pueblo.

La resistencia del Emperador cedió por fin á los ruegos de sus hermanos José y Luciano; este último que hasta entonces habia manifestado tanta firmeza, le hizo presente que la guerra civil podria originarse de su obstinacion. Napoleon dirigió al pueblo frances la declaracion siguiente:

« Al empezar la guerra para defender la independencia nacional, contaba con la reu-

» nion de todos los esfuerzos, de todas las voluntades, y con el esfuerzo de todas las autoridades nacionales. Tenia motivos para esperar un feliz éxito, y habia despreciado todas las declaraciones de las potencias contra mí. Las circunstancias, me parece que han variado. Me ofrezco en sacrificio al odio de los enemigos de la Francia. Ojalá sus declaraciones sean sinceras! Mi vida política está acabada y proclamo á mi hijo bajo el título de emperador de los Franceses. Los ministros actuales formarán provisionalmente el consejo de gobierno. El interes que me inspira mi hijo me incita á pedir á las Cámaras la organizacion inmediata de una regencia por una ley. Reine entre todos la union para salvar la independencia de la nacion.

» Palacio del Elyseo, 22 de junio de 1815.

» NAPOLEON. »

Esta declaracion fue entregada á los ministros para comunicarla á las dos Cámaras, en donde por las maniobras de Fouché, reinaba la mayor impaciencia de recibirla; iban y venian mensajeros á cada minuto. « Estas buenas gentes, dijo Napoleon, tienen mucha

» prisa, decidles que se tranquilicen.» En efecto, varios diputados pedian que se instase de nuevo al Emperador para que firmase su abdicacion; pero el general Solignac habiendo representado que importaba al honor de la Cámara no proponer una cosa que habia de ser la expresion libre de la voluntad del monarca, la sesion se suspendió hasta la llegada del mensage. Un momento despues, el ministro de la guerra vino á declarar que, en la frontera del Norte, el ejército constaba todavía de sesenta mil hombres, y que era posible reforzarle con diez mil hombres de infantería, un cuerpo de caballería y doscientas piezas de artillería. «Tendreis, dijo, un ejército bastante fuerte para apoyar nuestras negociaciones con un enemigo que ha dado pruebas de que no ejecuta sus promesas con fidelidad.»

A la una entraron los ministros de la policía, del interior, de las relaciones exteriores y de la guerra. El presidente leyó la declaracion que traian. Fouché propuso nombrar inmediatamente una comision de cinco individuos, encargada de ir á tratar con los aliados de los intereses, de los derechos y de la independencia de la Francia. Se hizo la obser-

vacion de que esta eleccion pertenecia al poder ejecutivo, cuyo nombramiento urgia. La Cámara decretó:

1° Que su presidente y los secretarios irian á expresar á Napoleon en nombre de la nacion la gratitud y el respeto con que admitian el noble sacrificio que acababa de hacer.

2° Que se nombraria una comision provisional de gobierno, compuesta de tres individuos, uno de la Cámara de los representantes y dos de la Cámara de los pares, y que los ministros seguirian en sus funciones cerca de esta comision.

La Cámara votó en seguida la aceptacion de la abdicacion del Emperador. El ministro de la guerra pidió, y la Cámara decretó que se declarase traidor á la patria á todos los militares, sin exceptuar á ninguno, que no irian á ocupar su puesto.

«Tengo motivos, dijo el príncipe de Eckmuhl, para pedir esta medida. Hay emisarios que procuran hacer desertar á las guardias nacionales que se hallan en las plazas fuertes; hemos de cuidar de no renovar la falta del gobierno provisional y de dejar que se desorganice el ejército.»

La Cámara de los pares adoptó las decisiones de los representantes; pero un incidente de mucha gravedad señaló esta sesión:

« Es preciso explicarse con franqueza, dijo » La Bedoyere, sobre la forma de gobierno que se quiere adoptar. El Emperador se ha explicado; su abdicación es indivisible y es nula si no se reconoce á su hijo. »

El artículo 67 del acta adicional que proscribía á la casa de Borbon, se mencionó en la Cámara de los pares, como habia sucedido en la de los representantes. Se resolvió pasar al orden del dia sobre tan importantes cuestiones, con el fin de dejarlas enteras para la discusión, que tuvo lugar en la misma noche. Entretanto, los diputados de las dos Cámaras se presentaron al Emperador, el cual les contestó:

« Os doy las gracias por los sentimientos » que me expresais. Deseo que mi abdicación haga la felicidad del pueblo frances, pero » no lo espero, *porque deja al Estado sin jefe y sin existencia política.* El tiempo que se ha » perdido en derribar la monarquía, pudiera » haber sido empleado en destruir al enemigo. » Encomiendo á la Cámara reforzar cuanto

» antes al ejército; quien busca la paz debe » prepararse á la guerra. *No entregueis esta gran nación á la merced de los extranjeros y temed de ver fallidas vuestras esperanzas; ahí está el peligro.* En cualquiera » situación en que me halle, estaré siempre » bien si la Francia es feliz. Encomiendo mi » hijo á la Francia; me lisongo que no olvidará que he abdicado solamente en su favor; tambien he hecho este gran sacrificio » para el bien de la nación; pero solo con mi » dinastía puede esperar ser libre, feliz é independiente. »

Napoleon pronunció esta contestación con un acento tan noble, que todos los asistentes, y el mismo Lanjuinais, seducido entonces por la política de Fouché, no pudieron detener las lágrimas.

La abdicación de Napoleon encendió las pasiones en la Cámara de los diputados, sobre la cual Fouché tenia bastante influjo. Napoleon II y la regencia tenían evidentemente la mayoría; pero el partido de Orleans contaba tambien con varios defensores sostenidos abiertamente por el ministro de la policía, pues no tenia reparo en decir á los que todavía

conservaban adhesion á la República: « Por » Dios! que me gusta la República tanto como » á vosotros; pero para llegar hasta ella es » preciso pasar por el *palacio de Orleans*. » Este dicho no era sino un nuevo engaño; existia otra intriga á favor del príncipe real de Suecia, que desde 1814 tenia sus miras sobre el trono de Napoleon. Una asamblea compuesta de tales elementos encerraba por precision tempestades en su seno; estallaron en la sesion del 23. Entre los representantes que procuraban hacer declarar la vacancia del trono, M. Mourgues se apoderó de la proposicion de M. Dupin, dándola una nueva extension. El ministro de Estado Regnault, al paso que la impugnó con toda la fuerza del buen derecho, y con las armas de la razon, tuvo la debilidad de recurrir á uno de estos términos medios que las mas veces no son sino paliativos peligrosos, y gustan generalmente á la mayoría de las asambleas cansadas por una larga deliberacion; propuso en lugar del consejo de regencia, la única medida legal y constitucional en la circunstancia, una comision ejecutiva de cinco individuos, que tendría la eleccion y la direccion de los negociadores que se ha-

bian de diputar á los aliados, lo que era pronunciar de hecho la exclusion de Napoleon II, y anular la abdicacion de su padre. La proposicion de M. Regnault fue adoptada por la Cámara. En seguida, el consejero de Estado Beranger, despues de haber establecido elocuentemente los derechos de Napoleon II, suscitó una cuestion importante, pidiendo la responsabilidad del gobierno provisional. M. Dupin propuso exigirla juramento; el consejero de Estado Defermont impugnó la proposicion, declarando que la misma Cámara no tenia facultades para recibir este juramento; y despues, volviendo á tomar con fuerza la argumentacion de Beranger á favor del derecho constitucional de Napoleon II, se pidió y se adoptó que se refiriese este movimiento en el proceso verbal. Beranger volvió á pedir la responsabilidad de los individuos del gobierno provisional. *Qué sucederia, dijo, si uno de ellos, infiel á sus deberes, llegase á perder vuestra confianza!* La Cámara se quedó silenciosa; pero el nombre de Fouché vino á la memoria de todos. El consejero de Estado Boulay del Meurthe reprodujo entonces con suceso la gran cuestion de la herencia al trono. « ...¿No

» tenemos, dijo una monarquía constitucio-
 » cional? El Emperador muerto, vive el Em-
 » perador: Napoleon I^o ha declarado su abdi-
 » cacion, la habeis aceptado; por eso solo,
 » por la fuerza de las cosas y por una conse-
 » cuencia irresistible, Napoleon II es empera-
 » dor de los Franceses. Ni siquiera podeis de-
 » liberar.... nuestras leyes fundamentales han
 » decidido la cuestion.... La abdicacion del
 » Emperador es indivisible.... pido que la asam-
 » blea declare y proclame que reconoce á Na-
 » poleon II, como emperador de los Fran-
 » ceses.»

Esta proposicion, que conmovió á la asam-
 blea, fue sostenida con fuerza por el ministro
 de Estado Regnault de San Juan de Angeli que
 pidió que todas las actas públicas y privadas
 fuesen redactadas en nombre de Napoleon II,
 y que se le proclamase en esta sesion. Varios
 diputados interrumpieron al orador sustituyendo
 la *nacion* a todo cuanto en el discurso
 de Regnault se referia á Napoleon II. M. Du-
 pin siguió el mismo sistema precisándolo to-
 davía mas. «..... Seriamos unos insensatos,
 » dijo, de abandonar lo que todavía podemos
 » esperar de un héroe para aguardarlo de un

» niño. Pregunto si Napoleon II podrá hacer
 » lo que su padre reconoce no haber podido,
 » por el acta de abdicacion..... ¿Qué es lo que
 » tenemos para oponerlo á los enemigos? La
 » nacion. Es en nombre de la nacion que se
 » peleará, que se negociará; ella es quien
 » precede y sobrevive á todo gobierno.—¿Por
 » qué no proponeis la República? dijo un di-
 » putado.» La idea de M. Dupin no fue tal.
 En fin M. Manuel, despues una improvisacion
 muy hábil sobre la cuestion política que ocu-
 paba la Francia, la Europa y las Cámaras;
 despues de haber reproducido todos los ar-
 gumentos á favor del reconocimiento de Na-
 poleon II, como una consecuencia de la ab-
 dicacion del Emperador, y dado á conocer los
 peligros que amenazaban á la Francia, con
 motivo de la existencia de los partidos repu-
 blicano, realista y orleanista, dió fin á su dis-
 curso en los términos siguientes: «Repito que,
 » por lo mismo que se ha puesto en cuestion,
 » Napoleon II ha de ser reconocido..... Pido
 » que la Cámara pase al orden del dia mo-
 » tivado: 1^o *Sobre que Napoleon II ha venido*
 » *á ser Emperador por el hecho de la abdicacion*
 » *de su padre y por la fuerza de las ins-*

despues de restablecida enteramente la tranquilidad.

El conde de Segur tomó la palabra y dijo :
 « ¿Qué arriesgamos en decir lo que es positivo?
 » Napoleon ha muerto politicamente cuando
 » podia defender todavía su trono; su sacrificio no ha de ser inútil. El sucesor es Napoleon II. El gobierno provisional tratará en su nombre; pido que el gobierno provisional tome el título de *regencia*. » La proposicion de Luciano, sostenida por el duque de Basano, el príncipe José, los condes Røederrer, Flahaut y Cornudet, fue suspendida hasta el dia siguiente á propuesta de Thibaudeau. Admiró mucho la violencia del ministro Decres que exclamaba con mucha fuerza : « No tratemos de personas; la patria antes de todo, pido que se cierre la discusion..... »

En seguida, la Cámara de los pares nombró dos individuos para el gobierno provisional. Los elegidos fueron Quinette y el duque de Vicencio: los representantes eligieron al general Grenier, al conde Carnot, y al duque de Otranto, que, segun se dijo, obtuvo la presidencia por una superchería. De manera que todo quedaba consumado; Fouché ocupaba el lu-

gar de Napoleon. Qué sucesor de un grande hombre! Qué indigna profanacion del poder! Qué garantía para la nacion indignada! El gobierno provisional, constituido de este modo, encargó al príncipe de Essling el mando en gefe de la guardia nacional de Paris. La declaracion de Napoleon decia : « Los ministros ejercerán sus empleos bajo la autoridad de la comision. » Dos de entre ellos se negaron á ejercerlas, los duques de Basano y Cambaceres. Boulay del Meurthe y Berlier los suplieron. M. Bignon reemplazó al duque de Vicencio como ministro de relaciones exteriores. El ministro de la guerra se encargó de la defensa de Paris; el mariscal Jourdan tuvo el mando del ejército del Rhin; los señores Pontecoulant, La Fayette, Sebastiani, D'Argenson y Laforest, nombrados plenipotenciarios, fueron diputados para ir á proponer la paz á los aliados.

Luego despues de su instalacion, el gobierno provisional fue presentado á Napoleon, que hallando entre sus individuos á dos de sus ministros y á un consejero de Estado, tenia bastantes motivos de seguridad personal y de consideracion. El 27 los señores Andreossy, Boissy

d'Anglas, Valence, Flaugergues y Labesnardiére fueron enviados á negociar un armisticio con Wellington.

El gobierno provisional decretó que todas sus actas serian encabezadas en nombre del pueblo frances. La Cámara se estrañó mucho y pidió explicaciones sobre tan estraña disposicion. El duque de Otranto contestó que ninguna potencia habia reconocido todavía á Napoleon II y que se habia tomado este medio por no tener dificultades. Esto destruia en el hecho el reconocimiento de Napoleon II, á pesar de todas las declaraciones solemnes hechas anteriormente. Entretanto se declaraba á Paris en estado de sitio, y se llamaba al ejército del Norte para defender á la capital. No se hizo mencion de los federados, ni de sus patrióticos ofrecimientos. Las Cámaras votaron proclamas patrióticas á los ejércitos y al pueblo frances. Este infeliz pueblo, agoviado por tantas tempestades, habia recibido en el discurso de diez y ocho meses, las proclamas de Napoleon, de la regencia, de los soberanos extrangeros, del gobierno provisional, presidido por Talleyrand, del conde de Artois, de Luis XVIII, otra vez de Napo-

leon, de las Cámaras y del gobierno provisional, presidido por Fouché. Felizmente la historia presenta pocos ejemplares de semejantes juegos de la fortuna que sentenciaba á una nacion á tener necesariamente deseos, intereses y deberes tan opuestos.

El 3o de junio el príncipe de Ekmulh, ministro de la guerra, escribia desde el cuartel general de La Villete á Wellington: «Vuestros movimientos hostiles continuan aunque, segun sus declaraciones, los motivos de la guerra que nos estan haciendo los soberanos, no existen ya desde la abdicacion del emperador Napoleon.» Acababa pidiendo un armisticio igual al que el mariscal Suchet habia convenido con los Austriacos. Por otra parte, nuestros plenipotenciarios recibian de los aliados la seguridad de su intencion positiva *de no imponer á la Francia ninguna forma de gobierno.*

Pero la comision provisional, distraida por los cuidados que le daban los intereses generales, ignoraba todas las maquinaciones de Fouché, su presidente, que estando solo en los secretos del porvenir, engañaba al mismo tiempo al gobierno provisional, á las Cáma-

ras, á los aliados y hasta al mismo Luis XVIII.

El mariscal Grouchy, despues de haber batido á los Prusianos en Wavre, habia vuelto con cuarenta mil hombres y ciento y cincuenta cañones hasta Soissons, donde logró detener al enemigo, que, dueño ya de Compiègne, de Senlis y de Creil, estaba mas cerca que él, de Paris. Este mariscal debia mandar el ejército del Norte llamado á defender la capital. El general Reille mandaba el primero y el sexto cuerpos, y el general Vandamme el tercero y el cuarto y la caballería del general Excelsmans. Drouot, el compañero de Napoleon en la isla de Elba, mandaba la guardia, y el mas hábil guerrero despues de Napoleon, Massena, estaba á la cabeza de la guardia nacional parisiense. Por otro lado, M. de Vitrolles á quien Napoleon no habia querido entregar á un tribunal, estaba libre y desempeñaba publicamente en Paris y en el cuartel general funciones confidenciales. Pero, mientras tanto que el Emperador permanecia en el palacio del Elyseo, el ejército y el pueblo le pertenecian por la unanimidad de su adhesion, y los federados rabiaban por vengarse de 1814, agarrando las armas que el duque de Feltré les habia ne-

gado en aquella época. Fouché y sus secuaces los unos por interes, otros engañados por su política y por motivos mas honrados resultantes de un error generoso, pensaban que era preciso alejar cuanto antes al hombre que, aunque desarmado y casi cautivo en medio de la capital, tenia suspensos á los aliados, á sus enemigos interiores y al mismo rey. En efecto, ¿quién podia calcular lo que hubiera producido la presencia repentina de Napoleon á la cabeza de ochenta mil soldados, de la guardia nacional y de la poblacion tan dispuesta á dejarse inflamar en aquellos dias de conmocion general? Así es que inmediatamente despues de la abdicacion, el miedo y la política, bajo el disfraz de un zelo puro, instaron al Emperador sobre la urgente necesidad de su salida de Paris, y él mismo se apresuró á declarar que se proponia salir cuanto antes, temiendo que los aliados sospechasen su buena fe y calumniasen su abdicacion. Consideraba su honor comprometido en ejecutar al instante sus promesas, del mismo modo que lo habia hecho en nombre de la Francia cuando el tratado de Amiens, y en su nombre en Fontainebleau el año anterior. Napoleon quiso mantenerse fiel

á su gran sacrificio hasta el último momento. El 25 de junio, pidió dos fragatas para trasladarse fuera de Francia y el mismo día abandonó el palacio del Elyseo, demasiado pequeño pocos días antes, para contener los cortesanos y los ambiciosos, y se retiró á la Malmaison, que fue la primera parada de su destierro.

El Emperador, después de haber bajado dos veces del trono, que acaso hubiera podido conservar con el apoyo de la Francia, volvió á verse en la habitación del primer cónsul, donde fue recibido por la princesa Hortensia. Cuántos recuerdos se le presentaron á la imaginación en un palacio lleno de los monumentos de su primera gloria! ¿Qué mejor teatro hubiera podido elegir para dirigir á los compañeros de sus triunfos esta última y hermosa proclama, titulada:

Napoleon á los valientes soldados del ejército que está delante de Paris.

« SOLDADOS!

» Obligado por la necesidad á separarme
» del valiente ejército francés, me queda la

» esperanza de que justificareis por servicios eminentes á la patria la estimación que os profesan los mismos enemigos. Soldados! seguiré vuestros pasos aunque ausente. Conozco todos los cuerpos del ejército; ellos y yo hemos sido calumniados. Unos hombres indignos de apreciar nuestras hazañas, han creído que vuestra adhesión era únicamente relativa á mi persona, vuestros futuros sucesos harán ver que sobre todo serviais á la patria, cuando marchabais bajo mis órdenes, y que el afecto que me teneis, le debo á mi ardiente amor á la Francia nuestra madre común. Soldados! con algunos esfuerzos mas, la coalición queda disuelta. Napoleon os reconocerá á la fuerza de los golpes que vais á dar. Salvad el honor y la independencia de los Franceses. Sed hasta el fin tales que os he conocido de veinte años á esta parte, y sereis invencibles.»

Esta generosa despedida no llegó hasta el ejército; ni siquiera el *Monitor* la publicó. Fouché temió que el efecto que hubiera producido estorbaba la ejecución de sus planes. En vez de una noble y última satisfacción, Napoleon recibió un nuevo ultraje. El teniente ge-

neral Beker, miembro de la Cámara de los diputados, llegó á la Malmaison con una comision del gobierno, que le encargaba la custodia de Napoleon. « El honor de la Francia, » decia el ministro de la guerra, exige que se » cuide de la conservacion de la persona de » Napoleon, y que se le guarde el debido respeto, al paso que el interes de la patria » pide que se quite á los malévolos el pretexto » de valerse de su nombre para excitar dis- » turbios. »

Napoleon, que conoció desde luego las precauciones del miedo, bajo las apariencias de un zelo hipócrita, se contentó con decir al general Beker: « Que se le hubiera debido avisar de oficio de esta disposicion, que miraba » como una mera formalidad y *no como medida de vigilancia*, que le parecia tanto mas » inútil, cuanto estaba muy ageno de querer » faltar á sus promesas. » El general habiéndole informado de la marcha del gobierno y de las disposiciones de las Cámaras: « Que se me dé, » dijo, las dos fragatas que tengo pedidas, » y salgo al instante para Rochefort; es menester á lo menos que pueda ir donde » tengo résuelto, sin correr el riesgo de caer

» en manos de mis enemigos; tengo prisa de » salir de Francia, para sustraerme á los designios que *el enemigo tiene formados contra mi persona*, y escapar de una catástrofe, » cuya odiosidad recaeria sobre la nacion. » Napoleon estaba entonces mejor inspirado que lo fue quince dias despues, cuando fue á precipitarse en el peligro que habia querido evitar.

Si la comision de gobierno hubiese puesto á disposicion de Napoleon, al mismo momento que las pedia, las dos fragatas que reclamaba para ir á los Estados-Unidos con su familia, el mar estaba libre, y el Emperador hubiese escapado á la coalicion. Pero la comision obró de otro modo. El 26 dió el encargo al general Beker *de acompañar á Napoleon hasta la isla de Aix*, y de quedarse cerca de su persona hasta la llegada de los pasaportes *pedidos á la Inglaterra para el paso de este príncipe á América*. Al mismo tiempo mandó al ministro de marina armar dos fragatas en Rochefort con destino á los Estados-Unidos. Con esta última medida se despertó á los Ingleses sobre el punto de desembarco y se puso voluntariamente entre sus manos la suerte de

» tituciones del imperio : 2º Sobre que las dos
 » Cámaras han querido y entendido, cuando
 » han nombrado una comision de gobierno,
 » asegurar á la nacion las garantías que nece-
 » sita en las circunstancias extraordinarias en
 » que se halla para conservar su libertad y su
 » reposo. »

Esta proposicion se admitió unánimemente,
 y, por la segunda vez, la asamblea y las gale-
 rías se levantaron gritando : *Viva el Em-
 perador!*

Las resoluciones de la Cámara de los repre-
 sentantes se enviaron á la Cámara de los pa-
 res en la sesion de la noche que fue muy agi-
 tada. Los amigos de Napoleon no se olvidaban
 de la proposicion de La Bedoyere, apoyada
 por M. de Segur.

El presidente abrió la sesion refiriendo las
 últimas palabras del Emperador á la diputa-
 cion : *Mi abdicacion ha sido unicamente á fa-
 vor de mi hijo.* « El Emperador ha abdicado,
 » dijo Luciano Bonaparte, *viva el Emperador!*
 » Pido que la Cámara, por un movimiento es-
 » pontáneo, declare que reconoce á Napoleon II
 » como emperador de los Franceses. Esta pro-
 » posicion impugnada por Boissy, fue apoyada

con violencia por La Bedoyere. « Repito, dijo,
 » lo que dije esta mañana. Napoleon ha abdi-
 » cado á favor de su hijo. Si las Cámaras no
 » proclaman á Napoleon II, la abdicacion es
 » nula de toda nulidad. Mientras el soberano
 » fue feliz no faltaban voces á su favor ; ahora
 » que se halla desgraciado se alejan de su per-
 » sona ; no falta quien no quiere reconocer á
 » Napoleon II, porque prefiere recibir la ley
 » del extranjero á quien da el nombre de
 » ALIADO. La abdicacion de Napoleon es indi-
 » visible. Si no se quiere reconocer á su hijo,
 » debe empuñar la espada, rodeado de los Fran-
 » ceses que han derramado su sangre para él
 » y que todavía estan cubiertos de heridas.
 » Los viles generales que ya le han vendido le
 » abandonarán, pero si se declara que todo
 » Frances que abandone sus banderas será in-
 » fame, que su casa será arrasada y su fami-
 » lia proscripta, entonces no existirán mas trai-
 » dores ni maquinaciones, cuyos autores acaso
 » están aquí entre nosotros. »

En medio del tumulto que se originó de esta
 violenta declamacion, se oian los gritos de *ór-
 den! orden! Escuchad,* dijo La Bedoyere ; el
 presidente se cubrió, y siguió la discusion,

Napoleon. En efecto, se abria una negociacion, cuyo resultado estaba incierto y mientras tanto, Napoleon quedaba expuesto; pero la seguridad personal de un grande hombre pareció á la comision un objeto secundario.

Napoleon en la Malmaison alarmaba á la comision; no contentándose con quitarle, bajo varios pretextos, los oficiales adictos que le rodeaban, *los cinco Emperadores*, como los llamaba, escribieron al ministro de la guerra el 27: « Es indispensable que Napoleon se resuelva á salir para la isla de Aix; si no se resuelve cuando se le notifique este decreto, tomareis las medidas necesarias para que no pueda escaparse. » Fouché, mas cuidadoso y mas apurado que sus colegas, escribió al general Beker: « Entretanto deben tomarse todas las precauciones para la seguridad personal de Napoleon y para que no salga del lugar que se le ha asignado momentaneamente. » El mismo dia el ministro de la guerra, mas odioso todavía por su cobarde encarnizamiento, contra el ídolo á cuyos pies se le habia visto postrado con tanta humildad, mandaba al general Beker, renovándole la

orden de salida, que notificase á Napoleon la orden de la comision de gobierno y de impedir á toda costa su salida de la Malmaison, en el caso que no se decidiese á salir para la isla de Aix. La gendarmería y las tropas quedaban á la disposicion del general Beker, para guardar todas las avenidas de la Malmaison. De manera que Napoleon se hallaba en cierto modo encarcelado por sus ministros y sus generales de la víspera. Así es que cuando el general Beker le comunicó estas nuevas órdenes, Napoleon le encargó que declarase al mariscal Davoust: *Que supuesto que las comunicaciones ya no estaban libres, renunciaba al viage, no hallando garantías para su persona. Que por otra parte, en llegando á este primer destino se consideraba como prisionero, pues su salida de la isla de Aix debía depender de los pasaportes para América que sin duda no le serian concedidos. Por consiguiente, añadió Napoleon, estoy decidido á recibir mi sentencia en la Malmaison, persuadido de que no se intentará nada contra mi persona que no sea digno de la nacion y de su gobierno.* El general Beker escribió esta contestacion, dictada por Napoleon que habia

dignó de una conducta tan opuesta al carácter frances y á los intereses de la patria. « Y » bien! dijo al general Beker, salgamos cuanto » antes, supuesto que ya no puedo ser útil, » y despachó á M. de Flahaut para concertar su pronta salida con el gobierno. Mientras que este oficial desempeñaba esta comision, Napoleon, olvidándose de las palabras crueles del príncipe de Ekmulh, que en una de las sesiones del consejo habia amenazado venir él mismo á prender á su Emperador, depositó en el seno de la amistad el dolor que le causaba la resolución del gobierno, y entregándose á un movimiento exaltado y generoso, quiso empuñar la espada y correr á ponerse á la cabeza del ejército que estaba delante de Paris: « Es » preciso acabar con todo esto, decia; si vuestros cinco Emperadores no quieren valerse » de mí para salvar la Francia, sabré obrar sin » su consentimiento. Bastará que me deje ver, » y Paris, así como el ejército, me recibirán » todavía como á su libertador. » Pero la desgracia de la Francia, que hubiera podido aumentarse por el mal éxito de su empresa, suspendia sus resoluciones.

Entretanto, se descubrió que los Prusianos

trataban de apoderarse de la persona de Napoleon, y que Blucher amenazaba quitarle la vida si lograba su intento. El Emperador tomó entonces algunas medidas para evitar una sorpresa; pero fueron inútiles, supuesto que un número crecido de generales, oficiales y soldados, estaban vigilando alrededor de la Malmaison para su seguridad.

La comision de gobierno apuraba á Napoleon para que se marchase, temiendo que la proximidad en que se hallaba del ejército, no le animase á ir á ponerse á su cabeza, y despachó al consejero de estado Boulay del Meurthe y al ministro de la marina para instarle de nuevo. Por fin, el 29, á las cinco menos cuarto de la mañana, Napoleon, conmovido aun de la despedida de la princesa Hortensia, pero con una actitud firme y serena, subió al coche de uno de sus oficiales, en compañía de los generales Bertrand, Rovigo y Beker. La víspera se le habia propuesto entregarse voluntariamente á los extrangeros, al Emperador Alejandro. « El sacrificio sería » hermoso, dijo, pero una nacion de treinta » millones de almas que lo permitiria, perderia » el honor para siempre. »

La comision, por un mensage de 30 de junio, dió parte á las dos Cámaras de las consideraciones graves que la habian obligado á alejar á Napoleon de Paris. El Emperador anunció que no se detendria en el camino; pero quiso dormir en Rambouillet. Durante la noche, despachó correos sobre el camino de Paris para tener noticias. Se lisongeaba que el gobierno, viendo la inminencia del peligro, le llamaria. Al amanecer llegó un correo con pliegos, y despues de haberlos leído, dijo con un acento triste al general Beker: *Todo está acabado; la Francia está perdida, marchemonos.* A las ocho de la mañana, salió de la residencia imperial, despues de haber encargado al alcaide que le enviase algunos muebles. Pidió tambien al gobierno la biblioteca de Trianon, que constaba de dos mil doscientos volúmenes, y un ejemplar de la Iconografía de Visconti y de la Descripcion del Egipto, uno de los monumentos de su gloria y de su munificencia, de que habia dotado á la Francia. La Cámara de los diputados acogió este deseo que contrastaba de un modo singular con el poder de un hombre que, poco hacia, tenia en sus manos el destino de 150 millones de hombres.

El mismo dia de la salida, quince generales y el ministro de la guerra firmaban en el campo de la Villette, á las puertas de Paris, una carta dirigida á la Cámara de los representantes, en que decian: « Estamos enfrente de nuestros enemigos. *Juramos en vuestras manos á la faz del mundo de defender hasta el último suspiro, la causa de nuestra independencia y del honor nacional. Se nos quiere imponer los Borbones.... En nuestros sucesos se nos ha visto grandes y generosos; en la desgracia, si se nos quiere humillar, sabremos morir....* » En el mismo momento, la Cámara dirigia al pueblo frances una proclama redactada en el mismo sentido; acababa de extender el proyecto de una nueva constitucion, que todavía hubiera podido reunir todos los ánimos, y proporcionar á la patria otros tantos defensores como ciudadanos; con este motivo, se habian oido en el seno de la asamblea legislativa los gritos de *Viva Napoleon II!* mezclando así el nombre del jóven príncipe á las esperanzas de la libertad consagrada por el nuevo código. El general Lamarque acababa de pacificar el Vendée. Pero el presidente del gobierno que obraba por su

lado, dió el último golpe á la Francia notificando á las Cámaras, el 2 de julio, que se estaba tratando de un armisticio en el cuartel general del duque de Vellington.

Napoleon en llegando á Niort fue recibido triunfalmente, y como en varias otras partes habia sucedido lo mismo, y viendo que los oficiales y soldados, así como la mayor parte de los habitantes manifestaban la mas viva adhesion á su persona, se dejó entusiasmar y mandó al general Beker que diese parte al gobierno de cuanto pasaba. *Decidle tambien que conoce mal el espíritu de la Francia y que se ha dado demasiada prisa en alejarme; que si hubiese admitido mi proposicion los negocios hubieran podido mudar de semblante; que todavía podría, en nombre de la nacion, ejercer mucho influjo, apoyando las negociaciones con un ejército, á quien mi nombre daría mucha fuerza.* El general Beker acababa de cerrar el pliego que contenia estas palabras memorables, cuando se oyó un fuerte cañoneo, el Emperador mandó añadir lo que sigue: « Esperamos que el enemigo nos dará tiempo para cubrir Paris y ver el éxito de las negociaciones. Si en esta situacion los

» cruceros ingleses estorban la salida del Emperador, podreis disponer de su persona como de un general que desea únicamente ser útil á la patria. » El general Beker pedia igualmente en su nombre que se autorizase al capitán de la fragata para comunicar con el comandante de la escuadra inglesa para tratar de su seguridad personal, y para evitar á la Francia el dolor y la vergüenza de verle entregado al alvedrío de sus enemigos. El 3 Napoleon llegó á Rochefort, donde el enemigo avisado de antemano por la traicion, tenia establecidos sus cruceros. La contestacion á la carta enviada de su orden por el general Beker, llegó el 4. El ministro de la guerra decia: *Las guarniciones de Rochefort y de la Rochelle deben auxiliarnos para hacer embarcar á Napoleon.* La comision de gobierno escribia igualmente: *Napoleon debe embarcarse inmediatamente..... Hubiera podido hacerlo el 30..... Valeos de la fuerza..... Obligadle á que salga..... Es preciso que se embarque.... Sus servicios no pueden ser admitidos, porque nos hallamos comprometidos con las potencias extrangeras..... La comision halla inconvenientes en que el Emperador comunique con*

*la escuadra inglesa.... No puede dar la autorización pedida. No quedaba otro recurso que arriesgar el paso sobre las fragatas. Napoleon mandó echar á la vela; el viento era favorable para escapar á los Ingleses, y en el caso que no fuese posible evitarlos, una de las dos fragatas, empeñando un combate, daba á la otra tiempo para salvar Napoleon. Así hubieran cumplido todos con su deber; pero el comandante, llamado por Napoleon, le manifestó las instrucciones que tenia; decian así: *El gobierno ha mandado armar las fragatas para trasladar á Napoleon á los Estados- Unidos. Todo cuanto os veais precisado á hacer para cumplir con vuestro encargo quedará aprobado, y no hareis nada de sobra para salvar el honor del gobierno, aunque sea arriesgando vuestros navíos y vuestra libertad.* Pero como esta ultima frase presentaba cierta ambigüedad, y el comandante hubiera podido interpretarla en un sentido generoso, la comision añadia: **SE OS PROHIBE CUMPLIR CON VUESTRA MISION SI LOS NAVIOS DEL ESTADO HAN DE CORRER ALGUN PELIGRO.** Demasiado manifiesto estaba el peligro. De suerte que el único recurso preparado para Napoleon cuando em-*

prendió su viage á Rochefort, informando á Wellington donde iba el Emperador, pidiéndole un salvo conducto, consistia en que se entregase él mismo á los mandatarios de los vencedores de Waterloo! Fue tanto mas chocante el ver al comandante de las fragatas francesas negarse á lo que Napoleon pedia, cuanto que un navío dinamarques, mandado por M. Besson, oficial frances, señaló el camino á las fragatas, saliendo del puerto á la vista de Napoleon, sin que los cruceros pudiesen estorbarlo!!!

El 3 de julio, dia en que Napoleon no podia salir en un navío frances, en el palacio de San Cloud, en donde tantas veces recibió á la Francia y á la Europa, hecho cuartel general de Blucher, se firmó por el baron Bignon, el general Guilleminot y el conde de Bondy, el convenio que entregaba Paris á los aliados y echaba al ejército frances al otro lado del Loire, para recibir allí un decreto de disolucion. El 5 del mismo mes se leyó el convenio en el *Monitor*, al lado de otro documento muy diferente, *la declaracion de los derechos de los Franceses y de los principios fundamentales de su constitucion*, en que la Cámara de los

representantes declaraba que, á pesar de la ocupacion de Paris por las tropas aliadas, seguiria en sus tareas y que contaba con el respeto de las potencias para la independenciam de la nacion, etc., etc.

El 6, la guardia nacional parisiense declaró, por el órgano de sus gefes, que se honraba con conservar para siempre los colores nacionales que no podian ser abandonados sin peligro. Inmediatamente despues de esta declaracion, el *Monitor* publicaba la siguiente declaracion del rey á los Franceses.

« Luego que he hallado abierta una puerta
» de mi reino, me he dado prisa en venir.....
» No he permitido que ningun príncipe de mi
» familia se mezclase á las filas de los extran-
» geros.... Mi gobierno habia de errar y acaso
» ha errado.... Hay tiempos en que las inten-
» ciones las mas puras no bastan para diri-
» gir.... Prometo, yo que nunca he prometido
» en vano (la Europa entera lo sabe), perdo-
» nar á los Franceses extraviados todo cuanto
» ha pasado desde el dia en que he salido de
» Lille, enmedio de tantas lágrimas, hasta el
» dia que he entrado en Cambray, enmedio de
» tantas aclamaciones. Sin embargo, la sangre

» de mis vasallos ha sido derramada por una
» traicion sin ejemplar en los anales del mundo.
» Esta traicion ha traído al extranjero al
» seno de la Francia; debo pues para la digni-
» dad de mi trono, y para el reposo de la Eu-
» ropa, exceptuar del perdon á los instigado-
» res y autores de esta trama horrenda. Una
» ley especial, propuesta á las Cámaras, que
» pienso convocar muy en breve, señalará á
» los reos.

» Cambray, 28 de junio.

» LUIS.

» EL PRÍNCIPE DE TALLEYRAND. »

En una situacion tan cruel, en que la tierra y el mar estaban igualmente cerrados á Napoleón por el gobierno provisional y por la coalicion, el héroe tenia la generosidad de desentenderse de las vivas y repetidas instancias que le hacian el ejército victorioso de Lamarque en el Vendée y el que mandaba Clausel en Burdeos. La guerra civil le horrorizaba, y para que nada faltase á la inmensidad de su sacrificio, despidió con las lágrimas en los ojos á sus antiguos compañeros, generales, oficiales y soldados, que venian á ponerse á su disposi-

juzgado con acierto el paso dado por Fouché cerca de Wellington.

Entretanto, el enemigo progresaba y amenazaba los alrededores de la Malmaison; Blucher tenia ya partidas hácia Saint-Germain, y Beker, por orden de Napoleón, mandó quemar el puente de Chatou, el del Pec habiendo sido entregado al enemigo por un Frances, que despues tuvo la desvergüenza de pedir y lograr una recompensa por esta traicion. Entretanto, se apuraba á Napoleón para que saliese, á pesar de que Wellington hubiese contestado negativamente sobre el pasaporte pedido á los Ingleses. El 28 Napoleón, por fin, prometió que se pondria en camino el día siguiente.

Pero antes de subir al coche, oyó un cañonazo. Esta explosion fue eléctrica para su alma guerrera. « Que se me nombre general, dijo con accion al general Beker, mandaré el ejército; voy á pedirlo; id al momento á explicar al gobierno que no quiero apoderarme de la autoridad, que quiero únicamente batir al enemigo y obligarle á conceder mejores condiciones al pueblo frances; luego despues seguiré mi viage. » Blucher habia

cometido la mas alta imprudencia, separándose de los Ingleses, y no hay duda que estaba perdido si se hubiese dejado obrar á Napoleón. Beker era Frances, conocia la importancia de una última victoria del gran guerrero para salvar la patria, y, á pesar de las ordenes rigorosas que tenia de guardar á Napoleón, salió al instante para Paris, confiado en la lealtad del Emperador. Pero Fouché, cuyos sentimientos no eran tan generosos, se alarmó y dijo á Beker: « Este hombre se burla de nosotros; sin duda se habrá marchado ya y estará á estas horas arengando á los soldados. » El general salió garante de la palabra de Napoleón; pero Carnot, que veia mas á lo lejos que sus compañeros, y que se hacia cargo de la importancia de la proposicion de Napoleón, inclinaba á volverle á poner á la cabeza del ejército; pero Fouché, con buenas y malas razones, logró determinar á sus colegas á no admitir la oferta, y se contestó al Emperador que las circunstancias y los empeños contraidos con las potencias extranjeras no permitian adoptar el plan que proponia. Carnot tuvo la comision de llevar esta decision á Napoleón, que se affligió y se in-

cion. Tenia evidentemente el derecho de apelar por última vez á las armas; pero si la fortuna hubiese seguido infausta, las desgracias que se hubiesen originado para la Francia, y para sus fieles amigos, no hubieran sido compensadas por la salvacion de su persona.

Napoleon residia en Rochefort, no como fugitivo, sino como un príncipe. Se le tributaban los mismos honores que en las Tullerías, pero el general Bertrand y el duque de Rovigo eran los únicos que comunicaban con él. El 8, despues de haber recibido noticias desagradables, el Emperador se embarcó en una canoa para ir á dormir á bordo del *Saal*. La tripulacion de la fragata le tributó todos los honores debidos á su persona, á su rango, á su gloria y á su desgracia que le hacia mas grande y mas augusto. La mañana siguiente, bajó á la isla de Aix, y fue inmediatamente á visitar la plaza; pasó revista á la guarnicion y se vió rodeado por la poblacion que gritaba con entusiasmo: *Viva el Emperador!* Esta visita fue su última despedida de Francia como soberano. Volvió á bordo, donde halló un despacho del ministro Decrès, con fecha del 6, que daba parte al general Beker de un decreto

del gobierno provisional, cuyo tenor era: « Que si Napoleon queria ir á bordo del crucero ingles, ó salir directamente para Inglaterra, debia pedir de oficio al prefecto un » parlamentario; lo mismo debia hacer para » pedir un aviso si se decidia á embarcarse » para América. Bajo ningun pretexto, Napoleon podia desembarcar sobre el territorio » frances, sopena para el comandante de ser » declarado reo de ALTA TRAIACION. » En consecuencia de estas nuevas y repetidas instrucciones, se envió una pequeña embarcacion á la isla de Rhé, para conocer por las señas el número de buques ingleses y el sitio donde estaban. El informe llegó solamente el 10, y aumentó la irresolucion de Napoleon. Solo se resolvió á enviar al duque de Rovigo con el conde de Lascases como parlamentarios á la escuadra inglesa, para informarse si habian llegado los salvos conductos, y preguntar como se le recibiria en Inglaterra en caso de que fuese á pedir la hospitalidad al pueblo británico. A las dos de la tarde, los comisionados volvieron con la contestacion siguiente: « Que » el comandante de la escuadra pediria las órdenes del almirante », lo que debia emplear

tres ó cuatro dias. Esta circunstancia obligó á Napoleon á buscar otra vez los medios de escaparse sobre una embarcacion ligera. Entretanto el *Belerofonte*, á cuyo bordo habian llegado Rovigo y Lascases, los siguió y vino á fondear en la rada de los Bascos, de manera que los navíos de las dos naciones se hallaron á proximidad unos de otros.

En consecuencia, el 11, el general Lallemand salió para la ria de Burdeos con la corbeta la *Bayadera*. Los marineros de Rochefort salieron garantes por el capitan; pero el 12, Napoleon supo por los diarios que el gobierno real habia sido restablecido y que los aliados estaban en Paris. Entonces, viéndose precisado por la necesidad imperiosa á tomar un partido, Napoleon declaró que su voluntad era ir á refugiarse á bordo de la escuadra inglesa; mandó embarcar sus bagages sobre el *Epervier* y la *Sofia*, y volvió á la isla de Aix, donde quiso aguardar al general Lallemand. Sus ansias se aumentaron con la llegada de su hermano José, que le confirmó todas las noticias de Paris, y que le aconsejó tomar al instante mismo un partido cualquiera antes que el nuevo ministerio, en que figuraban Talley-

rand y Fouché, embargase todos los navíos del Estado, quitándole así todo medio de salvarse. En el mismo momento volvió Lallemand de su mision; la *Bayadera* se ponía á las órdenes de Napoleon. La ria de Burdeos estaba libre; ademas estaba pronto á salir un buque americano, por cuyo medio se podia engañar á los cruceros ingleses. Pero por otra parte, la bandera blanca tremolaba sobre los fuertes de la costa desde Rochefort á Burdeos. Sin embargo, y á pesar de este peligro, este partido era el mejor; pero la idea horrorosa de ser arrestado por una patrulla y entregado á una comision militar ó á un Preboste por haber vuelto á poner los pies sobre el continente frances en contra de las instrucciones recibidas recientemente, retrajo á Napoleon y despues de despedirse de José, que se embarcó en Rochefort para América, se decidió á salir por la noche del 13 al 14 sobre un navío dinamarques con Bertrand, Rovigo, Lallemand y Gourgaud. Un accidente doméstico hizo mudar de repente esta resolucion saludable.

Habia llegado el 14, el tiempo apuraba; Napoleon resolvió por fin que Lascases y Lallemand irian como parlamentarios á la escuadra

inglesa para buscar la contestacion á las proposiciones hechas el 10. El capitan Maitland, comandante del *Belerofonte*, les dijo: «Que estaba aguardando por instantes las órdenes relativas á los salvos conductos; pero que si el Emperador queria desde ahora embarcarse para Inglaterra, se hallaba con la autorizacion necesaria para llevarle y tratarle con el respeto y las atenciones debidas al rango que habia ocupado. » El capitan añadió: « Que segun su opinion particular, (lo que confirmaron varios otros capitanes presentes) no habia duda de que Napoleon recibiria una acogida favorable; que en aquel pais, el príncipe y los ministros no ejercian el poder arbitrario como en el continente; que el pueblo ingles tenia una generosidad de sentimientos y una liberalidad de opiniones, superiores á la misma soberanía. » Estas protestas encubrian la mas odiosa traicion, y no eran sino subterfugios para atraer la noble víctima. En efecto, el capitan que daba estas explicaciones tan satisfactorias habia recibido desde el 7 de julio, de lord Keith, por el intermedio de sir Henrique Hotham, la orden de procurar por todos los medios inter-

ceptar á Bonaparte. « Si llega á ser cogido, » escribia el almirante, me le conducireis á esta bahia (Plymouth) porque tengo órdenes para disponer de su persona. » En otra carta del 8 decia: « Si teneis la fortuna de interceptarle, le trasladareis con su familia á bordo del navío que mandais, custodiándole con mucho cuidado; volveréis inmediatamente; impedireis toda comunicacion con la tierra y guardareis el mas profundo secreto hasta que recibais órdenes ulteriores del almirantazgo. » Napoleon, cuya alma generosa no podia sospechar la alevosía de unos hombres que manifestaban tanta lealtad, admitió la hospitalidad del *Belerofonte*, con una noble confianza. Este sentimiento se manifiesta en el grado mas alto en la carta que mandó escribir al capitan Maitland por el gran Mariscal, y mas aun en la siguiente que envió al príncipe regente de Inglaterra por el general Gourgaud.

« ALTEZA REAL,

» Acosado de las facciones que dividen mi pais, y perseguido por la enemistad de las mas grandes potencias de la Europa, he dado

» fin á mi carrera política, y vengo como Te-
 » místocles á sentarme en medio de los hogares
 » del pueblo británico. Me pongo bajo la pro-
 » teccion de sus leyes, la que reclamo de
 » V. A. R. como del mas poderoso, del mas
 » constante y del mas generoso de todos mis
 » enemigos.

» Rochefort, 13 de julio de 1815.

» NAPOLEON. »

El general Gourgaud, á pesar del convenio
 hecho con el capitán Maitland, y de las faci-
 lidades ofrecidas para que pudiese entregar la
 carta de Napoleon al príncipe regente, no
 pudo lograr del almirante Keith el permiso
 para desembarcar.

El 15, Napoleon subió á bordo del *Epervier*,
 y al momento de despedirse del general Beker,
 le dijo estas hermosas palabras que recuerdan
 las de Craso á sus soldados: «Retiraos, general;
 » no quiero que se pueda creer que un Fran-
 » ces me ha entregado á mis enemigos. » An-
 » teriormente Napoleon le habia puesto en las
 » manos una copia de su carta al príncipe Re-
 » gente, añadiendo :

« Supuesto que soy un obstáculo á la paz
 » de la Europa, no puedo dar mayor prueba
 » de mi condescendencia á sus deseos que en-
 » tregarme á la potencia que dirige la po-
 » lítica del continente.

» Desde ahora, es la posteridad la que ha de
 » juzgar la conducta de los soberanos para con
 » la Francia.

» Ojalá la paz de la Europa sea el resul-
 » tado de mi abdicacion; y el emperador
 » Alejandro sostenga el carácter de gran-
 » deza y de magnanimidad que ha manifes-
 » tado en algunas circunstancias memorables
 » de su reinado; y no olvide que, atendida la
 » situacion en que se halla la Europa, la
 » tranquilidad de la Rusia estriba en la con-
 » servacion de la antigua Francia, etc. »

Al poner los pies á bordo del *Belerofonte*,
 Napoleon dijo al capitán: «Vengo á vuestro
 » bordo á ponerme bajo la proteccion de las
 » leyes inglesas. »

A las tres, llegó el almirante Hotham sobre el
 navío de 74 el *Soberbio*. Visitó á Napoleon á
 quien convidó á que viniese á visitar su navío
 al dia siguiente, lo que hizo Napoleon y al-
 morzó allí con toda su comitiva. Pero antes de

bajar del *Belerofonte*, se detuvo sobre el puente donde estaba formada la guarnicion y la hizo maniobrar. Los vientos contrarios y la calma que siguió fueron causa de que el Emperador permaneciese nueve dias sobre el *Belerofonte*, donde se le tributaron constantemente los mayores testimonios de respeto y admiracion. En fin, el 24 ancló en la rada de Torbay. Allí vino Gourgaud con la noticia fatal de no habersele permitido cumplir con su encargo. Se le habia quitado la carta del príncipe regente, lo que hacia pronosticar un desgraciado porvenir. Las aclamaciones públicas fueron la única compensacion que tuvo Napoleon en su infortunio. Luego que se supo que estaba á bordo del *Belerofonte*, el mar se cubrió de embarcaciones y los gritos de entusiasmo que salian de estos buques fueron tan unánimes, que el capitan temió que se le quitase á su huésped, y mandó apartar á las embarcaciones con los remos. Dos dias despues recibió la órden de aparejar para Plymouth, donde el gobierno debia hacerle conocer su resolucion sobre Napoleon.

En Plymouth hubo todavía mas gente que en Torbay. Los diarios habian anunciado á la

Inglaterra la llegada de Napoleon; la poblacion parecia haber venido entera á Torbay, para verle y honrar al grande hombre del siglo. Los caminos estaban cubiertos de coches; el mar desaparecia bajo las innumerables lanchas que procuraban acercarse al *Belerofonte*. A la hora en que Napoleon se dejaba ver sobre el puente, toda esa muchedumbre le saludaba y llenaba los aires de aclamaciones. Napoleon contemplaba con emocion este respeto y este interes universal del pueblo británico; veia que tambien en Inglaterra tenia la popularidad de la gloria, y que la desgracia le ponía en paz con aquel gran pais. La acogida triunfal que recibia en el primer puerto de la Gran-Bretaña, debia parecerle un presagio de una hospitalidad generosa. Pero el gobierno ingles no consultó á la nacion, y luego el *Belerofonte* fue rodeado de canoas armadas que rechazaron los expectadores á fusilazos. Algunos ingleses perecieron de resultas de la brutalidad con que se ejecutó la órden de aislar al *Belerofonte*. Semejante violencia, tan repentina contra los que venian á honrarle, dió á conocer á Napoleon el secreto de su cautiverio. Por otra parte no habia recibido en

llegando á la rada de Plymouth la visita del almirante Keith, como del almirante Hotham en la de Rochefort. Sin embargo, los Ingleses ignoraban las resoluciones de su ministerio; se les engañaba en Plymouth, como se habia engañado á Napoleon en Torbay. Siempre conservaban la esperanza que el sentenciado por la fortuna no tenia ya que recelar de los hombres; pero se equivocaban. El 3o de julio, el lord Keith vino á bordo del *Belerofonte* con el caballero Banbury sub-secretario de estado. Despues de haber sido admitidos á la presencia de Napoleon le entregaron un documento ministerial en que se leía: «.....No conviene á
 » nuestros deberes para con nuestro pais y á
 » nuestros aliados, que el general Bonaparte
 » conserve los medios de turbar de nuevo la
 » paz del continente. La isla de Santa-Helena
 » queda elegida para su residencia futura; el
 » clima es sano, y la situacion local permitirá
 » que se le trate allí con mas indulgencia que
 » en otra parte, atendidas las precauciones indispensables que se habrian de tomar para
 » asegurar su persona.»

Al oír esta resolucion, Napoleon opuso las mas enérgicas reclamaciones. En el primer

momento, parecia resuelto á morir antes de obedecer á un decreto tan cruel. « La sola
 » idea de Santa-Helena me horroriza, decia.
 » Verse relegado por toda la vida en una isla
 » entre los Trópicos, á una distancia inmensa
 » de todo continente, privado de toda comunicacion con el mundo y con todo cuanto
 » tiene parte en mis afectos, es peor que
 » la jaula de Tamerlan! Tanto hubiera valido
 » firmar inmediatamente la sentencia de mi
 » muerte.» Pero estas justas quejas no fueron oídas, la resolucion era irrevocable, y si Napoleon hubiese querido resistir habia orden para valerse de la fuerza. El ilustre cautivo no quiso comprometerse con semejantes enemigos; entonces, apelando á su alta razon, dirigió á lord Keith la carta siguiente que no tiene igual en la historia de las grandes víctimas de la inconstancia de la fortuna:

« Protesto formalmente á la faz del cielo y
 » de los hombres, contra la violencia que se
 » me hace, disponiendo por la fuerza de mi
 » persona y de mi libertad. He venido libremente á bordo del *Belerofonte*. No soy el
 » prisionero, sino el huésped de la Inglaterra,
 » donde he venido instigado por el capitan

» que dijo que tenía órdenes del gobierno
 » para recibirme y conducirme á Inglaterra
 » con mi comitiva, si así me conviniese. Me he
 » presentado de buena fe, para ponerme bajo
 » la proteccion de las leyes inglesas. Luego
 » que me ví en el *Belerofonte* me hallé en los
 » hogares del pueblo británico. Si el gobierno,
 » en dando órden al capitan del *Belerofonte*
 » de recibirme con mi comitiva, ha querido en-
 » gañarme, ha faltado al honor y marchitado
 » su pabellon. Si se consuma semejante aten-
 » tado, en vano los Ingleses hablarán de su
 » lealtad, de sus leyes y de su libertad. La fe
 » británica se hallará perdida en la hospitali-
 » dad del *Belerofonte*. Apelo á la historia que
 » dirá que un enemigo que durante veinte años
 » hizo la guerra á los Ingleses, vino libremente
 » en su infortunio á ponerse al amparo de sus
 » leyes. ¿Qué prueba mas grande podia dar de su
 » aprecio y confianza? Pero ¿cómo se ha contes-
 » tado en Inglaterra á semejante magnanimi-
 » dad? Se aparentó dar una mano hospitalaria
 » á este enemigo, y luego que se entregó de
 » buena fe, quedó inmolido!

» A bordo del *Belerofonte*, en el mar.

» NAPOLEON. »

De manera que Napoleon se vió separado, de repente, de la Europa, y sustraído á la benevolencia pública del pueblo ingles por una sentencia secreta. Entonces se formó entre los oficiales de Napoleon un proyecto que podria llamarse la conspiracion de la desesperacion. Habia en la gran sala del navío bastantes armas para armar cincuenta personas. Los valientes que habian sobrevivido á tantas batallas, y superado tantos obstáculos, hubieran podido apoderarse del navío, y en caso de no lograr su intento, pegar fuego á la pólvora, y sepultarse con el Emperador en un naufragio comun. En un principio, Napoleon pareció adoptar este plan atrevido, pero la razon luego le hizo renunciar al proyecto.

El 4 de agosto, el *Belerofonte*, que no tenia los aparejos necesarios para un viage largo, se dirigió hácia el Este para aguardar al *Northumberland*, destinado para trasladar Napoleon á Santa-Helena.

Un accidente muy singular habia determinado la salida repentina de Plymouth. El almirante Keith pretendió haber tenido aviso, por el telégrafo, que un oficial público habia

salido de Londres con una orden de *habeas corpus*, para reclamar la persona de Napoleón. Este hombre se presentó en efecto el día 4. Se le vió á lo lejos, y lord Keith, para evitarle, tuvo que pasar á otro navío, y, al cabo, adelantarse en el mar, despues de haber tomado todas las precauciones para impedir que ningún auto se notificase al capitán. Lord Keith temblaba que su prisionero escapase á la proscripción, al amparo de las leyes británicas. No hubiera sido poco extraño ver á Napoleón en Londres, conducido á la cárcel por un sheriff, y devuelto de repente al imperio de la ley comun y sustraído á la sentencia ilegal y despótica improvisada contra él por el congreso de Viena trasladado á Paris. Las medidas tomadas por lord Keith eran tanto mas urgentes cuanto nada hubiera podido ni en Torbay, ni en Plymouth, impedir que un oficial público desempeñase sus funciones.

Los almirantes Keith y Cockburn vinieron á bordo del *Belerofonte* y entregaron á Napoleón un extracto de sus instrucciones que contenia lo que sigue: « Se desarmará á Napoleón » y á su comitiva. El almirante Cockburn vi-

» sitará los muebles y se apoderará de los diamantes, del dinero y otros valores que pueden favorecer una evasión. Estas cantidades serán administradas para subvenir á sus necesidades. Se preveia el caso de muerte. El general (título que se daba á Napoleón) puede disponer de sus bienes por testamento. El general será tratado como prisionero, si procura evadirse. Todas sus cartas y las de sus compañeros serán leídas por el gobernador. Los generales Bertrand, Montholon, Gourgaud y el chambellan Lascazes pudieron seguir á la víctima; los generales Savary, duque de Rovigo, y Lallemand, ambos sentenciados á muerte, quedaban excluidos del número de sus compañeros de infortunio. Jamás gobierno europeo, desde la civilización, habia manifestado una política tan atroz y tan vil. El temor que Napoleón infundia á sus enemigos recaia sobre él, y el odio británico no hallaba bastantes precauciones para tranquilizarse, así como á sus magnánimos aliados.

El 2 de agosto, la Gran Bretaña, el Austria, la Prusia y la Rusia firmaron el siguiente convenio:

» Hallándose Napoleón Bonaparte en poder

su gabinete á Gourgaud : « Mejor hubiera » hecho de no abandonar el Egypto ; hubiera » podido mantenerme allí. La Arabia está » aguardando un hombre ; con los Franceses » en reserva , y con los Arabes y los Egypcios » como auxiliares , me hubiera apoderado de » la India , y hubiera dominado al Oriente. » El 15, día de su fiesta , que se celebró á bordo del navío , Napoleon no pudo dejar de echar una mirada sobre las épocas anteriores de esta solemnidad anual y de prorrumpir con estas tristas palabras : « Qué diferencia con lo que » hemos visto cuando la Francia entera estaba » llena de júbilo ! »

El 17 de agosto, el *Northumberland* pasó á la vista del Cabo de la Hoga. Allí saludó Napoleon por la última vez á la Francia con estas palabras dignas de él : « Adios , adios , tierra » de los valientes ! Adios, querida Francia ; con » algunos traidores menos , todavía serias la » gran nacion y la dueña del mundo ! » El profundo convencimiento de esta verdad era el motivo por el que sus implacables y cobardes enemigos le trasladaron á la isla de Santa-Helena.

El 24 , el comboy se detuvo en Madera y el

día siguiente se dirigió hácia Santa-Helena. Durante un viage tan largo, Napoleon, siempre impertérrito, no se desmintió un solo momento. Los suyos le trataban siempre como á un Emperador , y los Ingleses como á uno de los primeros guerreros y de los hombres mas grandes del mundo. La admiracion que Napoleon inspiraba á la tripulacion era tal, que el almirante Cockburn temió verle hacerse dueño del navío. Este mismo oficial , convencido de la falta que el ilustre cautivo hacia á la Europa y previendo que algun dia su patria misma podria necesitar de él, decia algunas veces : « Acaso un dia veremos á una es- » cuadra inglesa volver con Napoleon á Euro- » pa. » Estas palabras eran trascendentales. En efecto, si Napoleon hubiese sobrevivido á su infortunio , la Gran Bretaña no le hubiera dejado en Santa-Helena, y no cabe duda que hoy le llamaria al socorro de su poder, atacado por todas partes. Los vientos siguieron favorables á la venganza de los reyes : el 14 de octubre, Napoleon atisbó la peña donde iba á residir , y el 15, la escuadra ancló á la vista de Santa-Helena. Al ver la isla de mas cerca , Napoleon no pudo menos de decir á sus amigos :

« Esta residencia no tiene nada de hermoso;
 » mejor hubiera hecho de quedarme en Egipto;
 » seria hoy Emperador de todo el Oriente. »
 El 17, á las siete y media, ciento y once dias
 despues de haber salido de Paris, Napoleon
 desembarcó con el mariscal Bertrand y el al-
 mirante ingles.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO-SEPTIMO.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

NAPOLEON EN SANTA-HELENA.

CAPITULO PRIMERO.

ESTABLECIMIENTO DE NAPOLEON EN SANTA-HELENA. — SU
 VIDA. — EL GOBERNADOR HUDSON LOWE. — SU TIRANIA
 PARA CON EL PRISIONERO.

(De 1815 a 1821.)

La generosa tripulacion del *Belerofonte* ha-
 bia visto con dolor á Napoleon pasar en me-
 dio de los homenages del pueblo británico,
 bajo los cerrojos del *Northumberland*. La tri-
 pulacion de este último navío, sensible á un
 infortunio tan augusto, no vió con indiferen-
 cia al héroe del siglo aportar al suelo que le
 habia de devorar. El silencio, las lágrimas de

» de los soberanos aliados, SS. MM. los em-
 » peradores y reyes, etc. En conformidad de
 » las estipulaciones del 25 de marzo de 1815,
 » sobre las medidas para impedir toda em-
 » presa de su parte contra la tranquilidad
 » de la Europa, han convenido lo siguiente :

» Art. 1°. Napoleon será considerado por las
 » potencias que han firmado el tratado de 20
 » de marzo próximo pasado, como su pri-
 » sionero.

» Art. 2°. El gobierno británico queda con
 » el encargo especial de custodiarle, y con la
 » elección del lugar y de las medidas oportu-
 » nas para asegurar la ejecución de la pre-
 » sente estipulación.

» Art. 3°. Las cortes imperiales de Austria
 » y de Rusia, y la corte real de Prusia nom-
 » brarán comisarios para residir en el lugar
 » donde se conduzca á Napoleon.

» Art. 4°. Se avisará á S. M. Luis XVIII para
 » que envíe igualmente un comisario frances
 » con el mismo destino.

» Art. 5°. S. M. el rey del reino unido de
 » la Gran Bretaña é Irlanda se obliga á cum-
 » plir con las condiciones que se le imponen
 » en el presente convenio. »

Es de notar la prontitud con que se eje-
 cutó la sentencia. El almirante Keith, en
 compañía del almirante Cockburn, vino á no-
 tificarla á Napoleon sobre el *Belerofonte* en
 la rada de Stirpoint, el 6 de agosto. El día
 siguiente, á las dos de la tarde, Napoleon tuvo
 que dejar la hospitalidad engañadora del *Be-
 lerofonte*, para entrar en la cárcel del *Nor-
 thumberland*. Allí el tono de sus alcaydes ó
 carceleros mudó enteramente. Se cubrían en
 su presencia y afectaban de dar únicamente
 el tratamiento de general al soberano recono-
 cido como Emperador, el año anterior, por lord
 Castlereagh en la negociacion de Chatillon.

Esta época, la señalará la historia bajo el
 nombre de la época de las violaciones. Las
 capitulaciones de Dresde, de Dantzick y el
 convenio de Paris quebrantados, pronostica-
 ban que no se respetaria un derecho no me-
 nos sagrado con la persona de Napoleon que
 no pudo bajarse hasta creer que su infortu-
 nio y su confianza no serian respetadas por el
 gobierno de una gran nacion. Se equivocó
 como se hubiesen equivocado Alejandro ó Ce-
 sar en tal caso. El 10, la escuadra echó á la
 vela para Madera; el 11, Napoleon decia en

« Esta residencia no tiene nada de hermoso;
 » mejor hubiera hecho de quedarme en Egipto;
 » seria hoy Emperador de todo el Oriente. »
 El 17, á las siete y media, ciento y once dias
 despues de haber salido de Paris, Napoleon
 desembarcó con el mariscal Bertrand y el al-
 mirante ingles.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO-SEPTIMO.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

NAPOLEON EN SANTA-HELENA.

CAPITULO PRIMERO.

ESTABLECIMIENTO DE NAPOLEON EN SANTA-HELENA. — SU
 VIDA. — EL GOBERNADOR HUDSON LOWE. — SU TIRANIA
 PARA CON EL PRISIONERO.

(De 1815 a 1821.)

La generosa tripulacion del *Belerofonte* ha-
 bia visto con dolor á Napoleon pasar en me-
 dio de los homenages del pueblo británico,
 bajo los cerrojos del *Northumberland*. La tri-
 pulacion de este último navío, sensible á un
 infortunio tan augusto, no vió con indiferen-
 cia al héroe del siglo aportar al suelo que le
 habia de devorar. El silencio, las lágrimas de

los oficiales, de los marineros y de la guarnición del bordo, mudos y proféticos, honraron á los Ingleses y á la víctima de sus horrendo gobierno. Napoleon acababa de pasar sus tres últimos meses de Europa á bordo del *Northumberland*. Una canoa le desembarcó de repente en Africa, donde se hospedó en una posada. El dia siguiente, fue á visitar, en compañía del almirante Cockburn y del general Bertrand, la casa de Longwood, á tres millas de la ciudad, que se le destinaba. A la vuelta se detuvo en una casa de campo, llamada *Briars*, y quiso establecerse allí el mismo dia, en un pequeño pabellon, dependiente de la casa de M. Belcombe, por no pasar otra noche en la posada, donde le incomodaba verse con centinelas de vista. La habitacion del pabellon era muy reducida, pero á lo menos el aire estaba libre y habia algunos árboles.

La pieza en que Napoleon mandó establecer su cama de campaña, sirvió á la vez de dormitorio, de sala de comer y de gabinete. Lascases y su hijo Manuel se establecieron en el desban, encima de Napoleon. A los alrededores, y hasta dos millas de distancia se dispersaron M. y Madama Bertrand; M. y Ma-

dama Montholon con sus dos hijos; el general Gourgaud y los criados de Napoleon. Se pusieron numerosas centinelas alrededor; la isla de Santa-Helena estaba hecha un ponton mandado por Sir Jorge Cockburn; sin embargo el cautivo no parecia todavía sentenciado á una muerte lenta é inevitable; se hallaba detenido en Santa-Helena unicamente como reo de alta confianza en el príncipe regente de Inglaterra; se le trataba todavía como un gran prisionero de Estado y tenia por compensacion los respetos de la familia del honrado y sensible M. Belcombe, que le prodigaba todas las atenciones compatibles con la vigilancia severa, aunque respetuosa, del almirante. Pero cuando los comisarios de los príncipes cristianos llegaron y fueron reunidos alrededor del carcelero de la Santa-Alianza, entonces la naturaleza horrorosa que crió las peñas estériles de Santa-Helena en medio de los abismos del mar y de los precipicios, no fue sino un débil auxiliar de la tiranía execrable que debe unir para siempre la inmortalidad del crimen al nombre de sir Hudson Lowe.

Napoleon encargó al capitán del *Bedpol*,

que volvía á Europa , la nota siguiente :

« NOTA. El Emperador desea tener por el primer navío que venga , noticias de su muger y de su hijo. Se aprovecha de esta ocasion para reiterar y dirigir al gobierno británico las protestaciones ya hechas contra las medidas extrañas adoptadas contra su persona.

» 1º El gobierno le ha declarado prisionero de guerra. El Emperador no es prisionero de guerra. Su carta al príncipe regente , comunicada al capitan Maitland antes de pasar á bordo del *Belerofonte*, prueba bastante al mundo entero las disposiciones y la confianza que le condujeron libremente bajo el pabellon ingles.

» El Emperador hubiera podido no salir de Francia, sino despues de haber estipulado condiciones sobre lo que era relativo á su persona ; pero se desdeñó de mezclar los intereses personales con los grandes intereses que le ocupaban constantemente. Hubiera podido ponerse á la disposicion del emperador Alejandro , que habia sido su amigo , ó del Emperador Francisco su suegro ; pero , lleno de confianza en la nacion inglesa , no quiso tener otra proteccion que la de las leyes y renun-

ciando á los negocios públicos, ha buscado un pais donde leyes fijas afianzan la seguridad personal.

» 2º Si el Emperador fuera prisionero de guerra , los derechos de las naciones civilizadas sobre un prisionero de guerra , se hallan arreglados por el derecho de gentes y por otra parte acaban con la guerra.

» 3º Si el gobierno inglés considera al Emperador como prisionero de guerra , aunque sea con arbitrariedad , su derecho se halla limitado por el derecho público : ó bien podia , supuesto que no se cangeaban los prisioneros en la guerra actual , adoptar con él los principios de los salvages que dan la muerte á sus prisioneros , lo que era mas humano y mas conforme á la justicia , que traerle á esta peña horrorosa. La muerte que se le hubiese dado á bordo del *Belerofonte* en la rada de Plymouth , hubiera sido un beneficio en comparacion.

» Hemos recorrido los paises los mas desgraciados de la Europa , y ninguno puede compararse á esta peña estéril. Privado de todo cuanto puede hacer soportar la vida , renueva á cada instante las angustias de la

muerte. Los primeros principios de la moral cristiana y el gran deber impuesto al hombre de conformarse con su destino, sea cual fuere, pueden impedirle de poner un término á tan horrorosa existencia. El Emperador hace consistir su gloria en aguantar sus males, pero si el gobierno británico persiste en sus violencias, la muerte será considerada como un beneficio. »

El capitán Desmont salió con esta nota, que tuvo la suerte de la sublime protesta del *Belefonte*. Napoleon no lo dudaba, y no esperaba nada de la generosidad del gobierno inglés; continuaba á refugiarse con serenidad á los recuerdos de su vida pasada. En efecto, desde el día de su llegada á Briars, empezó á notar á Lascases la campaña de Italia, y á Bertrand la de Egipto. Fiel á sus empeños, cumplía en Santa-Helena, en cuanto sus fuerzas se lo permitian, la promesa de la isla de Elba: *Escribiré las grandes cosas que hemos hecho*. Los generales Montholon y Gourgaud fueron también empleados alternativamente en escribir; no pudiendo ya manejar la espada, cada uno de ellos se veía reducido, como el héroe, á tomar la pluma; pero servían todavía

la Francia pintando la gloria de las campañas de Italia, de Egipto, la grandeza del consulado y la del imperio.

Apenas habían pasado quince días desde el desembarco en Santa-Helena, el clima atacaba ya la salud de Napoleon. Necesitaba absolutamente montar diariamente á caballo; pero como no pudo lograr del almirante que desempeñaba continuamente las funciones de gobernador, que no se le perdiese de vista en sus cortos paseos, dejó de montar. A pesar de que ya empezase á adolecer de sus enfermedades, Napoleon decía á sus compañeros: « Nuestra » situación puede también tener agrado. El » universo nos está mirando como á los mártires de una causa inmortal; millones de » hombres nos están llorando; la patria suspira y la gloria se cubre de luto..... Faltaba » la adversidad, para que mi carrera fuese » completa..... »

Otro día les decía: « Qué infame tratamiento » se nos hace!.... ¿Cómo es posible que los soberanos de la Europa dejen ajar en mi persona el carácter sagrado de la soberanía? ¿No » echan de ver que se asesinan á sí mismos » en Santa Helena? He entrado como vencedor

» en sus capitales; y si me hubiese portado con
 » ellos como lo hacen conmigo, ¿qué se hubiesen
 » hecho? Todos me han llamado su hermano;
 » lo era por la eleccion de los pueblos, por la
 » sancion de la victoria, por el carácter de la
 » religion y por las alianzas de su política y de
 » su sangre... Quejaos, señores, que la Europa
 » los conozca y se indigne.... Yo no puedo ha-
 » cerlo porque no conviene á mi dignidad;
 » mando ó callo.»

El 10 de diciembre, Napoleon tomó posesion de su último asilo. Hay en la isla sitios muy amenos con muchos árboles y hermosas habitaciones, entre otras, *Plantation house*. Una órden bárbara, venida de Londres, prohibia que Napoleon se estableciese allí; se le señaló Longwood, casa de campo del teniente-gobernador, construída anteriormente para servir de almacén de la compañía de Indias y edificada en un páramo á dos mil pies de altura, y expuesto á toda la inclemencia de las estaciones del año. Las variaciones repentinas de la atmósfera hacian pasar en una hora del verano mas ardiente al invierno mas rigoroso. En todo tiempo reinan en Longwood, tercianas y otras calenturas agudas y crónicas que pueden en

un momento alterar y destruir la salud mas robusta. No hay entre los moradores ningun ejemplar de vejez. La edad de cuarenta y cinco años parece haber sido señalada por la naturaleza como el término de la vida humana. Este era el retiro del dominador de la Europa, y el cementerio donde debia dejar sus cenizas; por eso Napoleon decia: « Este pais es mortífero; donde no se crian flores no pueden vivir los hombres; los dignos discípulos de Pitt no lo han echado en olvido; trasformar el aire en instrumento de muerte es una idea que no han tenido los mas fieros de nuestros proconsules; pero sí el ministerio inglés.»

La casa de Longwood se compone de veinte pequeñas piezas, todas hechas de madera. Durante nueve meses la humedad las penetra, y durante los tres restantes, el sol de los Trópicos, que hiere verticalmente, derrite la brea que las cubre. Napoleon ocupaba una sola pieza colgada de mahon pardo, con papel verde. Dos ventanas de ella daban sobre el acampamento del 54º regimiento; estaba adornada con el retrato del rey de Roma, los de las dos Emperatrices, el relox de Federico el Grande y la cama de hierro de Austerlitz. Algunas sí-

llas, una cómoda, un canapé cubierto de libros, y una mesa, en que habia una vajilla de plata y su gran necesario, componian todos los muebles del cuarto dormitorio de Napoleon. Al lado estaba un gabinete para bañarse y un poco mas lejos una mesa de trucos y una sala para comer, bastante oscura. Los oficiales de Napoleon estaban alojados, parte en la misma casa de Napoleon, y parte en las casas vecinas. Sus criados, en número de once, componian su casa doméstica. Un hombre excelente, médico muy sábio, el doctor O'Meara, adicto al ilustre cautivo, como un Frances viejo, hacia lo posible para suavizar las medidas tiránicas del gobierno ingles.

Ademas de la obra importante de sus Memorias, á cuya redaccion Napoleon asociaba á sus compañeros de infortunio, solia armar con ellos conversaciones del mayor interés. Muy natural era la propension de un hombre que habia ocupado al mundo durante veinte años, á recordar lo pasado y hablar á la posteridad de su gloria y de sus hazañas. Tambien le gustaba algunas veces echar unas miradas de águila sobre el porvenir de la Europa y sobre todo de la Francia.

Estaba hablando de su caída con mucha imparcialidad. « Se me ha reprochado, decia, de haber empleado á los nobles y á los emigrados; pero no son ellos los que han traído la restauracion, sino la restauracion que los ha resucitado. Los verdaderos reos son los intrigantes de todos colores y de todas doctrinas.... Fouché no es noble; Talleyrand no es un emigrado; Augereau y Marmont tampoco.... El buen M. de Segur, á pesar de su edad avanzada, me hizo ofrecer de seguirme.... Nada de todo eso me ha derribado, sino catástrofes imprevistas, inauditas, circunstancias forzósas, quinientos mil hombres á las puertas de la capital, una revolucion todavía reciente, una crisis demasiado fuerte para las cabezas francesas, y sobre todo, una dinastía nueva todavía. Hubiera vuelto á levantarme desde el mismo pie de los Pirineos, si hubiese sido solamente mi nieto; y con todo, no se puede dudar que fuí el verdadero electo de los Franceses..... He sido vendido por Marmont, á quien miraba como á un hijo, á quien fié mis destinos, enviándole á Paris al momento mismo en que consumaba su traicion y mi pérdida. He sido

» vendido por Murat , mero soldado , hecho
 » rey por mí , y á quien habia dado mi propia
 » hermana por esposa . He sido vendido por
 » Berthier , verdadero pavo , que fue transfor-
 » mado por mí en una especie de águila . He
 » sido vendido en el Senado , cabalmente por
 » los del partido nacional que todo me lo de-
 » bian.... Si un Macdonald , un Valence , un
 » Montesquiou me hubiesen vendido!.... Pero
 » me han sido fieles..... Que si se me opone la
 » tontería de Murat , contestaré con el talento
 » de Marmont. »

« San Juan de Acre tomado , decia otro dia ,
 » el ejército frances corria á Damas y Alep ; en
 » un instante se hallaba sobre el Eufrates ,
 » donde los cristianos de la Armenia , de la Sy-
 » ria y los Drusos se incorporaban á nuestras
 » filas ; las poblaciones enteras iban á conmo-
 » verse.... Hubiera alcanzado Constantinopla
 » y las Indias y mudado enteramente la faz del
 » mundo. »

En efecto , una sola circunstancia , poco im-
 portante al primer aspecto , habia interrumpido un destino tan asombroso . La presencia ,
 en San Juan de Acre , de sir Sydney Smith y
 de Phelipeaux , antiguo compañero de Napo-

leon en la escuela militar , ambos escapados del Temple por una traicion , fue indudablemente la causa del mal éxito de la expedicion de Syria.

Napoleon preveia , desde el año de 1816 , que en vano se queria contrarestar al movimiento dado por la revolucion francesa , cuyos principios habian cundido por todas partes . Las reflexiones que le inspiraban el estado de las cosas , pueden llamarse proféticas , y Napoleon , cautivo de la Santa- Alianza en el peñon de Santa- Helena , y pronosticando el triunfo de las ideas liberales , es uno de los fenómenos mas notables de la época extraordinaria , que la posteridad señalará con su nombre.

El 17 de abril de 1816 , el nuevo gobernador sir Hudson Lowe visitó á Napoleon en Longwood.

La eleccion hecha por el ministerio ingles de aquel sugeto para carcelero de su víctima , fue el último golpe de su barbarie . El almirante Cockburn , á quien se daba un sucesor tan perverso , habia desempeñado sus funciones con severidad , y acaso con demasiado rigor ; sin embargo , tenia un corazón humano y

bastante generosidad. Pero Hudson Lowe, acostumbrado á martirizar á los prisioneros franceses sobre los pontones, y cuya carrera militar habia sido señalada unicamente por acciones vergonzosas, venia de intento con el fin de ultrajar al Emperador caido. Nada olvidó, para atormentar mejor á su víctima, de todo cuanto pudo imaginar para incomodarle, así como á sus fieles compañeros. Se prohibió toda comunicacion con los habitantes de la isla, y particularmente con los oficiales del valiente regimiento 63º que le tributaban la especie de culto que un gran guerrero inspira siempre á sus mismos enemigos. El ódio del gabinete británico habia prohibido de antemano á Napoleon la posibilidad de tener noticias de su madre, de su muger, de sus hermanos y de su hijo; sus cartas, cuando se le permitia recibir algunas, llegaban abiertas. En vano pidió los diarios ingleses y franceses y los libros que se publicaban. Sir Hudson Lowe trataba á su augusto prisionero como á un reo á quien se pone incomunicado. Juzguese de la feroz barbarie del gobernador ingles por el rasgo siguiente; Napoleon habiendo sabido que uno, que acababa de llegar de Europa, habia

visto á Maria Luisa y habia hablado con su hijo, pidió que se le permitiese ver á este hombre; Hudson Lowe se negó con la mayor crueldad á darle esa satisfaccion.

Lord Holland y algunos otros ilustres individuos de la oposicion, se quejaron publicamente, en el parlamento, del modo infame con que se trataba á Napoleon. Pero lord Bathurst contestó con mentiras, asegurando entre otras cosas, que el prisionero de Santa-Helena tenia á su disposicion tesoros inmensos. Napoleon, luego que lo supo, notó de golpe la elocuente impugnacion siguiente, menos para confundir al ministro que para que le oyesen la Francia, la Inglaterra, la Europa y la posteridad.

« Quereis conocer los tesoros de Napoleon;
 » son inmensos, por cierto, pero se hallan ex-
 » puestos á la luz del dia, y son: el hermoso
 » puerto de Amberes y de Flesinga, en que
 » pueden caber un sin fin de navíos, abriga-
 » dos contra todo riesgo maritimo; las obras hi-
 » dráulicas de Dunkerque, del Havre, de Niza;
 » el puerto gigantesco de Cherbourg; las obras
 » marítimas de Venecia; los hermosos caminos
 » de Amberes á Amsterdam, de Maguncia á

» Metz, de Burdeos á Bayona; los pasos del
 » Simplon, del Montcenis; del Mont-Genèvre,
 » de la Corniza que abre los Alpes en cuatro
 » direcciones (en eso solo hallareis mas de
 » ochocientos millones), etc., etc. Los puen-
 » tes de Jena, de Austerlitz, etc., etc. Los
 » innumerables canales; el restablecimiento
 » de la mayor parte de las iglesias derribadas
 » durante la revolucion y la construccion de
 » otras muchas; la construccion del Luvre
 » y las inmensas obras de Paris, de Leon,
 » de Roma, etc. Las fabricas de toda clase
 » establecidas ó fomentadas; los museos, los
 » diamantes de la corona, todos comprados
 » con su dinero, etc., etc., etc.

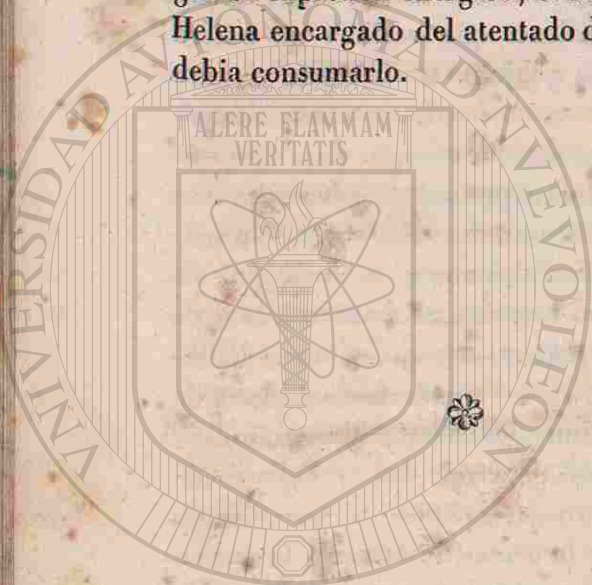
» He aquí lo que forma un tesoro de mu-
 » chos miles de millones, que durará siglos
 » enteros.

» He aquí los monumentos que han de con-
 » fundir á la calumnia!!!... La historia dirá que
 » esto se hizo en medio de guerras continuas,
 » sin acudir á empréstitos y disminuyendo
 » la deuda pública, así como las contribu-
 » ciones!!!..... »

Entretanto el gobernador de Santa-Helena
 seguia mortificando á Napoleon de todos mo-

dos; tuvo por conveniente venir á justificarse,
 echando la culpa al ministerio ingles que le
 imponia un deber riguroso. « Otro tanto hace
 » el verdugo, contestó el Emperador, ejecu-
 » tando las órdenes que recibe; no quiero
 » creer que un gobierno sea bastante vil para
 » dar las órdenes que haceis ejecutar.... Teneis
 » todo poder sobre mi cuerpo, pero ninguno
 » sobre mi alma, que es tan soberbia y tan
 » valiente como cuando mandaba la Europa.
 » Sois un esbirro siciliano y no un Ingles; os
 » ruego que no volvais mas, hasta que tengais
 » la orden de acabar conmigo; entonces halla-
 » reis todas las puertas abiertas. » A pesar de
 esta prohibicion, los sicarios de sir Hudson
 Lowe quisieron penetrar dentro del asilo de
 Napoleon; pero la amenaza de una defensa
 desesperada y la protesta reiterada de que no
 se violaria el derecho de su casa, sino pasando
 sobre su cadaver, le libertaron por fin de esta
 persecucion. Pero el ódio y la malignidad lo-
 graron su fin que era asesinarle con lentitud
 y de un modo infalible. En efecto, Napoleon,
 por no tener en adelante ninguna relacion con
 sus tiranos, resolvió confinarse enteramente
 dentro de su estrecha y fatal habitacion y ade-

lantó así, con el defecto de ejercicio, y sobre todo con el trabajo inmenso que necesitaba la redaccion de sus Memorias, la época en que, segun su expresion enérgica, el cielo de Santa-Helena encargado del atentado de su muerte, debía consumarlo.

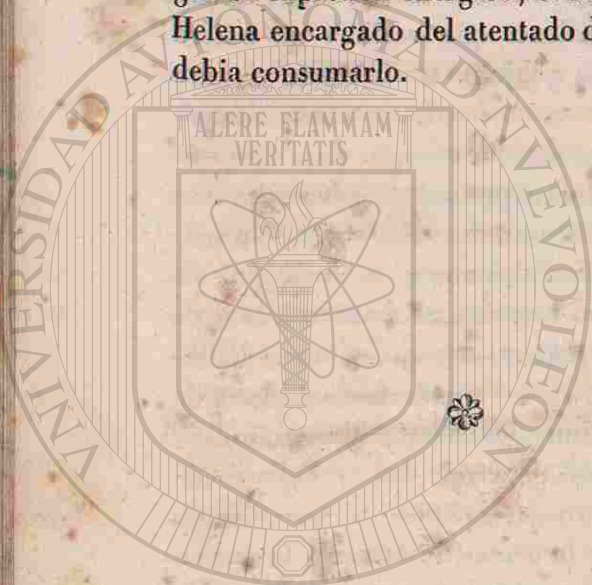


CAPITULO II.

ENFERMEDAD Y MUERTE DE NAPOLEON.

EL conde de Lascases, chambellan de Napoleon, á quien se deben los preciosos y tiernos recuerdos de los quince primeros meses de Santa-Helena, habia sido arrancado á la confianza y á la amistad del cautivo, por su implacable carcelero. Una carta insignificante, confiada á un viajante, sin haber sido presentada abierta al gobernador, fue la causa inocente de la separacion de M. de Lascases y del jóven Manuel, su hijo, niño entonces, que despues fue á vengar públicamente en Londres, sobre la persona de sir Hudson Lowe, los ultrajes hechos á su padre y á Napoleon que los vió, desde su ventana, arrastrados por los soldados. Con una barbarie igual, se le quitó el médico del *Northumberland*, O'Meara; era muy culpado á los ojos de Hudson Lowe; queria mucho á Napoleon, que tambien le profe-

lantó así, con el defecto de ejercicio, y sobre todo con el trabajo inmenso que necesitaba la redaccion de sus Memorias, la época en que, segun su expresion enérgica, el cielo de Santa-Helena encargado del atentado de su muerte, debía consumarlo.



CAPITULO II.

ENFERMEDAD Y MUERTE DE NAPOLEON.

EL conde de Lascases, chambellan de Napoleon, á quien se deben los preciosos y tiernos recuerdos de los quince primeros meses de Santa-Helena, habia sido arrancado á la confianza y á la amistad del cautivo, por su implacable carcelero. Una carta insignificante, confiada á un viajante, sin haber sido presentada abierta al gobernador, fue la causa inocente de la separacion de M. de Lascases y del jóven Manuel, su hijo, niño entonces, que despues fue á vengar públicamente en Londres, sobre la persona de sir Hudson Lowe, los ultrajes hechos á su padre y á Napoleon que los vió, desde su ventana, arrastrados por los soldados. Con una barbarie igual, se le quitó el médico del *Northumberland*, O'Meara; era muy culpado á los ojos de Hudson Lowe; queria mucho á Napoleon, que tambien le profe-

saba mucho afecto ; habia querido ahorrar un atentado á su patria , escribiendo al ministerio ingles que el clima de Santa-Helena era mortal para Napoleon. Para mayor desgracia, el general Gourgaud , que desde su vuelta á Europa no ha cesado de defender á Napoleon durante su vida y despues de su muerte , se vió obligado , por falta de salud , á separarse del soberano de su eleccion , de manera que Napoleon se vió privado de repente , de cuatro compañeros , que , por la diversidad de sus servicios y de sus talentos , contribuian cada día á hacer menos pesada su existencia. Solo quedaron los generales Bertrand y Montholon.

A pesar de las órdenes del gobernador , O'Meara habia dado cuenta á Napoleon de su salida. « El atentado será mas pronto , dijo » éste.... Cuando llegueis á Europa , id á ver » á mi hermano José y decidle que os dé el lio » que contiene las cartas particulares y confidenciales que me han escrito los emperadores Alejandro y Francisco , el rey de Prusia » y los otros soberanos de la Europa , que le » entregué en Rochefort.

» Las publicareis , para avergonzar á esos soberanos y descubrir al mundo los viles home-

» nages que me tributaban cuando me pedian » favores ó perdon , etc. , etc. Adios, O'Meara , » no volveremos á vernos ! Procurad ver á mi » hijo y decidle que jamás se olvide que ha » nacido príncipe frances !

El doctor Stokoë , cirujano del navío el *Conquistador* , reemplazó al doctor O'Meara , y fue despedido tambien por el gobernador. Napoleon se quedó sin médico durante mas de un año. Entonces , y cuando el mal se habia hecho ya incurable , llegó de Florencia el doctor Antomarchi con los capellanes Buonavita y Viñali , enviados de Roma por el cardenal Fesch ; los tres eran compatriotas de Napoleon. La primera entrevista con Antomarchi , el 23 de septiembre de 1818 despedazó su corazon conmovido por los recuerdos mas tiernos ; recibió entonces con el mayor jubilo el retrato de su hijo , al que miró mucho tiempo con los ojos bañados en lágrimas : « Querido hijo , exclamó , si no caes víctima » de alguna infamia política , no serás indigno » del que te dió el ser. »

Enmedio de los dolores crueles que le atormentaban , su mas dulce diversion consistia en llamar á los hijos del gran mariscal , en pre-

senciar sus juegos y componer sus pequeñas discusiones; pero nada le distraía de sus altos pensamientos, todos relativos á la Francia que ocupaba enteramente su alma grande y generosa, á la que se ha querido negar la sensibilidad. Atado á la peña de Prometeo, Napoleon hablaba con una ternura de hijo de la isla en que habia nacido: « La patria! la patria! Si Santa-Helena fuera la Francia, estaría con gusto sobre este peñon horroroso. » Los cuidados del médico y la docilidad del enfermo habian producido una mejora sensible en su estado; el 13 de noviembre paseándose en su jardin, aunque débil todavía, se sentó, y mirando tristemente á su rededor, dijo al doctor Antomarchi: « ¿Dónde está la Francia y su clima ameno: si me fuera posible verla aun! Si pudiera respirar á lo menos un aire que hubiese pasado por ese dichoso pais! Cómo alivia el suelo que nos ha visto nacer! Anteo restauraba sus fuerzas con tocar la tierra; este prodigio se renovaría en mí; lo conozo, me hallaria vivificado con solo atisbar las costas de Francia. Nuestras costas! No me acordaba ya que la cobardía ha hecho una sorpresa á la victo-

ria; no hay que apelar de sus decisiones. »

El año de 1819 pasó en unas alternativas de enfermedad y de alivio, que acabó con una recaída grave, cuyo resultado daba mucho cuidado; pero á pesar de sus males, la memoria de Napoleon, siempre presente y su imaginacion, mas viva que nunca, le recordaban los sucesos con una fidelidad admirable, y cuando los referia, se le escapaban unos rasgos de genio que llenaban de admiracion á sus fieles compañeros.

En los primeros meses del año de 1820, Napoleon parecia haberse restablecido, pero la ilusion duró poco; el mal era demasiado grave para curarse en un clima tan funesto. El doctor O'Meara, viendo los informes del doctor Stokoë y movido del tierno afecto que profesaba al ilustre cautivo, escribió el 20 de julio á lord Bathurst para recordarle todo cuanto le habia manifestado de la insalubridad del clima de Santa-Helena para Napoleon. La declaracion del doctor tan precisa como energética, hubiera debido disipar todas las dudas del ministro ingles; acababa pidiendo que se le permitiese volver á Santa-Helena para cuidar de la salud del PACIENTE. La expresion tan

enérgica de *Paciente* habia sido propuesta por el gran-mariscal Bertrand y admitida por el gobernador sir Hudson Lowe, en lugar de las calificaciones de Emperador y de General, la una rechazada por los Ingleses y la otra por los Franceses. Lord Bathurst no quiso oír la proposición del generoso O'Meara y cargó con la responsabilidad de una disposición que equivalía á una sentencia de muerte. En Santa-Helena como en Londres, se preveía el fin de la agonía dolorosa de Santa-Helena. El 20 de julio, el doctor Antomarchi dirigió al doctor Colona, para ser comunicada á la familia de Napoleon, una carta que anunciaba, no un peligro inminente, sino la triste seguridad de que la enfermedad de Napoleon era mortal. Sin embargo, el 31 del mismo mes, el enfermo parecia restablecido; pero el fuego cundía bajo las cenizas. Las noticias infaustas, que de intento se habian esparcido sobre Napoleon II, habian herido el corazon de su padre. Felizmente llegó la noticia de que el joven príncipe habia sido promovido al grado de cabo de escuadra: « Al fin respiro! » dijo el Emperador, y pasó algunos dias menos trabajosos.

Pero el mal aumentaba con rapidez. Enme-

dio de sus dolores, Napoleon se entretenia en recuerdos de Francia, de Italia, de Egipto y de su familia. Al recibir la noticia de la muerte de su hermana la princesa Elisa, dijo á su médico: « En vano esperais conservar » una vida que luego acabará; la primera per- » sona que ha de seguir á Elisa en el sepulcro » es ese gran Napoleon que está vegetando y » que, sin embargo, tiene todavía alarmada á » la Europa. » No se equivocaba; en efecto, las revoluciones de España y de Nápoles alarmaron á la Inglaterra, y sus temores fueron tan grandes, que su impresion duraba todavía cuando, en 1827, sir Walter Scott escribia: « No se puede calcular el efecto que hubiera » producido su nombre en aquel momento de » conmocion general. » Napoleon se estaba muriendo, al paso que lord Bathurst le veía ya con las armas en la mano, en medio de la Italia.

El año de 1821 empezó bajo unos auspicios funestos. Napoleon iba declinando por instantes; pero su espíritu se ocupaba incesantemente de la Europa y de su porvenir. Hablaba de la Italia como un hombre que tenia sobre aquel país grandes y justos designios; sentía

amargamente no haber hecho de la Península una potencia única é independiente, donde su hijo hubiera reinado. En el mes de febrero apareció un cometa encima de Santa-Helena; desde luego Napoleon se acordó del que apareció cuando la muerte de Julio César, y discurreó que su propia muerte se aproximaba. Todos los que le rodeaban le instaban para que saliese á ver este fenómeno; uno solo callaba; « Vos sí que me habeis entendido, » le dijo. Hacía mucho tiempo que estaba convencido que el clima de Santa-Helena acabaría con él; lo mismo pensaban sus compañeros como lo comprueban las cartas escritas por los generales Montholon y Bertrand; en efecto, el 17 de marzo empezó la crisis, que dos meses despues había de acabar con Napoleon. Aquel mismo día se puso á la ventana, y viendo el cielo nublado, exclamó: « 17 de marzo! hoy hace seis » años que en semejante dia en Auxerre ví nubes en el cielo; si pudiese ver aquellas nubes » curaría de repente. » Luego agarrando la mano del doctor y apoyándola sobre su estómago, dijo: « Han clavado en mi seno una » cuchilla de carnicero y han dejado la hoja » en la herida. »

Los últimos dias de Napoleon fueron tan grandes como las épocas mas gloriosas de su vida. « Ningun remedio puede curarme, decia » con la mayor serenidad, pero mi muerte » será un bálsamo saludable para mis enemigos; hubiera deseado ver á mi muger y á » mi hijo.... Cumplase la voluntad de Dios! » Y luego, con una actitud digna de Sócrates, añadió: « Nada hay de terrible en la muerte. » La he tenido por compañera en mi cabecera » durante estas tres semanas, y ahora va á apoderarse de mí para siempre. » Otro dia decia: » Los monstruos! cómo me han hecho padecer! Si hubiesen mandado fusilarme, hubiera » muerto como soldado..... He hecho mas ingratos que Augusto; ojalá me hallase como » él en el caso de perdonarlos! » La nueva casa, destinada á Napoleon, estaba acabada. « Servirá para mi túmulo, » dijo, y en efecto, las piedras sirvieron para su sepulcro.

El 15 de abril, Napoleon se encerró con el general Montholon y M. Marchand, y redactó el testamento, donde nadie está olvidado, entre los que le han seguido y los que ha dejado en Francia, ni tampoco los que habían muerto, ni los perversos que le habían

vendido. Este precioso inventario de los sentimientos de Napoleon vuelve atrás desde su juventud hasta Longwood. En el momento supremo, se acordó de los hijos del general Dutheil, que fue su ayo en la carrera militar, de la familia del representante Gasparin, que fue su protector contra los envidiosos, del hijo del intrépido Dugommier, su amigo, y el primero que adivinó el futuro dueño de la Europa, en un joven comandante de artillería de la República. Entre sus legatarios, se hallan los soldados de la isla de Elba, los heridos de Waterloo, los proscriptos de 1815, las víctimas de la reaccion, los antiguos amigos, los fieles criados. Su villa querida de Brienne y ocho provincias de Francia tuvieron parte en la liberalidad de este otro César, no menos agradecido y no menos generoso que el primero. En su lecho de muerte Napoleon, conservando en algun modo su autoridad hasta la última hora, estipula los intereses, que despues de su muerte deben ocupar á dos imperios. Su deseo mas vivo es que sus cenizas descansen en las orillas del Sena, en medio de *aquel pueblo frances objeto de su amor*. Ruega encarecidamente á su hijo: *que jamás se olvide que ha nacido prin-*

cipe frances, de no llevar nunca las armas contra la Francia, de adoptar su divisa: Todo para el pueblo frances, etc., etc. Antomarchi se presenta. *He aquí mis preparativos*, doctor, le dijo Napoleon, enseñándole los papeles que cubrian el tapiz. « Me voy..... Ya no queda ilusion, estoy conforme. » El 19, se hallaba algo mejor; todos se alegraban. « *Es cierto,* » les dijo, *que me siento aliviado; pero no* » dejo de conocer que se va acercando *mi último momento*. Luego que muera cada uno » de vosotros tendrá el consuelo de volver á » ver á la Europa, á sus parientes, á sus amigos; en cuanto á mí, voy á ver á mis valientes en los Campos Elyseos. *Sí*, añadió con » una voz fuerte y solemne, *Kleber, Desaix,* » *Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena,* » *Berthier, todos vendrán á recibirme..... En* » *viéndome se entusiasmarán. Hablaré de nues-* » *tras guerras con Cipion, Annibal, César y* » *Federico, como no suceda, añadió sonrién-* » *dose, que dé miedo allá bajo ver tantos guer-* » *reros juntos.* » En este momento entró el doctor Arnold, cirujano de un regimiento ingles. « Todo está concluido, le dijo Napoleon, » el golpe está dado. Estoy muriéndome: voy

» á volver mi cuerpo á la tierra. Acercaos,
 » Bertrand, y traducid al señor lo que vais á
 » oír; no omitais una sola palabra; vine á sen-
 » tarme en los hogares del pueblo británico.
 » Pedia una hospitalidad leal, y se me contestó
 » con prisiones, quebrantando los derechos
 » los mas sagrados que pueden existir sobre la
 » tierra. Hubiera recibido otra acogida de parte
 » de Alejandro, del emperador Francisco y
 » del rey de Prusia; pero tocaba á la Ingla-
 » terra sorprender, engañar á los soberanos,
 » y dar al mundo el espectáculo de cuatro
 » grandes potencias, encarnizadas contra un
 » hombre solo. Es vuestro ministerio que ha
 » elegido esta horrible peña que devora en
 » menos de tres años la vida de los Europeos,
 » para acabar con la mia por un asesinato; y
 » ¿cómo se me ha tratado desde que me hallo
 » sobre este escollo? No hay indignidad que
 » no se me haya hecho sufrir. Las comunica-
 » ciones mas sencillas de familia, aquellas
 » mismas que jamás se han prohibido á nadie,
 » se me ha negado..... Mi muger, mi hijo no
 » han vivido para mí. Durante seis años se me
 » ha hecho padecer el tormento de la incomu-
 » nicacion; en esta isla inhospitalaria, se me

» ha dado por mansion el sitio menos habita-
 » ble, en que el clima mortífero del Trópico
 » tiene mas influjo; he tenido que encerrarme
 » entre cuatro paredes, yo que recorria la Eu-
 » ropa entera á caballo. Se me ha asesinado
 » lentamente, con premeditacion, y el in-
 » fame Hudson ha sido el verdugo de vuestros
 » ministros.... La Inglaterra acabará como la
 » soberbia república de Venecia; y yo mu-
 » riendo sobre esta peña horrorosa, privado
 » de mi familia y falto de todo, mando el
 » oprobrio de mi muerte á la casa reinante de
 » Inglaterra. » Tal fue el manifiesto testamen-
 » tario de Napoleon.

Napoleon estaba demasiado penetrado del
 sentimiento de su propia grandeza para no
 creer en la inmortalidad del alma. El 21 quiso
 tributar los homenages de cristiano á ese
 dogma consolador. La víspera, sin avisar á
 los generales Bertrand y Montholon, mandó
 preparar un altar en el cuarto inmediato y se
 confesó con el capellan; el estado del enfermo
 no permitió que se le administrase el Viático.
 A solas con el abate Viñali, que solo le habia
 conocido en Santa-Helena, no dió á ninguno
 de los testigos de su grandeza pasada el ex-

pectáculo de esta última abdicacion. El doctor Antomarchi que habia presenciado las órdenes dadas por Napoleon á su capellan, pareció admirarse. *No soy*, dijo Napoleon, *ni filósofo ni médico; el ateísmo no es natural*. Sin duda Napoleon equivocó la voz; queria decir, *materialismo*. El 24 acabó de arreglar los codicilos de su testamento.

El 28, un cuidado estoico ocupó la mente de Napoleon. Encargó al doctor Antomarchi hacer la autopsia de su cuerpo, y le mandó comunicar á su hijo las observaciones que hiciese; le dió la orden de embalsamar su corazon y de llevarle á su querida *María Luisa*. *Ireis á Roma, doctor, direis á los míos que el gran Napoleon ha muerto sobre esta triste peña en el estado mas deplorable, faltándole todo, abandonado á sí mismo y á la gloria*. El dia siguiente se le trajo agua de la fuente de Hutsgate. « Si el » destino quisiese que me restableciera, dijo, » levantara un monumento en el lugar donde » brota esta fuente, en memoria del alivio que » me ha proporcionado. Si muero y que no se » próscribe mi cadaver como se ha proscripto » mi persona, deseo que se me entierre cerca » de mis abuelos en la catedral de Ajaccio. Si

» no se me permite descansar en el lugar » donde he nacido, que se me dé la sepultura » allí donde corre esta agua tan dulce y tan » pura. » Manifestaba este último deseo porque sabia muy bien que se le negaria ser enterrado sobre las orillas del Sena. El 2 de mayo, en su delirio, se figuraba hallarse á la cabeza del ejército de Italia, y exclamaba: « Steingel, » Desaix, Massena, id, corred, cargad, la » victoria es nuestra. » El dia siguiente, vuelto en sí, y discurriendo que se acercaba su última hora, se dirigió con un tono grave y solemne á sus dos albaceas Bertrand y Montholon, y les dijo:

« Vais á volver á Europa. Os debo algunos consejos sobre la conducta que habeis de guardar. Habeis sido compañeros de mi destierro, *sereis fieles á mi memoria, y no hareis nada que pueda ultrajarla*. He sancionado todos los principios, los he infundido en mis leyes y en mis actas, no hay uno solo que no haya sido consagrado por mí. Desgraciadamente las circunstancias eran graves. Me he visto obligado á valerme del rigor y á suspender la ejecucion de mis planes; han sucedido desgracias, no

» he podido aflojar la cuerda del arco , y la
 » Francia ha sido privada de las institucio-
 » nes liberales que tenia proyectadas. Me juzga
 » con indulgencia, agradeciéndome mis inten-
 » ciones , y guarda la memoria de mi nombre y
 » de mis victorias. Imitadla , mostrándoos fie-
 » les á las opiniones que hemos defendido y
 » á la gloria que hemos adquirido; todo lo de-
 » mas es vergüenza y confusion. »

El 4 , una tempestad tremenda derribó hasta el último árbol que habia suministrado su sombra á Napoleon , y parecia pronosticar que el último astro que habia brillado sobre la tierra iba á apagarse. A las cinco y media de la tarde , Napoleon interrumpió el silencio letárgico en que estaba sumergido y prorumpió con esta exclamacion : CABEZA DE EJÉRCITO. Tales fueron las últimas palabras del vencedor de la Europa. Su mirada postrera se dirigió hácia el busto de su hijo , que habia mandado colocar un mes antes enfrente de su cama. Veinte minutos despues, aquellas manos que habian tenido y dado tantos cetros , que habian edificado y derribado tantas murallas , quedaron heladas bajo los besos y las lagrimas de los hijos del general Bertrand.

El dia siguiente , á las seis de la tarde , el doctor Antomarchi procedió religiosamente á la autopsia , conforme á las intenciones de Napoleon , en presencia de los albaceas , de los oficiales de la guarnicion y de ocho médicos ingleses; estos últimos extendieron el proceso verbal conforme á las órdenes del gobernador. Se decia que Napoleon habia sucumbido á un vicio canceroso hereditario. El doctor Antomarchi no quiso firmar esta declaracion porque su opinion era que Napoleon habia sucumbido á una *gastro hepatisa crónica* , producida por el clima. De manera que la autopsia , en vez de constatar la verdad , consagró la fábula absurda del carácter hereditario , que los médicos ingleses tuvieron que aplicar á la enfermedad de Napoleon , conformándose con las insinuaciones ó las órdenes de sir Hudson Lowe , que procuraba sustraer á su gobierno y á sí mismo á la responsabilidad de un gran delito que jamás olvidarán los siglos. Las instrucciones ministeriales que habian decidido muy de antemano , á pesar de las declaraciones del doctor O'Meara , que el *paciente* moriria de la enfermedad de su padre , desmentian el testimonio irrefragable

de la autopsía del cadaver *del enemigo comun.* El ministerio británico y la Santa-Alianza, sin duda, daban todavía este nombre á Napoleon; pero él mismo, con un arrojo sublime, habia dicho la víspera de su muerte: *Estoy en paz con todo el género humano.* Así es que despues de muerto, su cara manifestaba todavía la quietud de su alma. Habia llegado el momento en que lo habia perdonado todo.

El congreso de Aix-la-Chapelle, que habia señalado la isla de Santa-Helena para servir de sepulcro á Napoleon, prohibió tambien que sus cenizas volviesen á su patria. Ni las reclamaciones de los generales Bertrand y Montholon, que invocaron el tratado de Paris, ni despues las instancias de la familia de Bonaparte, que pidió que el cuerpo de su gefe fuese trasladado á Roma, no pudieron lograr que se mudase la resolucion del congreso. Entonces se reclamó la ejecucion del primer intento de Napoleon, renovado pocos dias antes de su muerte, y se eligió para su sepultura el sitio designado cerca de la fuente de Hutsgate.

Despues de la autopsía, sir Hudson Lowe, habiéndose negado á permitir á los albaceas el que llevasen á Europa el corazon y el estómago

de Napoleon, pusieron estos preciosos restos en unas copas llenas de espíritu de vino. Napoleon, vestido con el uniforme de cazadores de la guardia imperial, y con todas las insignias de todas las órdenes que habia creado ó recibido, durante su reinado, fue puesto de manifiesto sobre el lecho en que habia muerto, que así se halló transformado en cama de respeto. La capa de Marengo servia de paño de tumba, por una elocuente alusion. El cautivo de los reyes iba á bajar al sepulcro con todas las decoraciones de los soberanos europeos, y la cama de hierro en que descansaba despues de las cuarenta y nueve batallas campales, en que los habia vencido á todos, venia á ser un monumento fúnebre, alrededor del cual la religion y la veneracion histórica reunian á los extremos del océano Atlántico, los respetos de un estado mayor británico y los sentimientos de una familia francesa. En este momento, el gobernador pareció experimentar el dolor que agoviaba á los amigos de Napoleon. Deploró la pérdida que hacian, tanto mas cruel cuanto que el gobierno británico manifestaba sentimientos mas humanos. Tenia encargo del ministerio para comunicar al general Bonaparte,

que se acercaba el momento en que se le podría dar la libertad, añadió que S. M. Británica no sería el último que acelerase el término de su cautiverio. Sir Hudson Lowe concluyó diciendo de un modo extraño, y como si á pesar suyo dejase escapar todo su pensamiento: « Ha muerto; todo está acabado; mañana le » tributaremos los últimos honores. »

Napoleon quedó de manifiesto el 6 y el 7 de mayo. Sir Hudson Lowe permitió á todos los Ingleses, que viniesen á ver *al huésped del Bellerofonte*, al muerto de Santa-Helena. El concurso fue general y el sentimiento unánime. Los habitantes, sin excepcion, lloraron sobre Napoleon, así como todos los soldados sobre el gran capitán. El 8 su cuerpo fue embalsamado; luego se le vistió con el uniforme de la víspera, y se le encerró en una mortaja cuadruple. El 9 la funcion fúnebre se ejecutó en el orden siguiente: Napoleon Bertrand, ahijado del Emperador, hijo del gran-mariscal, el capellan Viñani, vestido de sacerdote; los doctores Antomarchi y Arnold; veinte y cuatro granaderos ingleses, destinados á bajar el cuerpo, luego un coche de luto donde iba el cadaver, y detrás el caballo de Napoleon; los

condes Bertrand y Montholon, albaceas, con el primer ayuda de cámara Marchand. Los criados de Napoleon seguian á pie y la condesa de Montholon en coche con su hija. Venian despues los oficiales ingleses de tierra y mar; los individuos del consejo de la isla; el general Coffin; el marques de Monchenu, comisionado por la Francia y el Austria; el almirante y gobernador, héroe de esta pompa fúnebre; en fin, lady Hudson Lowe y su hija vestidas de luto en un coche. Tres mil hombres escoltaron el cuerpo al salir de Longwood, y como el camino no permitia al carro fúnebre llegar hasta el lugar del entierro, los granaderos ingleses tuvieron el honor de llevar sobre sus hombros los restos del héroe. Doce salvas de artillería anunciaron al Occéano que el alma de Napoleon habia abandonado la tierra.

Se hallaron en el cuarto de Napoleon algunos papeles rasgados. Estos fragmentos son preciosos; en uno de ellos se leia:

« Nuevo Prometeo estoy clavado en una » peña donde me roe un buitres: sí habia ro- » bado el fuego celestial para dárselo á la

» Francia! El fuego ha vuelto á su origen y me
 » ha dejado aquí! El amor de la gloria se
 » parece á ese puente que Satanás echó so-
 » bre el caos para pasar desde el Infierno
 » al Paraíso; la gloria une lo pasado con lo
 » venidero, del que lo separa un abismo in-
 » menso. Nada para mi hijo, á quien solo
 » dejo mi nombre! »

Napoleon reinaba todavía en Santa-Helena y no perdía de vista á la Europa que podia gobernar aun; pero vivia, sobre todo, con su gloria como con el huésped de los siglos venideros; asistia á sus últimos momentos, cuando eligió su tumba cerca de una fuente pura, abrigada por unos sauces, y esta sepultura de un sábio era para él el monumento sepulcral del dueño del mundo.

Jamás hombre, desde Alejandro Magno y Julio César, tuvo mas derecho á llamar la atencion de la posteridad. Al pensar en su sepulcro, puesto bajo la custodia de las tempestades, en el seno del Océano, inmortalizado por los cantos de Camoëns, su alma profetizaba acaso para sus cenizas, la rome-
 ría del universo. Pudo decirse á sí mismo:

¿Dónde estan las cenizas de Cyro, de Sesostris, de Alejandro, de César, de Carlo-Magno? Las mias habitarán para siempre mi túmulo; no se hallan sobre el camino de los conquistadores.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ULTIMO.

INDICE ANALITICO

DEL

TOMO CUARTO Y ULTIMO.

LIBRO DÉCIMO-CUARTO.

- CAPÍTULO PRIMERO. Nuevos preparativos de Napoleon, pág. 2.
— Negocios de España, 5. — Concordato de 1813, 11. — Negocios de Prusia, 14. — Tratado de alianza entre la Prusia y la Rusia, 19. — Disolucion de la confederacion del Rhin, *id.* — Negocios de Austria, 21. — El conde de Narbona embajador en Viena, 25. — Intrigas de la Inglaterra, 26. — María Luisa, regenta, 28. — El príncipe de Schwartzemberg llega á París, 29. — Napoleon sale para el ejército, 30.
- CAPÍTULO II. Mediacion armada del Austria, 32. — Combate de Weissenfels, 33. — Muerte del duque de Istria, 35. — Batalla de Lutzen, 38.
- CAPÍTULO III. Retirada de los aliados, 45. — El Emperador llega á Dresde, 47. — Envía al Virey á Italia, 48. — M. de Bubna en Dresde, 49. — Napoleon pide un armisticio, *id.* — Posicion de los enemigos, 52. — Combate de Weissig, 53. — Disposiciones de Napoleon, 54. — Batalla de Bautzen, 58. — Napoleon decreta un monumento en el Montcenis, 62. — Combate de Rei-

chembach, 63. — Duroc herido mortalmente, 64. — Entrevista entre Duroc y Napoleon, 65. — Los aliados piden un armisticio, 67. — El ejército frances en Silesia, 68.

LIBRO DÉCIMO-QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Armisticio de Plesswitz, 71. — La Dinamarca trata con la Francia, 72. — M. de Metternich en Dresde, 74. — Convenio de Dresde, 75. — El Austria se une á los aliados, 78. — Actividad de Napoleon, 79. — Retirada de España, 81. — Batalla de Vitoria, 82. — El mariscal Soult enviado á España, *id.* — Disposiciones del Emperador para una segunda campaña, 83.

CAPÍTULO II. Congreso de Praga, 86. — Disolucion del congreso, 89. — Declaracion de guerra del Austria, 90. — Ultima tentativa de Napoleon para la paz, 91. —

CAPÍTULO III. Llegada de Moreau al ejército enemigo, 93. — Blucher viola el armisticio, 94. — Napoleon sale de Dresde, *id.* — Bate á Blucher, 95. — Batalla de Dresde, 98. — Muerte de Moreau, 100. — Batalla de Katzbach, 102. — De Culm, 105. — Tratado de la Triple-alianza en Teplitz, 107. — Batalla de Gross-Beeren, 109. — De Dennevitz, 110. — Napoleon marcha contra Blucher, 112. — Vuelve á Dresde, *id.* — Bombardeo de Wittemberg, 114. — Movimiento general de los aliados, 115. — Declaracion de guerra de la Baviera, *id.* — Retirada del ejército frances sobre Leipsick, 117.

CAPÍTULO IV. Batalla de Wachau, 120. — Napoleon envia al general Meerweldt con proposiciones conciliatorias al Emperador de Austria, 126. — Poniatowski mariscal del imperio, 129. — Batalla de Leipsick, 131. — Retirada del ejército frances, 137. — Ultima entrevista del rey de Sajonia y de Napoleon, 139. —

El puente del Elster volado, 152. — Muerte de Poniatowski, 143. — Combate de Hanau, 148. — El ejército frances llega á Maguncia, 150. — Acampamentos de los ejércitos aliados, 151. — CAPÍTULO V. Negocios de España, 152. — De Italia, 153. — Combate de Caldiero, 155. — Napoleon vuelve á Paris, 157. — Negociacion de Francfort, 158. — Capitulacion con el mariscal San-Cyr violada, 159. — Sitio de Torgau, 160. — Tratado de Valencey, 161. — Negociacion con el Papa, 162. — Sesiones del senado y del cuerpo legislativo, 163. — Disolucion del cuerpo legislativo, 169. — Discurso de Napoleon á los diputados, 170.

LIBRO DÉCIMO-SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Siguen las negociaciones de Francfort, 174. — Defecion del rey de Nápoles, 175. — Los aliados invaden la Francia, 176. — Preparativos para resistirlos, 177. — Maria Luisa, regenta, 179. — Napoleon sale de Paris, *id.* — Combate de San Dizier, 180. — De Brienne, 181. — Batalla de la Rothiere, 183. — Congreso de Chatillon, 185. — Batalla de Champaubert, 189. — De Montmirail, 190. — Los Austriacos piden un armisticio, 193. — Negociaciones de Chatillon, 194. — Batalla de Montereau, 196. — Retirada de los ejércitos aliados, 198. — El Emperador vuelve á Troyes, 202. — Soissons se entrega á Blucher, 207. — Batalla de Craona, 208. — Siguen las negociaciones en Chatillon, 209. — El Emperador entra en Rheims, 212. — El duque de Angulema en Burdeos, 213. — Se rompen las negociaciones de Chatillon, 217.

CAPÍTULO II. Batalla de Arcis, 219. — Los aliados marchan sobre Paris, 222. — Napoleon sale para Paris, 225. — Salida de Ma-

ria Luisa y del rey de Roma, 226. — Batalla y capitulacion de Paris, 229. — Napoleon sale para Fontainebleau, 235.

CAPÍTULO III. Entrada de los aliados en Paris, 237.—Faccion realista, 239. — Consejo en el palacio del Emperador Alejandro, 241. — Proclama de los aliados, 245. — Gobierno provisional, 246. — El duque de Vicencio admitido á la presencia del emperador Alejandro, 247. — El senado pronuncia la exoneracion de Napoleon, 248. — Deseccion de Marmont, 254. — Proclama de Napoleon al ejército, 256. — Abdicacion condicional de Napoleon, 258. — Envía plenipotenciarios á Paris, 259. — Llegan á Esona, 260. — Van á Paris con Marmont, 261. — El emperador Alejandro los admite á su presencia, 263. — Alejandro exige una abdicacion absoluta, 266. — Napoleon recibe la noticia de la defeccion de Marmont, 270. — Proclama al ejército, *id.* — El cuerpo de Marmont conducido á Versailles, 272. — El Emperador pasa revista á sus tropas, 274. — Quiere ir á unirse con los ejércitos del Mediodia, 275. — Propone la retirada á Italia, 277. — Abdicacion absoluta, 284. — Se concede á Napoleon la soberania de la isla de Elba, 293. — Batalla de Tolosa, 295. — El Emperador intenta envenenarse, 296. — Arreglos relativos á la familia imperial, 297. — Evacuacion de la Italia, 298. — Despedida de Fontainebleau, 299. — Salida de Napoleon, 300. — Llegada á Porto-Errajo, 303.

LIBRO DÉCIMO-SEPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO. Descontento general, 308. — Conspiracion militar, 310. — Napoleon tiene noticia de que se le quiere trasportar á Santa-Helena, 311. — Sale de la isla de Elba, 312. —

Desembarca en el golfo Juan, 314. — Resistencia de Antibes, 115. — Llegada á Gap, *id.* — Proclama al ejército, 317. — A los Franceses, 318. — Marcha sobre Grenoble, 320. — Entrada en la ciudad, 322. — El *Monitor* anuncia la llegada de Napoleon, 325. — Los Principes salen para oponerse á su marcha, 326. — Entra Napoleon en Laon, 327. — Soult ministro de la guerra, *id.* — Decretos publicados en Laon 329. — El mariscal Ney pasa á reunirse con Napoleon, 333. — El Rey sale de Paris, 335.

CAPÍTULO II. Napoleon llega á Paris, 338. — Delibera si atacará inmediatamente á los aliados, 339. — Pasa revista al ejército de Paris, 342. — El duque de Borbon en el Vendée, el duque de Angulema en el Mediodia, y la duquesa en Burdeos, 344. — Capitulacion concedida al duque de Angulema, 345. — Proclama de Augereau, 347. — Representaciones de los cuerpos del Estado, 349. — Publicacion del acta adicional, 342. — Tratado de alianza de las cuatro grandes potencias contra Napoleon, 353. — Napoleon procura tratar con el Austria, 354. — Su carta á los reyes de la Europa, 356. — Preparativos de guerra, 358. — Federados, 363. — Murat marcha contra los Austriacos, 366. — Batido y obligado á abandonar su reino, 367. — Llegada de este principe á Francia, *id.* — Campo de Mayo, 370. — Abertura de las Cámaras, 375. — Reparto de la Europa entre los aliados, 378. — Preparativos interiores de defensa en Francia, 381. — Insurreccion del Vendée, 386. — El ejército marcha á la Bélgica y Napoleon sale de Paris, 387.

CAPÍTULO III. Fuerzas de los aliados, 389. — Proclama al ejército frances, 392. — Paso del Sambre, 394. — Combate de Gilly, 396. — Batalla de Ligny, 398. — Retirada de los Prusianos y de los Ingleses, 400. — Batalla de Waterloo, 411. — El ejército frances se reúne en Laon, 423. — Napoleon sale para Paris, 424.

CAPÍTULO IV. Napoleon en el Elyseo, 425. — Sesiones de las Cámaras, 427. — Abdicacion del Emperador, 438. — Perfidia de Fouché, 433. — Gobierno provisional, 441. — Napoleon sale

para Rochefort, 460. — Instalacion del gobierno real en Paris, 469. — Invitacion del capitan Maitland á Napoleon para que venga á bordo del Belerofonte, 472. — Carta del Emperador al príncipe regente de Inglaterra, 473. — La isla de Santa Helena elegida para su destierro, 478. — Protesta de Napoleon, 479. — Llegada á Santa-Helena, 488.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO. Establecimiento de Napoleon en Santa-Helena, 490. — Sus compañeros de destierro, *id.* — Nota entregada á un capitan ingles para el gobierno británico, 492. — Napoleon se ocupa en redactar sus Memorias, 494. — La casa de Longwood, 496. — Tiranía del infame sir Hudson Lowe, nuevo gobernador de Santa-Helena, 501. — Los tesoros de Napoleon, 503.

CAPÍTULO II. El conde de Lascases, su hijo y el doctor O'Meara echados de Santa-Helena por orden del gobernador sir Hudson Lowe, 527. — Llegada á la isla del doctor Antomarchi con el retrato del hijo de Napoleon, 509. — Carta de O'Meara á lord Batursth sobre la enfermedad de Napoleon, 512. — Napoleon se ocupa en hacer su testamento, 515. — Su legado particular á la casa reinante de Inglaterra, 517. — Encarga al doctor Antomarchi la autopsia de su cuerpo, 520. — Horrible tempestad en Santa-Helena la víspera de la muerte de Napoleon, 522. — Su agonía y sus últimas palabras, *id.* — Sus funerales, 526. — Fragmentos de escritos hallados en su cuarto, 527.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN DEL INDICE DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO.

